


LUIS ENRIQUE DELANO

A stylized illustration featuring a large, textured red sun with several rays extending outwards. To the left of the sun is a black cross-like structure composed of several thick, hand-drawn lines. The background is a bright blue color with a white, grainy texture. The overall style is graphic and expressive.

**PUERTO DE**  
**FUEGO**

EDITORIA AUSTRAL

A black silhouette of a hand holding a pen, positioned in the lower right corner of the page. The hand is shown from the side, with the pen held between the fingers. The silhouette is thick and expressive, matching the overall graphic style of the cover.

# Puerto de Fuego

Después de un silencio literario de diez años ("El laurel sobre la lira", su última novela, fue publicada por la Editorial Cultura en 1946) reaparece Luis Enrique Délano con "Puerto de Fuego", una narración en que se mezclan los viejos elementos de sus libros —los puertos, el mar, los barcos— con el sentido social que ha impreso después a sus obras.

"Puerto de Fuego" es una historia de marinos chilenos que afrontan duras vicisitudes en una bahía del suroeste de México. Se muestran en ella las costumbres de nuestros hombres de mar y sus sentimientos en un ambiente fuerte de trópico duro, que soporta el azote de los elementos, el calor, la humedad, los ciclones. Délano estudia en esta novela caracteres recios, un capitán chapado a la antigua, con ribetes de negrero, una tripulación sencilla, acostumbrada a la libertad, una muchacha mexicana del pueblo, apasionada y dulce, que recurre a brujerías seculares de su raza para retener al hombre que ama. La lucha entre el capitán del "Albatros" y sus tripulantes, que forma el fondo de la novela, más que una cuestión para ser resuelta por tribunales, es un conflicto en el que llevan la mejor parte seres que reclaman sus derechos humanos de vivir y ser libres. Se suma a este nudo, fuerte y vigoroso, el conflicto interno de un marinero, que se debate entre su deber profesional y las obligaciones que ha contraído con la mujer que ama.

Otro atractivo literario de "Puerto de Fuego" es el ambiente mexicano, con su color, su musicalidad, su ritmo, su paisaje y sus habitantes. En este aspecto el autor parece dejarse llevar de un deleite personal, al mostrar en pinceladas rápidas pero certeras, un país que conoció sobradamente a través de muchos años de permanencia en él.

*Luis Enrique Délano*

**PUERTO  
DE FUEGO**

**NOVELA**

**EDITORIA AUSTRAL**

PUERTO DE FUEGO

*Dirección tipográfica: Eduardo Pérez*

**Es propiedad. Inscripción N° 19014  
Empresa Editora Austral Ltda.  
Santiago de Chile, 1956**

*Al General Heriberto Jara,  
en México*

*Los personajes de este libro  
son imaginarios. Cualquiera  
semejanza con personas vi-  
vas o muertas es mera-  
mente casual.*

# I

## *La tripulación del "Albatros"*

EL CAPITÁN LARSEN CORTÓ en seco su gesto de limpiarse el sudor de las encanecidas sienes y miró a su interlocutor. Este sonreía, como si con la sonrisa quisiera suavizar la crudeza de lo que acababa de decir. En el mediodía ardiente de junio, el calor pegajoso hacía afluir un cansado e insistente sudor en la cabeza y en el cuello de los hombres. Estaban sentados a una mesa puesta en la acera, junto a la puerta del bar. Dentro, a pesar del ventilador que daba caprichosa vida a dos trozos de serpentina atados a la máscara de protección, el calor no se soportaba. Con excepción del cantinero, que bostezaba junto a la legítima caoba de las viejas estanterías, y del mozo, dormitando medio echado sobre una de las desiertas mesas, nadie había allí. Nadie



tampoco pasaba por la calle, como si la ciudad entera hubiese muerto.

—¡Maldito calor!, gruñó el voluminoso capitán Larsen. Intentó llenar de cerveza su vaso, pero de la botella no surgió sino un resto de espuma ya caliente. —¡Mozo!, gritó con su recia voz acostumbrada a mandar, —mozo, otras dos cervezas.

—¿Carta Blanca?

—Bueno, Carta Blanca.

La sombra proyectada por el edificio abarcaba toda la acera y un par de metros de la calzada. Donde terminaba la sombra, la luz reverberaba sobre el pedregullo apisonado que constituía todo el pavimento de la calle. Era un contraste como para un pintor. Hacia arriba, la atmósfera luminosa hería los ojos, cuando se miraba el rostro azul y puro del cielo. En el silencio del mediodía navegaba por las calles de la ciudad el melancólico rumor de la resaca. Los hombres estaban sentados frente a frente y las botellas de dorada cerveza, ante ellos, parecían mirarse cara a cara. Ni en sus rostros ni en sus voces había señal alguna de agresividad y, sin embargo, estaban librando una batalla. El capitán Larsen medía un metro noventa y su aspecto saludable, desafiante, rotundo, parecía encarnar adecuadamente el tipo de hombre que representaba. Su interlocutor miró hacia el suelo y vio dos enormes, dos inverosímiles zapatos negros. El capitán

debe calzar cuarenta y cinco, por lo menos, pensó. La gorra del marino descansaba sobre la mesa, junto a la Carta Blanca. Sus cabellos, que habían sido de un rubio pálido del norte de Europa, encanecidos por la edad —debe tener sesenta y cinco, calculaba mentalmente su compañero— formaban una mancha cenicienta sobre la superficie del cráneo. La salud tomaba un subido color rosa, aumentado a carmín por el calor, en la piel de Larsen. Por el triángulo del escote de su camisa deportiva de media manga surgían unos cuantos pelos entrecanos.

—No, cónsul, dijo Larsen. Me gustaría verlo a usted en altamar a cargo de una banda de desalmados como esos. No tienen conciencia ni disciplina... Y, además, mis armadores cometieron la barbaridad de enrolar como contramaestre a ese tal Eufemio Mendoza, una buena pieza... Un comunista de hueso colorado —miró al cónsul a los ojos— que con sus prédicas ha hecho de los demás una gavilla de subversivos que no respetan a nadie, que no tienen Dios ni ley... ¡Y con ellos hay que estar cuarenta días en el mar, mi amigo! ¡Que me ahorquen si no soy capaz de desembarcar a Mendoza y sus principales secuaces...! Se bebió medio vaso de cerveza. —Le repito que desde que existen esas malditas leyes sociales, ya no se puede navegar en barcos chilenos.

El llamado "cónsul" habría querido acoger

con rostro tranquilo la dura salida del capitán Larsen, pero era demasiado cruel la idea y demasiado desdeñosa la forma en que el marino la había expresado. Se limpió el sudor del cuello con un pañuelo casi empapado. El cónsul se parecía físicamente al capitán Larsen. Como la de él, su cara estaba enrojecida por el sol. Los ojos eran claros, así como su cabello. Un crecido bigote ocupaba su labio superior. Un observador habría pensado que eran tío y sobrino bebiéndose una cerveza antes de regresar a casa. El cónsul tampoco llevaba chaqueta y se cubría la cabeza con un liviano sombrero de palma comprado allí mismo, en Salina Cruz, en ese puerto infernal donde la temperatura se negaba a bajar de los 40 grados. La gente, pensaba mientras bebía la rubia cerveza de su vaso, que era como una fresca caricia al pasar por la garganta, la gente debería andar con abanico en este maldito trópico, o quizás con ventiladores portátiles. Había venido desde México correctamente vestido de *Palm Beach* color beige, con delgada camisa blanca y corbata roja, de seda. Pero en Salina Cruz, dentro de su campana de intolerable calor, era imposible guardar ninguna compostura. Primero había volado la corbata, luego la chaqueta y finalmente la camisa blanca. El sudor mojaba los hombros y parte de la espalda de su camisa abierta.

—Esas malditas leyes sociales de que usted

habla, capitán Larsen, no se las regaló nadie a los chilenos, dijo. —Las conquistaron ellos con sus luchas a través de largos años y, le guste a usted o no, hay que respetarlas.

Larsen lo miró inquisitivamente. Cada uno de ellos sabía lo que pasaba por la cabeza del otro, como si lo estuviera viendo proyectado en una pantalla cinematográfica. Está pensando que soy comunista, se decía el cónsul. Para las gentes de mentalidad primaria como la suya, todo el que defiende a los trabajadores es comunista. En el interior del capitán Larsen se desarrollaba un proceso de esa especie. Pensaba que lo aguardaban horas amargas. Desde la llegada de su maltrecho barco a Salina Cruz había estado enviando telegrama tras telegrama a México, pidiendo al consulado que destacara un funcionario para poner orden en el revuelto gallinero de la nave; y he aquí que le enviaban a un estúpido comunista que había empezado por decirle, después de echar una breve y distraída ojeada al velero, que él, Samuel Larsen, tenía que tratar con mayor bondad a sus hombres. ¿Bondad con esa gavilla de bandidos y piratas? ¡La mierda!... Lo que hacía falta era otra cosa, lo que hacía falta era autoridad, sí, autoridad, pero primero las facultades para crear la atmósfera en que esa autoridad debía ejercerse.

Ninguno de ambos parecía alterado. El mozo podría haber advertido quizá que el uno y el

otro estaban un poco más colorados que cuando se sentaron a beber sus cervezas; pero eso bien podía cargarse a la cuenta del calor, que por momentos parecía hacerse casi visible en la forma de una ola lenta y pesada que recorriera las calles.

—¿Cuándo piensa ir a hablar con el Capitán del Puerto?, preguntó Larsen.

—Esta tarde, contestó el otro.

—¿Quiere que lo acompañe?

El cónsul levantó los ojos y miró al marino de un modo vago, impersonal.

—Gracias, respondió lentamente. —Es mejor que vaya solo.

Larsen no pareció despechado. Tiró un billete de cinco pesos sobre la mesa y se levantó.

—¿Viene a almorzar a bordo, cónsul? Tenemos sopa de cholgas... Miró significativamente a su interlocutor. —Como no hay plata, estamos echando mano de los víveres que trajimos de Valparaíso.

Sopa de cholgas con cebolla y trozos de pan frito en aceite. El otro evocó los añorados mariscos de Chile. Había tomado sopa de cholgas, ¿cuántos años hacía?, en Talcahuano, mientras una de esas espesas y pertinaces lluvias del sur de Chile golpeaba insistentemente el techo. Después, cada vez que llegaba a México algún chileno y se hablaba de la patria lejana, la nostalgia de la comida se hacía presente. Más

que gula, aquello parecía un ardiente amor patriótico que aumentaba el tamaño de las frutas, a la distancia, elevaba la calidad de los alimentos y suavizaba el sabor de los vinos. La sopa de cholgas, cuya paternidad reclamaba el golfo de Arauco, salía a bailar en todas las conversaciones; después se hablaba de las descomunales centollas de Calbuco, que algunos preferían frescas y otros en conservas; de las ostras de la señora Solminihac, de los choros en salsa verde, de los locos, de las lenguas de erizo y de la carne exquisita de las langostas de Juan Fernández. Sólo el mar de Chile, se decía en esas conversaciones repetidas de tiempo en tiempo casi al pie de la letra, es capaz de producir estos mariscos. Y el mar tiene para todos, ricos y pobres, afirmaba algún optimista: para los ricos los erizos, para los pobres el lucche y el cochayuyo, que no son nada despreciable. Luego la conversación desembocaba necesariamente en los vinos que debían acompañar a tales platos, se citaban marcas, olores, bouquets, viñas, apellidos, anécdotas. Inconscientemente el cónsul sacó la punta de la lengua y se humedeció los labios.

—Gracias, capitán, respondió. —Hoy almorzaré en tierra.

Los hombres se separaron. El marino echó a andar con sus grandes trancos hacia el lado de los muelles, los destartalados muelles a los cuales estaba atracado su barco. El otro se que-

dó indeciso, sin saber si dejarse llevar de la inercia y permanecer en el mismo sitio, bebiendo cerveza tras cerveza, o volver a su hotel.

Si le habían dado a Alberto Morán la orden de trasladarse a Salina Cruz era, sencillamente, porque el cónsul general estaba atosigado con los alarmantes telegramas que desde el día de su arribo a puerto el capitán Larsen enviaba sin cesar. En el primero de ellos comunicó que su barco, el velero de tres palos "Albatros", había llegado cargado de salitre a ese puerto del suroeste de México, con averías; en el segundo dijo que carecía de dinero para pagar los salarios de los tripulantes, adquirir víveres frescos y comenzar las reparaciones que la nave necesitaba con urgencia; en el tercero informó que la tripulación se hallaba en rebelión. Y en todos ellos reclamaba angustiosamente el envío de un cónsul desde México, puesto que no lo había en ese puerto ni en ninguno otro del litoral mexicano del Pacífico.

El cónsul general sabía tomar las cosas con calma y dejar de lado todo aquello que pudiera turbar la paz de su existencia. Era un hombre afable, que amaba los inocentes placeres de la vida: una buena comida, una oportuna copa de cognac de marca, un *high ball* a base de *whisky* escocés legítimo, un habano Romeo y Julieta. Aparte de ello, era aficionado a las ca-

rreras de caballos, pero estaba lejos de ser como esos jugadores que pierden su dinero más o menos al azar, guiándose en el hipódromo por los pronósticos de los diarios o por un dato proporcionado por el amigo de un jinete. Él prefería no jugar antes que hacerlo en esa forma primitiva y desprovista de ingenio. A él las carreras le producían la seducción de ocupar su mente preparando desde su escritorio el triunfo del domingo próximo. Se le veía los miércoles o jueves llegarse a un puesto de periódicos especializados que había por allí, en la calle Madero, a pocos metros del consulado; y volver con un tabloide escaso de clisés, pero rico en cifras. Las armas del cónsul general eran solamente tres: el "*Racing Form*", como se llamaba ese periódico, un lápiz automático y un pequeño *block* de papel donde hacía sus anotaciones. La tarea solía durar largas horas, pero quién lo apuraba, también; tenía a su disposición todo el tiempo que quisiera y podía así ir haciendo los más extendidos cálculos, para los cuales tomaba como base las informaciones del "*Racing Form*". Así, por ejemplo, anotaba que la yegua "Seguridad", que correría el domingo próximo, seis meses atrás había ganado por media cabeza a "Míster X", que también iba a participar en la carrera del domingo; pero en aquella oportunidad, "Míster X" llevaba una libra y sesenta gramos más de peso que "Seguridad", y, en cambio, el domingo se presentarían ambos



en la pista con pesos casi iguales; por otra parte también era preciso tomar en cuenta que seis meses antes "Míster X" había corrido montado por un jinete más o menos anónimo; en cambio, el domingo lo montaría Ignacio Matías, *jockey* que de las trescientas noventa y dos carreras anotadas en su hoja de servicios sólo había perdido veintiséis. La consecuencia que al cónsul general se ofrecía después de terminar este largo proceso, en el que había que trazar el paralelo no sólo entre "Seguridad" y "Míster X", sino entre los diez o doce caballos que disputaban cada una de las ocho carreras, era que "Míster X" debía ganar por unos tres segundos y medio, como quien dice un cuerpo, a "Seguridad". No siempre, o mejor dicho muy escasas veces, la lógica implacable de las cifras triunfaba, y el lunes el empedernido cónsul general debía confesar que había perdido, de un modo científico y después de estudios escrupulosos es verdad, y esto lo consolaba y lo animaba para perseverar en su sistema, el cual constituía, por otra parte, un sano pasatiempo, mientras en la oficina del lado Alberto Morán preparaba para su firma esa fastidiosa papejería de los pasaportes, las fichas dactiloscópicas y las facturas comerciales.

—Este viejo Larsen debe exagerar, dijo el cónsul general.— No es posible que se hayan juntado tantas calamidades. Larsen es así, alarmista y exuberante. ¡Si lo conoceré yo! No se le

olvide que soy porteño... Pero después de todo no podemos tampoco hacernos los desentendidos. ¿No le parece?... Se trata de un barco chileno, de compatriotas que están en un apuro y hay que ayudarlos. Usted va a Salina Cruz, ve lo que pasa y trata de solucionar las dificultades... Naturalmente tiene que andar con pies de plomo, ya le digo que Larsen es exagerado. A veces en el puerto aseguraba que había temporal cuando no pasaba de ser una simple marejada...

Mientras Alberto Morán volaba al día siguiente por sobre las escarpadas montañas de Oaxaca —daba terror mirar hacia abajo por la ventanilla del avión— recordó las palabras de su superior. De pronto todo aquello que la víspera había escuchado solo como el aditamento de la orden de viaje a Salina Cruz, empezó a adquirir significado para él. Valparaíso, los temporales, Larsen... Se golpeó la frente, azotado por una repentina afluencia de recuerdos. Larsen, Larsen, claro, era el mismo... Había trabado su primer conocimiento con la figura de ese hombre quince años antes, durante un invierno pasado en Valparaíso. El viento porteño encrespaba las olas y por las noches arrastraba hojas secas y pedazos de papel arrancados a los tarros de basura, en una endiablada danza. Los figones semisubterráneos de los alrededores de la Plaza Echáurren engullían y vomitaban su ración humana de cada día: vagabundos, cesan-

tes, marineros, muertos de hambre, prostitutas. Valparaíso tenía sabor de puerto, melancolía, gracia, un poco de maldad cosmopolita y otro poco de piedad humana, acordeones, barcos y miseria. Los diarios hablaban del temporal que se venía encima y cuya tarjeta de visita era la ventolera que revoloteaba sobre los muelles y arrancaba piedras y latas de los techos de las casas en los cerros. Un periodista había escrito una crónica sobre las horas iniciales del temporal, muy animada, con acentuado carácter heroico, relatando un viaje por la bahía en un bote con cajones de aire, que comandaba un marino nórdico. Se contaba el bailoteo sobre las crestas de las olas soliviantadas. El bote iba de uno a otro lado anclado al amparo del puerto y el marino nórdico, armado de un megáfono, gritaba a los tripulantes de esos barcos: —¡Se anuncia temporal!... ¿Cómo andan ustedes?... ¿Tienen bastantes víveres?... ¡Alisten las calderas, puede ser necesario salir a capear a altamar!... Por encima del relato sobresalía una figura heroica, delineada con tres o cuatro pinceladas románticas por el periodista: era, ¿cómo no lo había recordado?, la de Samuel Larsen, a quien se llamaba héroe del mar, ángel de la guarda de los naufragos, padre de los navegantes... En la crónica se evocaban los fiordos fríos de Escandinavia, la patria marina de Larsen, su viaje a Chile, los barcos que había comandado, sus tatuajes, sus naufragios, su figura arrancada

de una página de Pierre Loti... Todo eso lo había leído Alberto quince años antes, durante ese inolvidable invierno en Valparaíso. Después, otros periodistas, que a veces no tenían muchas noticias, nada pintoresco, ninguna nota conmovedora, habían continuado la tarea de poner una a una las piedras en el pedestal de la estatua del exótico capitán Larsen, ajustadas no con cemento, por cierto, sino con una mezcla blanda como el almíbar, hecha de romanticismo y gastada palabrería, expresiones como "viejo lobo", "cruzado de los mares", "heroico capitán", "vigía de la costa" y otras aún mucho peores.

El avión tocó tierra, literalmente tierra, pues el campo aéreo no tenía pavimento, en San Jerónimo Ixtepec. Desde allí era preciso continuar en tren, quizás unas tres o cuatro horas, hacia Salina Cruz a través del Istmo de Tehuantepec. El Istmo, abreviaban los mexicanos, pero esta sola palabra encerraba la humedad musical y dulce de esa zona tan diferenciada y hermosa. Una humedad caliginosa obligaba a llevar el pañuelo entre las manos. El tren se arrastraba con lentitud sorprendente en medio de ese paisaje que a ratos parecía despojarse de toda su maravillosa vegetación para mostrar trozos ralos, zonas de tierra dura y pelada como la piel de un tambor. Pero esos lunares quedaban atrás mientras la locomotora seguía devorando litros de petróleo y perforando lugares verdes, de una hermosura exuberante y barroca lindante con la

solemnidad. Las largas y acuchilladas hojas del plátano se doblaban con majestad en los troncos, mientras los frutos verdes colgaban en pesados racimos. Una fragancia que contenía al mismo tiempo evocaciones de piña, de vainilla y de naranjas, se metía por las ventanillas del tren. La humedad de la tarde, presagio tal vez de lluvia próxima, hacía huir bandadas de grandes y pesadas mariposas, que en su camino llegarían hasta el mar, aventura última para sus frágiles cuerpos. La misma humedad acarreaba millares de mosquitos de los cuales era preciso defenderse continuamente. En el coche del tren se oían de tiempo en tiempo estampidos de palmas aplicadas en la cara, en un brazo, en la nuca, allí donde los mosquitos enterraban su aguda y corrosiva lanceta. En tierra, con este tiempo sudoroso, los alacranes estarían bailando sus danzas entre los maderos carcomidos o entre las ramas quebradas de los árboles. Cuando empezó a oscurecer, extrañas luces verdes aparecieron en el aire. Iban de un lado a otro con la velocidad y la precisión de diminutos jinetes del espacio: las luciérnagas. Alberto las miró con interés: era la primera vez que veía el increíble espectáculo de sus linternas en movimiento: algunas se metieron en el tren y una de ellas se posó sobre una mano del viajero. Este la retiró vivamente con la fugaz sensación de haber sido quemado; la luciérnaga rodó al suelo, donde la luz de su farol se extinguió. Tirada allí no

era otra cosa que un bichito verde, un insecto maltrecho que se esforzaba por recuperarse para emprender de nuevo el viaje por el aire del trópico.

A la orilla del río Tehuantepec el tren se detuvo y un regimiento de mujeres se derramó a lo largo del convoy. Junto a las ventanillas se paraban a ofrecer sus mercaderías: frutas en artísticos canastos, camarones del río, orquídeas y flores del trópico. Pero lo amable, lo conmovedor, no era lo que ofrecían sino ellas mismas. Bajo las amplias faldas oscuras asomaban sus pies desnudos, morenos, sensuales, y de sus hombros colgaban los huipiles, que Alberto calificó en ese instante como las blusas más bellas del mundo, con sus grandes rosas rojas y sus hojas verdes armoniosamente bordadas sobre la tela blanca o negra. Dejaban libres los brazos desde su nacimiento y si bien nunca parecían muy escotados, destacaban en toda su arrogancia agresiva y sensual los senos de las tehuanas, jóvenes o viejas.

—Camarones, ofreció una de estas vendedoras a Alberto que la contemplaba absorto. —Llévalos, güero, agregó, —son colorados como tú.

Ella, en cambio, no era colorada, sino dorada, tostada su piel por el sol perenne del Istmo. Llevaba los negros cabellos peinados en trenzas y éstas enrolladas sobre la cabeza, y sostenidas mediante un complicado sistema de cordones de lana de colores que seguían el mismo andamiaje

tortuoso de los cabellos. De sus orejas pendían aretes de monedas de oro, oro legítimo, de los tiempos en que la riqueza alcanzaba a esos ámbitos del país; una pulsera, también de monedas de oro, producía un tintineo cristalino en su muñeca. Era imposible apartar la mirada de su figura arrogante, de sus ojos negros y luminosos.

—Llévalos, insistió ella una vez más, poniendo en el tuteo una expresión insinuante, casi de dulzura.

—Bueno... ¿Y qué hago con ellos?

—Te los comes a mi salud, güero.

Alberto compró los camarones pensando que no pagaba tanto los crustáceos como la sonrisa, la sensualidad y la gracia de esa mujer de senos erguidos que pugnaban por romper la tela del huipil.

Por aquellos meses, los últimos de la segunda guerra mundial, que tanto fierro navegable mandó a corroerse al fondo de los mares, para los navieros de Valparaíso el refrán "a buen hambre no hay pan duro" significaba que cualquier artefacto capaz de sostenerse en la superficie del océano era bueno para ser usado en el tráfico marítimo. La marina mercante no disponía de casi nada. Los barcos mejores, los de mayor tonelaje, los que otrora habían servido para el transporte de pasajeros y carga a puertos americanos y europeos, habían sido en-

tregados como contribución de Chile a la victoria de las naciones unidas sobre las que formaban el eje Roma-Berlín-Tokio. Por aquella arteria rota se había ido la sangre mejor del país y la anemia que esta fuga provocó iba a interrumpir por un tiempo el oficio tradicional de Chile, su vieja actividad marinera. En los puertos se amontonaban los fletes, las piezas de cobre formaban castillos rojizos que iban elevándose piso tras piso; los sacos de nitrato se hacinaban en sombrías bodegas, los minerales aguardaban pacientemente su hora, y el vino, que tuvo la mayor oportunidad de sus cuatrocientos años de vida de conquistar los mercados americanos, huérfanos de las famosas botellas de Francia y las nobles barricas de España, se tuvo que quedar también en casa. Toda nave que llegaba a los puertos de Chile era cargada de inmediato hasta los topes. En las bodegas no quedaba hueco ni para los ratones, mientras sobre cubierta, tapadas con lonas, viajaban aquellas mercaderías inmunes a los riesgos de la intemperie. El orgulloso Valparaíso, en cuya bahía era preciso hacerse sitio a codazos, ahora parecía un puerto triste, a cuyos muelles atracaban sólo pequeños navíos de cabotaje.

Había que asir a la calva ocasión de donde fuera posible, se decían los buscadores de negocios. Quién en época normal hubiera hablado de habilitar al velero "Albatros" y echarlo a navegar hacia el norte, llevado un poco por el vien-



to y otro poco por la poderosa corriente de Humboldt, habría sido inmediatamente calificado de loco, o cuando menos de iluso, por las personas más cuidadosas en la adjetivación. El "Albatros" era un cajón de madera sobre el mar, con tres palos apuntando hacia el cielo como dedos de la angustiada mano de un ahogado. Madera, sin una sola pieza metálica, de color gris, como se pintaban todos los barcos en esos días de guerra. Había sido construido a comienzos de siglo en astilleros de un puerto canadiense y después de deambular cuarenta años por los siete mares, había ido a parar por azares del destino y quebrantos económicos de más de una empresa, a Valparaíso, donde lo compró ese grupo de descubridores de negocios que entrevió el cráneo sin cabellos de la señora ocasión. Ninguno de los miembros de la sociedad había navegado jamás; todo lo que entendían de negocios marítimos era que en tales momentos resultaba ventajoso emprenderlos, por la mucha demanda y la escasa oferta de fletes.

Se vio de pronto llegar lanchas cargadas de carpinteros hasta el sitio de la bahía donde el "Albatros" estaba anclado. Al ruido de los martillos se unió el áspero olor de la brea del calafateo y el más penetrante del aguarrás de la pintura. Cuando las reparaciones estuvieron terminadas, un remolcador lo arrastró hasta el muelle, donde fueron subidos los víveres y em-

barcadas unas cuantas toneladas de arena, para mandarlo en lastre hacia el norte, donde iba a cargar salitre que debía llevar a México. Allá tomaría un cargamento de vidrios planos que la industria chilena necesitaba con urgencia. ¡Era todo tan fácil! El verano tocaba a su fin y las buenas brisas otoñales empujarían delicadamente al "Albatros" hacia el norte.

Pero hacía falta un capitán, no un capitán cualquiera sino uno que conociera la navegación a velas, puesto que el "Albatros" no tenía ni un miserable motor auxiliar para salir de los puertos o entrar en ellos, y ni falta que le hacía tampoco. El nombre de Samuel Larsen surgió con la misma espontaneidad con que habría surgido el de Pablo Neruda si se hubiese tratado de buscar un poeta en vez de un marino. ¿Quién otro sino Larsen, el romántico capitán nórdico, del cual los diarios de Valparaíso hablaban día por medio? Larsen fue llamado, se paseó por la cubierta con sus piernas como gruesos paréntesis, rematadas en zapatos descomunales, comprobó que los carpinteros, los pintores y los calafateadores habían trabajado bien y dijo que la nave estaba en condiciones de hacer el viaje. Dieciocho hombres de mar fueron contratados, contando al primero y al segundo pilotos, al oficial radiotelegrafista, al contramaestre, al carpintero, al cocinero, a un mozo o grumete y a once marineros, varios de los cuales habían navegado anteriormente a la

vela y conocían la maniobra. Por fin, una mañana luminosa de comienzos de mayo, después de estibar en las enormes bodegas veinte mil sacos de salitre, el "Albatros", con la bandera chilena flameando alegremente en la popa, levó anclas y lentamente enfiló hacia altamar.

Vientos suaves empujaron al velero, cuya marcha no pasaba de las cuatro millas. Carreta de los mares, el "Albatros" había sido construido para cargar madera, esos grandes troncos de los bosques del Canadá, que son arrastrados por ríos torrentosos hacia los aserraderos o hacia el mar. Y la madera, más que en las bodegas, viaja sobre cubierta. El capitán Larsen, sentado en una silla de lona, sobre la toldilla, miraba sus cartas marinas de procedencia norteamericana, ordenaba rectificar el rumbo con severas voces al contramaestre, a quien se entregaba la rueda del timón algunas horas del día. De tiempo en tiempo, Larsen descendía a la cámara, donde se había acumulado todo el lujo del barco; el zócalo era de oscura y hermosa madera de caoba y los broncecillos brillaban bien pulidos; una lámpara colgaba del techo y dos sillones invitaban con su viejo y noble cuero a acomodarse en su mullido espacio. Junto a la cámara estaba el pañol de banderas: allí se guardaban los trapos para cada oportunidad, así como los mapas y cartas de navegación y el libro de bitácora, que en los primeros días del viaje recibió sólo monótonas anotaciones.

—¡A ver, muchacho, tráeme una taza de café!, dijo Larsen a Mario, que se ocupaba de limpiar el cristal de un cuadro.

—¡A la orden, capitán!

Salió volando hacia la cocina. Ese día Larsen no parecía de buen humor, cualquier tardanza lo exasperaba, su voz aumentaba de tono y su vocabulario se llenaba de fuertes palabras marinas. El grumete, un chico de dieciséis años, narigón y con una mata de cabellos negros que parecía erguirse de su cabeza como un arbusto de la tierra, volvió con una bruñida cafetera y una taza. Sirvió el café y regresó silenciosamente a su tarea de pulir el vidrio de la vieja oleografía que mostraba un velero gemelo del "Albatros", en plena navegación.

—Mario, llama al primer oficial. Necesito hablar con él...

—¡A la orden, capitán!

Un hombre de pelo gris entró en la cámara. Vestía pantalón de tela caqui, una camisa blanca sin mangas y llevaba puesta su gorra de marino mercante. Su rostro era como el resumen de una vida sana, pero difícil, sacrificada. Treinta y ocho años de mar habían hecho de él un ser sereno, casi humilde, tranquilo, más apto para la convivencia fraternal que para hacerse obedecer a base de elevar el diapasón de la voz. Su cara morena y arrugada respiraba calma y ninguna arrogancia.

—¿Está Guzmán en la rueda?

—Sí, capitán.

—Bien. Siéntese, piloto, tengo que hablarle... Larsen encendió su gastada pipa.

—Quiero decirle, en primer lugar, que me parece impropio del primer oficial de una nave el pasarse metido a proa, con la tripulación...

—¿Por qué, capitán?, preguntó el piloto con expresión inocente.

Los ojos del otro se encendieron y su puño derecho se apretó sobre la mesa.

—¿Cómo que por qué? Es bastante estúpida su pregunta... Se interrumpió al notar que el grumete había entrado en la cámara y reanudaba su tarea de limpiar el vidrio. —¿Qué haces tú aquí, carajo? Mándate cambiar y no vuelvas hasta que te llame...

—¡A la orden, capitán!, tartamudeó Mario. Abriendo sus asustados ojos abandonó rápidamente la cámara.

Larsen parecía haberse calmado un tanto.

—Sí, piloto... Si se pasa metido con esa tropa de flojos, le van a perder el respeto, y el primer deber de un oficial es hacerse respetar... ¡Hay que tener más personalidad, hombre!

Pedro Andrade se mantenía silencioso, bajo la airada mirada de Larsen. Este se había servido una segunda taza de café y removía activamente el azúcar con la cucharilla.

—¿Y...? ¿No contesta nada?...

—Capitán, pronto voy a cumplir cuarenta

años navegando y nunca me han faltado el respeto... Voy a la proa, pues..., porque la gente necesita saber que sus oficiales son seres humanos, que se preocupan de sus necesidades, que no los desprecian. ¿Qué delito hay en tomar una taza de café con los tripulantes?

Larsen lo miró con disgusto y golpeó la mesa con el puño. La cafetera retembló sobre la bandeja de plaqué y de la taza saltaron algunas gotas de líquido.

—¡Usted no me entenderá nunca!, dijo.  
—Usted es un oficial sin personalidad... ¡Ya lo viera mandando un barco!

—He mandado varios, capitán, contestó el piloto con voz casi dulce.

—¿Y entonces cómo ahora acepta firmar como primer piloto?

—No hay mucho donde elegir, dijo calmadamente el otro.

Larsen terminó de beberse el café.

—Bueno, no puedo seguir perdiendo el tiempo con usted... Puede retirarse.

El primer oficial no respondió. Se levantó y abandonó la cámara, mientras el capitán lo seguía con la vista, moviendo la cabeza de un lado a otro, con furia y desencanto.

A proa, entre la tripulación, todo se desarrollaba de un modo distinto. Los marineros son gente de sentimientos sencillos. No había

rencillas ni sospechas, pero de tarde en tarde turbaba la paz del entrepuente o del rústico comedor donde se reunía la tripulación, la aparición del capitán Larsen, quien echaba algunos bufidos, encontraba que todo estaba sucio y que nadie tenía ni el más mínimo amor por el trabajo, recalcaba que en sus largos años de navegar, jamás gente de mar alguna había ganado los salarios que cobraban los hombres del "Albatros", y se iba, después de dejar órdenes dichas con voz de trueno.

—Se fue, dijo Aguirre, un marinero entrado en años. Ya no vendrá por lo menos hasta mañana. Menos mal, veinticuatro horas de respiro—. Luego miró al más joven de la tripulación, Mañungo Robles, que había cumplido sus veintidós años unos días antes, justamente cuando el "Albatros" cruzaba la línea ecuatorial. —¿Qué te pasa, muchacho— No ten pongas así... ¡No te va a comer el "capi"!—

—No, dijo Robles, sombrío. —No me va a comer, pero me dio un empujón, el desgraciado. ¿No te fijaste?... Me agarró de un hombro y me echó a un lado. Me dio una rabia... Pero parece que a bordo hay que aguantarle todo al capitán...

—Todo no, apuntó socarrón Segundo Núñez, el carpintero de a bordo. —Pero donde manda capitán no manda marinero y si tú le hubieras contestado el empujón, habría sido una

falta grave a la disciplina... ¡Larsen es capaz de hacerte colgar de una verga!

—¡Es bruto como el solo, el roto!

—Sí, intervino Eufemio Mendoza, el contramaestre, un hombre delgado y de elevada estatura. Cuando se excitaba, la cicatriz que tenía en la frente parecía palidecer. —El “capi” es un marino chapado a la antigua, de esos que andaban por el barco revólver en mano y que por cualquier cosa le pegaban un balazo a un tripulante... Ahora esos gallos están pasados de moda. Yo no sé por qué sacaron a Larsen de su casa. Para un trabajo en tierra está bien, pero no para mandar un barco como éste.

Los marineros fueron interrumpidos por la alegre voz de Anastasio Gamboa, el cocinero, que depositó sobre la mesa una enorme olla llena de café.

—¡La choca, niños!, gritó. —Traigan sus jarros.

Bebieron café en abundancia. El “Albatros” navegaba tranquilo, como un yate de recreo sobre un lago. Hacia el Este, muy lejos, se interrumpía la línea horizontal del mar. Aquella era la costa, sin duda, pero bien sabían los hombres del velero que en ese viaje no habría escalas. Iquique-Salina Cruz era la ruta marcada en las instrucciones que tenía el capitán Larsen de sus armadores y a ellas era necesario ceñirse. Todos los puertos de la costa, círculos negros



sobre el azul de los mapas, quedarían como un collar de lugares desconocidos: Arica, en Chile; Mollendo, Callao, Salaverry, Etén, en Perú; Guayaquil, en Ecuador; Buenaventura y Limones, en Colombia, puertos misteriosos, que con la ayuda de un buen anteojo habrían podido verse quizás desde el derrotero que seguían.

El rústico comedor se iba desocupando. Aguirre, el lamparero, un hombre alegre y comunicativo, trajo su guitarra y cantó algunas canciones. Era entonado y parecía tener antigua confianza con su instrumento. Tañía con gracia y a veces golpeaba la palma de la mano contra la caja sonora de la guitarra. O si no, dejaba vibrando largamente una cuerda, prolongando el sonido con un hábil movimiento del pulgar sobre el alambre. Su voz era gruesa y sus canciones de corte sentimental; en los versos aparecían amores frustrados, anillos perdidos, pájaros, alelíos y una enorme cantidad de hierbas y flores de los campos chilenos.

—¡Bravo, Aguirre!... Cántate ahora la "Palomita".

—Bueno, pero es la última. Tengo que subir a cubierta.

Y las estrofas iban brotando llenas de inocencia y recuerdos. A cada uno de los cuatro o cinco marineros que escuchaban, la canción traería evocaciones diferentes, diferentes rostros de mujer, diferentes momentos vividos en tierra.

—...la golosá palomiiita... , terminó Aguirre arrastrando la última palabra, como si hubiera querido detenerse en ella para no dejar tan pronto la guitarra.

—Ya te irás acostumbrando, Mañungo, dijo el Chilote, un marinero alegre y extravertido. Hablaba a menudo de su familia, de sus hijas —una de ellas iba al Liceo de Niñas de Valparaíso— y enseñaba con ternura los retratos que llevaba siempre consigo. —La vida del mar es dura, no te creas que es chancaca. Si vieras las que he pasado yo—. Al Chilote le encantaba relatar sus viajes. —Antes de embarcarme en el “Albatros”, fui a Estados Unidos en el “Emilio”, ¿te acuerdas de ese barco de la Transatlántica?... No es que el capitán fuera tan jodido como Larsen, pero ahí sí que había que amarrarse los pantalones... Fuimos en convoy siete buques, desde Panamá hasta Nueva Orleans, protegidos por aviones de guerra. Iba hasta un buque ruso, mandado por una mujer...

—¿Por una mujer?, exclamó Mañungo Robles—. Parece mentira.

—Lo mismo decíamos nosotros, pero el capitán del “Emilio”, don Antenor Marín, tuvo en Panamá una reunión con las autoridades marítimas yanquis... Fueron los capitanes de los siete buques que iban a formar el convoy, y allí se encontró con una mujer que era la comandante del barco ruso. Y decía el “capi” que era joven y recontra buenamoza...

—¿Y usaba pantalones?, preguntó Mañungo ingenuamente.

—No, el “capi” dijo que no; usaba polle-  
ras, pero era una mujer bien decidida. ¡Había  
que ver las nochecitas que se pasaban con el  
salvavidas puesto, las luces apagadas hasta el  
extremo de que andábamos a estrellones en cu-  
bierta y navegando a todo lo que daban  
las máquinas!

—¿Los bombardearon?

—No, por suerte. Pero lo que pone pavor,  
Mañungo, no es tanto el bombardeo como la  
espera del bombardeo, la incertidumbre, la an-  
siedad...

Mañungo guardó silencio.

—Y tu, ¿por qué te embarcaste?, preguntó  
el Chilote.

—No sé, las ganas de ver mundo. Tú sabes  
que los chilenos somos patiperros... Además,  
estaba sin trabajo. Me habían dejado cesante  
en una fábrica de caramelos donde trabajaba  
en el puerto. Casi no llegaba azúcar a Chile y  
la fábrica tuvo que bajar la producción... Me  
gusta México, he visto varias películas... y  
tenía ganas de navegar, también. Tengo mu-  
chos amigos vaporinos y éstos se lo pasan ha-  
blando de lo bueno que es llegar a un puerto,  
recorrer las calles, ver caras nuevas, comprar  
cosas buenas para llevar a Chile, a los amigos  
y a la familia...

—¿Tienes familia?...

—Sí, respondió el joven. Tengo a mi mamá y a mi hermana Inés... Ella trabaja también. Me daba no sé qué andar de vago, no llevar nada a la casa. Las cosas estaban difíciles en Valparaíso.

En el barco sonó una campana que indicaba cambio de guardia. El contramaestre Mendoza cogió su gorra y salió del comedor, mientras el Chilote, bigotes oscuros y poblados, ojos inteligentes, conversaba con el benjamín del barco, el mocoso ese, Mañungo. Le tocaba a Eufemio Mendoza permanecer en la rueda las cuatro horas que seguirían, llevando el rumbo de la nave. La tarea, aparte de aburrida, era desagradable, porque el capitán Larsen se instalaba en la toldilla a vigilarlo. Que esto, que lo otro, que cuidado, que mira el compás, que mueve un poco más la caña a estribor... ¿Por qué demonios no lo dejaría tranquilo? Conservar el rumbo de esa enorme carreta marina con tres mástiles no era ninguna cosa del otro mundo, con un tiempo tan bueno, en que ni siquiera uno de esos chubascos tropicales, tan frecuentes en la región en que navegaban, se había dejado caer sobre el "Albatros", cuyas maderas crujían, lloraban de calor.

En la cámara del capitán, Larsen y el segundo piloto, Florín Guzmán, conversaban a

menudo, para matar las largas horas de inactividad, cuando el mar está calmo, las brisas soplan discretamente y el "Albatros" se desliza tranquilo, el timón en las manos viejas y expertas del primer piloto. El espaldudo capitán ha tomado cariño a este joven oficial, que se insinúa como un marino serio, estudioso, que respeta y hasta admira a su jefe, a quien parece muy adicto. Todos los sucesos del día, las "tallas" que se han escuchado a proa, los proyectos para después del arribo a puerto, la debilidad del primer oficial —tema predilecto— son escarmentados en la charla de los dos hombres. Delgado, pequeño, con un fino bigote sobre el labio, Florín Guzmán abre sus grandes ojos oscuros cuando el capitán le cuenta algún recuerdo heroico, algo increíble ocurrido en viejos días en que la navegación era otra cosa. En estos tiempos de democracia, la tripulación pide comodidades, exige, no quiere comer cualquier cosa y hasta tiene un delegado que transmite estos deseos al capitán.

—Si viera usted Florín, lo que era antes, en mis tiempos... Entonces sí que los capitanes mandaban y al que no obedecía, al calabozo, mi amigo, con grillos, nada de cosas... ¿Cómo quiere usted que se conserve la disciplina entonces? Ya ve usted a ese infeliz de Andrade... Me da verdadera lástima. No tiene personalidad, se pasa metido en la proa, palmotea al cocinero, porque parece que una

vez navegaron juntos. Nadie lo respeta así, no hay diferencia entre oficiales y tripulantes, todos son iguales. Lo primero que un oficial tiene que hacer es que sus galones sean tomados en cuenta por esos rotos de mierda... Ayer fui a echar una mirada a proa y un marinero, ese tal Robles, ¡una guagua!, no se hizo a un lado para darme el paso. Piense usted lo que hubiese hecho en las mismas circunstancias Andrade... Seguramente se habría detenido, con la calma que tiene, y le habría dicho: —Robles, déjeme pasar... Eso es lo que habría hecho, no le quepa la menor duda, mi amigo. Yo no... Yo lo agarré de un hombro y lo quité de mi camino... Pero esa no fue la única sorpresa de mi visita. Imagínese que voy a la cocina y me encuentro a Gamboa carneando el cordero que mataron ayer. A su lado había una persona, no me pregunte quién era, Guzmán... El cocinero, sudando la gota gorda, metido en su maldita camiseta llena de mugre, agarraba al animal con la mano izquierda, mientras con la derecha manejaba el cuchillo. —Téngame aquí, le dijo a su acompañante—, por favor ayúdeme a sostener el animal para cortarlo. El otro mantuvo el cordero agarrado de las patas de adelante, mientras el cocinero le metía cuchillo... Ahora le voy a decir quien era: era nada menos que Andrade... ¿Lo irán a respetar si se pone a hacer el triste papel de pinche de cocina? Indudablemente que no, Florín. Por

eso yo quiero que en adelante sea usted el primer oficial de la nave. Usted es joven, empeñoso... Es cierto que es la primera vez que navega en barco de vela, pero eso no es inconveniente. Las faenas se aprenden. Lo que no se aprende, si no se tiene, es la voluntad, y Andrade es un abúlico, un pobre infeliz a quien la mujer gorrea y con justa razón, si es con ella tan activo como aquí en el barco...

El capitán Larsen pocas veces hablaba tanto de una vez. Se detuvo, sin pensar que de toda su larga exposición sólo una frase había sido comprendida por su interlocutor, la misma que quedó temblando deliciosamente en el corazón de Florín Guzmán, la promesa de que él sería el primer oficial. Al otro se le relegaría a su cabina o a la proa, a que siguiera cultivando la amistad de los marineros. Allí estaba mejor que en el papel que los armadores y la experiencia de sus años le habían asignado.

El primer conflicto entre el capitán Larsen y los marineros se había producido antes que el "Albatros" zarpara de la costa chilena, cuando se trató de los víveres para el viaje. Larsen hablaba de carne y pescado salados y la tripulación dijo, por la voz del contra maestre Eufemio Mendoza, que quería otra clase de alimentos.

—Así que a los angelitos no les gusta la

carne salada, apuntó irónicamente Larsen.

—La tripulación aceptaría si se tratase de una emergencia, pero si vamos a estar un mes y medio navegando, sin tocar puerto, no se puede comer sólo alimentos salados.

Larsen se levantó de su sillón y golpeó con el puño cerrado sobre la mesa de su cámara.

—¿Y cómo quiere usted que los alimentos se conserven si en el barco no hay frigorífico? El contramaestre no respondió, lo que aumentó la irritación del capitán. —¿Cómo quiere usted?...

La mirada de Eufemio Mendoza se posó lánidamente sobre la encendida cara de su interlocutor y esto pareció precipitar al capitán en el paroxismo de la ira.

—Los angelitos... los angelitos, repitió.— Hay que darles carne de pavo y langostas de Juan Fernández... Si yo voy a comer carne y pescado en sal ¿por qué no los pueden comer también los tripulantes?

—Porque no es un alimento propio para un viaje largo, respondió el contramaestre con voz calmada.

Larsen pensó que todo eso era de una injusticia inaudita. En la dotación del "Albatros" se consultaba un solo cocinero, el condenado Anastasio Gamboa, lo que a la postre venía a significar que no habría un tipo de comida para los oficiales y otro para los tripulantes, sino uno solo. Y si él y sus oficiales condescendían en



comer carne y pescado salados, el que los marineros se negaran a hacerlo, le sonaba claramente a rebelión. ¿Y si cambiara al contra-maestre y a los hombres que éste había aportado a la tripulación? Por desgracia ya no era tiempo: el zarpe estaba fijado para dentro de dos días y en cuarenta y ocho horas nadie forma una dotación, ni menos aún en tiempo de guerra.

Los armadores se encargaron de convencer al capitán de que el problema no tenía tanta importancia, puesto que el flete daría pesos para todos. Fueron embarcados dos vacas y diez corderos. Las vacas se mostraron pacientes y fuertes, pero los corderos, mareados y asustados, balaban día y noche, sobre todo cuando a la inestabilidad de la cubierta, donde iban atados, se unía la estremecedora sombra de la noche marina. Uno a uno, los animales fueron cayendo bajo el certero golpe de cuchillo de Anastasio Gamboa, y fue precisamente el día en que se despachó al último cordero —faltando unas cien millas para llegar a Salina Cruz— cuando una tempestad de verano de las que suelen formarse en esa zona, sorprendió al “Albatros”. El viento soplaba duro y la carga producía un rol violento y rápido a la nave, que rolaba mucho más de lo que andaba. El quebrante de torsión provocó un desnivel en el ritmo de movimiento de los palos y Larsen notó con alarma que el trinquete no iba al compás

con los otros dos mástiles y en la cruceta se movía unas pulgadas más, con castillo y todo. En la tablazón exterior se oían severos cruji-dos, la estopa del calafateo se desprendía rá-pidamente al mismo tiempo que varias vías de agua se producían en la cubierta.

—¡A las bombas!, gritó dramáticamente el capitán Larsen, como si el barco estuviera en peligro inminente de naufragio. Iba de un lado a otro de la cubierta, con sus grandes tran-cos, vestido con sus ropas de agua y sus pesadas botas de goma. El primer oficial, que estaba al timón, sonrió. No era para tanto, indudable-mente, pero al capitán Larsen siempre le ha-bía gustado parecer un héroe de novela, un marino legendario y hacía todo lo posible por aproximarse a las descripciones que los perio-distas solían hacer de él. —¡A las bombas!... ¡Rápido, carajo!, gritó a Mañungo Robles, que se disponía a penetrar por la escotilla al cajón de la nave.— ¡Trabajar rápido, inconscientes!.. No podemos permitir que se nos moje la car-ga. ¡Tenemos que llegar con salitre y no con sacos vacíos como pellejos!

En la bodega, el agua subía de nivel. Las dos bombas de achique trabajaban continua-mente para evitar que llegara hasta la carga. Por la cubierta, varias vías dejaban filtrar el agua que caía en hilos continuos sobre los sacos de nitrato.

—Capitán, dijo el contramaestre surgien-

do a cubierta desde la obscuridad de la bodega, —la carga se está mojando.

—¿Subió el nivel del agua? —Larsen fumaba con su pipa al revés, la boca de la hornalla hacia abajo, para evitar que el agua que chorreaba desde su “*south west*” mojara el tabaco.

—No, capitán, estamos manteniendo el nivel. Son filtraciones de cubierta.

—¡Ah...! ¿Y a usted no se le ocurre tapar los sacos con una tela, verdad?

—¿Con una tela ese medio montón de salitre?... Voy a usar las velas de repuesto.

El cielo estaba negro, preñado de agua obscura, la cual a ratos se vaciaba en gruesos azotes que arrancaban lúgubres resonancias a esa especie de guitarra marina que era el “Albatros”. El viento silbaba al rozar los trapos chicos —las velas mayores habían sido arriadas— y el barco montaba sobre gruesas olas que venían a su encuentro, o caía en profundas simas. La lluvia comenzó a generalizarse como una inmensa cortina que uniera cielo y mar. Larsen miró con atención el sentido en que caía el agua de la lluvia: ésta bajaba casi verticalmente, lo cual quería decir que se había calmado la velocidad del viento. Sólo de tiempo en tiempo una ráfaga azotaba la cara del capitán.

—Aguirre, baja a la sentina y toma el nivel del agua.

—Sí, capitán.

Las bombas trabajaban duro todavía. La noche empezaba a caer sobre el mar con toda su dramática grandeza. El tórax del capitán Larsen parecía crecer, crecer hasta reventar los botones de su lustroso impermeable de hule. Sentía que había vencido un gran peligro. Si el huracán se desplazaba de la zona y no surgían nuevas complicaciones, en un par de días el "Albatros" llegaría a Salina Cruz con la carga en buen estado. Si unos cuantos sacos de salitre se habían mojado en la bodega, la pérdida era mínima y los seguros la cubrirían ampliamente. Pero él, Samuel Larsen, había vencido un peligro cierto.

—¿De qué se ríe, piloto? Odiaba esa remota sonrisa que se prendía a veces a los labios de Andrade, el primer oficial. La sentía como un verdadero insulto.

—No me río, capitán, respondió tranquilamente el otro, con los ojos y las manos fijos en la caña.

Aguirre surgió con la noticia de que el agua no aumentaba, antes bien había disminuído un par de pulgadas en la sentina. Llevaba dos grandes linternas, una con vidrios verdes y la otra rojos, e iba a colocarlas en el mástil. Los aletazos de la noche llenaban el mar de una especie de paz, de paréntesis de calma entre tan agitadas horas.

## II

### *Salina Cruz*

ALBERTO MORÁN ENTRÓ

en su hotel. En el vestíbulo había un termómetro colgado junto a un calendario: marcaba 40,7 grados. Un calor achicharrante. Subió a su cuarto y se dio una ducha fría antes de pasar al comedor. Esa mañana había despertado temprano, cerca de las seis, con deseos de bañarse en el mar antes de que el sol cubriera la playa. El sol tropical y el agua salada actuaban con corrosiva severidad sobre su piel y no quería reeditar viejas y desagradables experiencias. La playa estaba solitaria. Dejó su ropa junto a una roca y se metió en el mar. El agua era como una inmensa caricia, tibia, transparente. Nadó unas cuantas brazadas y luego se dejó estar, sensualmente. El cuerpo parecía relajarse por entero, abandonar toda intención de esfuerzo, todo trabajo muscular.

¡Si ese instante pudiera transformarse en horas, en años! Era el olvido, una sensación de nirvana increíble, en que el cuerpo no pesaba, casi no existía.

—¡Señor!... Oiga usted...

Un hombre vestido de uniforme caqui, de pie junto a sus ropas, lo llamaba. Alberto salió del mar y al hacerlo sintió un verdadero dolor.

—¿Qué pasa?

Cuando estuvo junto a él, notó que era un policía.

—¿Usted no es de aquí, verdad?

—No, de México, contestó.

—Así se explica, señor... Le aconsejo que no se bañe aquí... Hay muchos tiburones. Desde que llegó al puerto aquel barco de vela —señaló hacia el muelle donde estaba amarrado el "Albatros"— menudean los tiburones.

—¡Diablo! Bueno, gracias, amigo.

Comenzó a ponerse la ropa. El policía lo acompañó hasta el hotel. Era un hombre correctamente vestido, con la cara recién afeitada y bien peinado el reluciente cabello negro.

—Hay muchos accidentes, señor...

—Me llamo Morán... Cónsul de Chile en México.

—Mucho gusto, señor cónsul. Mi nombre es Camacho, Jesús Camacho. Soy el segundo jefe de policía... En Salina Cruz todos me conocen. Basta que pregunte por Chucho Ca-

macho... Cuando necesite de mí, tarde o temprano necesitará de mí, búsqüeme en el cuartel de policía.

¿Había dicho esto con una intención oculta? Alberto lo miró a la cara, pero los ojos del policía no decían mucho más que las palabras.

—Espero no tener que molestarlo...

—Bueno, siempre se acude a Chucho Camacho.

Habían llegado al hotel.

—¿Quiere acompañarme a desayunar, señor Camacho?

—Muchas gracias, señor cónsul. Desayuné hace una hora.

Se separaron. El hotel, instalado en una vieja casa del centro de la ciudad, había tenido, como el puerto de Salina Cruz, sus días de esplendor. Ahora vivía las horas más pronunciadas de su decadencia, escasos clientes llegaban a golpear sus puertas: algunos agentes viajeros, uno que otro turista, de vez en cuando marinos que querían cambiar el menú de sus barcos u oficiales de la marina mexicana, de guarnición en el puerto. Era una reliquia de la época brillante de Salina Cruz, cuando la ciudad constituía una clave en las transacciones comerciales de un mar a otro. Los catres, algunos de dosel, eran de bronce o de madera de caoba traída de las selvas del Estado de Chiapas y trabajadas en Oaxaca o en la capital. Bajo cada catre había un orinal de

porcelana, pesado y un poco amarillo por el tiempo y los residuos, con escenas pastorales en la superficie exterior. Gigantescos muebles, lavabos con lavatorios y jarros de porcelana francesa y espejos con trozos del azogue gastado, llenaban esas habitaciones inmensas, de gruesos muros y elevados techos. Había también cuadros, viejas oleografías y el infaltable retrato de Porfirio Díaz con sus bigotazos blancos y su corte de pelo a la alemana.

Alberto almorzó rápidamente y luego, afrontando el pesado sol de la hora de la siesta, caminó hacia el edificio de la capitánía del puerto, otra de las viejas casas de la ciudad, con descascarados muros, resto de la suntuosidad de los buenos tiempos, precisamente de aquellos en que el capitán del puerto era un joven marino que navegaba en los barcos de la Armada, los años anteriores a la revolución. Ahora, los escasos cabellos blancos de Home-ro Ruiz coronaban una cara triste y añorante. Vestía someramente el pantalón y la camisa caqui propios de los uniformes militares y navales de los trópicos.

—Sí, señor cónsul, dijo con cierta solemnidad, —ya recibí la visita del capitán Larsen, quien me explicó el asunto desde su particular punto de vista. Yo estimo que no se debe exagerar ni llevar las cosas a extremos tales que después no sea posible un arreglo satisfactorio, ¿sabe?... Si usted quiere conocer



mi impresión, una impresión desinteresada desde luego, le diré que el problema se reduce a pagar a los tripulantes lo que se les adeuda o por lo menos, una parte de ello. Entonces se tranquilizarán y el velero podrá salir de regreso a su patria. Lo demás es mero afán de complicar las cosas... Dos marineros de la tripulación del "Albatros" se encuentran detenidos en el cuartel de marina, por petición expresa del capitán Larsen. Pero su prisión es relativa, pues se les deja ir y venir libremente... No se van a escapar de Salina Cruz... Nadie se escapa de aquí. El contramaestre, Mendoza creo que se llama, ayuda a los marinos en el cuartel; es un hombre tranquilo y estimable. En cuanto al carpintero, se gana unos pesos trabajando para la gente del puerto. ¿Por qué los vamos a tratar con dureza? Realmente ellos no nos han hecho nada a nosotros y son buenas gentes... El capitán Larsen se exalta un poco, señor cónsul. No hay duda que es buena persona, pero de carácter muy particular. Yo no sé cuál será el punto de vista de usted, pero le repito mi opinión: no hay en todo esto más problema que la falta de dinero para pagar sus salarios a los muchachos.

Entre los montones de papeles que se levantaban sobre su vieja mesa de trabajo, había un tintero barroco, que parecía un monumento de estilo *art nouveau*. En los muros del despacho se veían grandes reglamentos

impresos, protegidos por vidrios, y encabezados con el escudo mexicano, el águila y la serpiente. Había también un enorme mapa de México y una fotografía del presidente de la república.

Una joven irrumpió en la oficina; traía un vaso de agua mineral y un tubo con píldoras.

—Tío, dijo,— es hora de que tomes tu remedio.

Se detuvo al ver al visitante, que la saludó con una inclinación de cabeza. El anciano se tragó una píldora de color café y otra de color rojo.

—Capitán, me retiro, apuntó Alberto. —Estoy muy contento de haber conocido una impresión tan serena y desinteresada como la suya, agregó con tono cortés. —Más adelante me permitiré volver a conversar con usted, cuando me entere de todos los detalles de este desagradable asunto. Ahora me limito a agradecerle las atenciones que las autoridades mexicanas han dispensado al barco chileno y a su capitán, y asimismo la calma y buen sentido con que se ha tratado a los marineros detenidos. Muchas gracias por todo, señor.

Homero Ruiz, el capitán del puerto, era una reliquia de los buenos tiempos de Salina Cruz, de la época en que la moneda circulante era de oro. Entonces los trenes salían del

puerto cargados de mercaderías hacia el Atlántico, cruzando la parte más delgada del Istmo en unas pocas horas. Almacén obligado para las mercaderías que llegaban del oeste de Estados Unidos o del sur de América, Salina Cruz vivía días de comercio, riqueza y animación. Ciento sesenta trenes llegaban y salían cada día uniendo los dos mares, y barcos y más barcos atracaban a los muelles del puerto tendido junto a los cerros cubiertos de una raquítica vegetación de color verde pálido. Capitanes y marineros de veinte países se acumulaban en las barras de las cantinas y en los elegantes salones de los prostíbulos. Casas de juego acogían a febriles comerciantes, intermediarios y especuladores, y veinte grúas de fabricación inglesa desembarcaban con sus brazos poderosos, fardos, sacos, pacas y atados de mercaderías que depositaban en los muelles, mientras que el dique seco recibía en su vasto vientre barcos de remotas banderas. El oro corría en Salina Cruz como la lluvia de las tardes de verano por las laderas de los cerros y formaba sugerentes bultos en el cinto y en los bolsillos de los negociantes. El puerto bullía de gentes, los gritos cruzaban el aire como secos latigazos, las vías férreas se internaban en los muelles y los carros recibían su diaria y pesada ración para ser trasladada al otro lado, a las costas del Golfo de México.

Pero un día la ambición se proyectó so-

bre la cintura más delgada y flexible del continente, un istmo todavía más angosto que el de Tehuantepec. Se trataba de unir los dos océanos, pero no ya por la vía férrea sino por un canal que permitiera el paso de los barcos cargados de mercaderías o de cañones. En el proyecto se conjugaban la fiebre de expansión económica y las ambiciones militares de los Estados Unidos, y tras el fracaso de Lesseps, cuya obra fue torpedeada desde distintos ángulos, la política norteamericana se proyectó sobre Panamá. Una faja de tierra fue cínicamente cercenada a Colombia y el oro yanqui pudo salir airoso donde Lesseps se había estrellado. Muchos puertos del Océano Pacífico empezaron a ver venir la decadencia. El Estrecho de Magallanes se convirtió en una puerta casi inútil, mientras los días de oro desaparecían para Valparaíso. Las grúas de Salina Cruz cesaron también de mover sus brazos mecánicos y la humedad salitrosa del mar las fue recubriendo de una sucia costra amarillenta. El movimiento de los trenes que dejaban una estela de humo de petróleo entre mar y mar, fue reduciéndose a ojos vistas, y en pocos años las empresas, los comerciantes, las sucursales de bancos y las oficinas consulares evacuaron el puerto. Los bares se quedaban vacíos, muchos hombres tuvieron que emigrar para ganarse la vida en lugares más propicios y el dique seco apenas tenía trabajo con los guardacostas de

la Armada mexicana y uno que otro vapor costero, que buscaba carenarse. Salina Cruz tuvo que decir adiós a su viejo esplendor, a las noches en que resonaban las sirenas en el puerto y los fajos de billetes caían sobre el paño verde de las mesas de juego. Hasta las prostitutas empacaron sus vistosos vestidos de seda y emigraron a Veracruz o a Tampico, donde la riqueza del petróleo estaba creando el clima cosmopolita en que su profesión se desarrolla mejor.

Homero Ruiz había cambiado por aquel tiempo la larga e incómoda levita con botones dorados de los guardiamarinas por el saco más breve de teniente de la Armada. Los años pasados en Veracruz, en el colegio naval, y los que había navegado sirviendo en el guardacostas "Hidalgo", no le habían permitido observar de cerca las violentas transformaciones de su ciudad natal. Cuando llegó a Salina Cruz, de vacaciones, recogió la visión de un puerto desolado, que se moría, una especie de fantasma del lugar donde había transcurrido su niñez. Vehemente y generoso, propuso a su madre que abandonara la ciudad y fuera a instalarse en la capital. Ella se negó.

—No me moveré de aquí, dijo.— Nada tengo que hacer en México. Aquí he vivido siempre, aquí está enterrado tu padre y aquí duermen los míos también. No me siento ca-

paz de ir a afrontar otras costumbres y a otras gentes. Todos mis amigos viven aquí.

—Pero es que este pueblo se muere, mamá, dijo Homero. —Se me figura que fuera un barco a punto de hundirse...

—Precisamente, replicó ella, —hay mucho de lo que tú dices. Y tú, como marino, sabes que sólo las ratas abandonan los barcos cuando están en peligro.

El teniente se tragó en silencio la lección. No replicó, pero a partir de entonces pareció como si en su interior se acentuaran el respeto y el amor por su madre. Cada vez que tenía unas vacaciones, por breves que fueran, tomaba el tren del Istmo y volvía a Salina Cruz; y en cada viaje la hallaba más desolada, más triste que en el anterior.

Los años fueron pasando y Homero avanzando en su carrera. Estuvo comandado en Europa, viajó diez veces al oeste de los Estados Unidos y cuando fue ascendido a capitán de navío debió vivir un par de años en la capital, agregado al Ministerio de Marina. Una enfermedad lo obligó a pedir la baja. Su madre había muerto y quizás fue el recuerdo de ella lo que lo decidió a solicitar su nombramiento de Capitán del Puerto en Salina Cruz. No se había casado, estaba enfermo, un poco solo. Sus únicos parientes vivían allí, en el puerto olvidado. ¿A qué vacilar entonces? Si su vida es-

taba tan fuertemente ligada a Salina Cruz ¿por qué no pasar allí los últimos días?

Sus jóvenes sobrinos llevaban alegría a la solitaria casona de gruesos muros blancos donde habitaba y trabajaba. La tarea no era mucha en un puerto como ese, tranquilo, sin grandes alternativas. El caso del velero chileno era hasta una distracción, una oportunidad de sacudir las telarañas del hastío, de raspar el moho de su propio corazón.

Los telegramas del capitán Larsen habían dado, al parecer, algún resultado, pues el agente marítimo encargado de atender las necesidades del "Albatros", que sólo algunos días antes había rehusado toda otra suma de dinero que no fuera la estrictamente necesaria para comprar víveres frescos, apareció una mañana en el muelle, impecablemente vestido de blanco, cruzó el tablón que hacía las veces de pasarela entre la tierra firme y el velero y, una vez sobre cubierta, palmoteó con jovialidad las voluminosas espaldas del capitán.

—Buenas noticias, mi amigo, dijo.— Hoy se recibió un giro telegráfico de sus armadores y todas sus penas van a terminar. Con este dinero podrá hacer algunos adelantos a los tripulantes para que se tranquilicen... En cuanto a lo que me debe a mí, lo he descontado todo, y le traigo el resto en dinero contante y

sonante.— Lanzó una carcajada y golpeó significativamente su portafolios de cuero.

—¿Pasemos a la cámara?, propuso Larsen.

—Encantado, capitán, encantado.

Florín Guzmán observó que Mañungo Robles había escuchado esta conversación y se dirigía a la proa con ánimo evidente de transmitirla a sus compañeros.

—¡Eh, tú!... lo detuvo con un grito.—  
¿Dónde vas?

—Voy a proa, a tomar un vaso de agua, contestó evasivamente el marinero.

—¿A tomar agua, no?... ¿Crees que soy tonto?... Prosigue tu tarea.

Mañungo obedeció sin chistar. Le pareció que la alegría que sentía en su interior hacía innecesaria la resistencia. Iba por fin a tener algunos pesos en el bolsillo y a cumplir un deseo que se le había puesto entre ceja y ceja la primera vez que pisara tierra en Salina Cruz. La sonrisa del alma casi le subía a los labios, mientras raspaba la cubierta del barco con un grueso escobillón. Pensaba en Trinidad, en sus ojos negros y juguetones, que brillaban para mirarlo a él; evocaba sus cabellos oscuros, iluminados por una hermosa luz, sus gruesos labios, sus blancos dientes, su voz; oírle hablar era casi como escuchar una canción. Se habían conocido aquella noche en la plaza, —ella decía el zócalo— y habían caminado largas cuadras por la ciudad hablando y riendo. El



le contó su viaje, los enredos que la tripulación tenía con el capitán y le pintó Valparaíso con caracteres tan exagerados que Trinidad lo escuchaba con los ojos redondos de admiración. Se detuvieron en un puesto callejero donde vendían refrescos, a base de hielo molido y aguas de vivos colores, y cocos. El vendedor cogió su machete y de un certero golpe partió en dos un coco. Cada uno cogió un trozo y bebió su blanca leche. Para ella eso no tenía novedad, pero Mañungo encontró que era lo mejor que había probado en toda su vida. La cálida noche los acercaba. Mañungo la cogió del brazo duro y moreno, y una especie de llama se encendió dentro de él, pero el marinero resistió los deseos que tenía de precipitar el ritmo de las cosas. "A las mujeres les gusta que las traten con delicadeza". La frase la había escuchado en Valparaíso, de boca de su hermana Inés, y le había impresionado. Trinidad era hermosa y alegre y podía ser su gran amiga en Salina Cruz. Era preciso entonces evitar el menor paso en falso, dejar que las cosas siguieran su camino natural, no apurarlas. Un beso arrancado prematuramente podía significar muchos besos que no gozaría después. Del brazo de Trinidad emanaba un calor que recorría como una corriente eléctrica la piel de Mañungo. Los ojos de ella miraban con insistente luz y el mozo se preguntó de pronto si no estaría quedándose atrás. Una cosa es ser prudente,

se dijo, y otra quedarse en las huinchas, capaz que Trini me tome por tonto. Habían llegado a la casa de la muchacha, una pobre casa en los extramuros y ella no lo invitó a entrar. Prometieron volverse a ver y al despedirse, los entreabiertos labios de Trinidad eran tan incitantes que Mañungo olvidó todas sus reflexiones y sus llamados a la propia prudencia, se inclinó y besó suavemente esos dulces y calientes labios.

El atildado Florín Guzmán había conseguido muy poco al retener en su tarea a Mañungo Robles, pues otros hombres de la tripulación habían asistido, aunque de lejos, a la llegada del representante de la agencia marítima y habían visto a éste golpear con sugerentes palmaditas el abultado portafolios de cuero. Y como a buen entendedor bastan pocas palabras, la nueva se había corrido y había llegado hasta la propia cocina, donde Anastasio Gamboa preparaba el almuerzo.

—¿Y cuánto nos irán a dar?, preguntó el cocinero.

—No creo que sea mucho, rezongó el Chilote. —Las cosas no dan para tanto. Pero algo es algo... ¿Cuándo diablos zarparemos? Ya estoy medio cabreado con tanto calor... ¡No hallo las horas de volver a Valparaíso!

La tertulia de la cocina se iba animando; tres o cuatro nuevos tripulantes se habían agregado a ella.

—En esto hay que hacer lo del cura Va-

lencia, dijo uno—, ...y tener paciencia... En el muelle no se ve carga de ninguna clase. ¿Cómo nos vamos a volver a puro lastre para Chile? Mientras tengamos qué comer, hay que aguantar... Además nos están pagando bien, con veinticinco por ciento de aumento por peligro de guerra...

—Miren donde salió la voz del amo, intervino el Chilote riendo. —Ni que te pagara Larsen para que vengas a predicar aquí, agregó sin ánimo de pelea. —Nos pagan bien, pero hasta el momento no le hemos visto el color a la plata mexicana, ya que no nos han adelantado ni cristo, ¿no es cierto?

—Pero ahora sí que llegó la galleta, dijo Aguirre. —Dicen que el representante subió a bordo con una maleta llena de billetes.

La tertulia se interrumpió cuando el segundo oficial penetró en la cocina.

—A las cuatro de la tarde se les espera en popa, dijo secamente.

—¿Va a haber supe, verdad, piloto?

Pero ya Florín Guzmán había abandonado el recinto y la pregunta quedó flotando en el vacío.

A las seis —el sol iba declinando, pero el horrendo calor subsistía— un grupo de marineros encabezado por el Chilote y Mañungo Robles marchaba alegremente por las calles de Salina Cruz. La ciudad parecía despertar precisamente a esa hora, cuando el sol dejaba de

cortar las aceras acuchilladas, en dos zonas precisas. Marineros y trabajadores del dique seco se repartían por los barrios. Al zócalo —la plaza— llegaban hermosas jovencitas vistiendo algunas el huipil tehuano, vendedores de cacahuates y aguas de colores, oficiales, familias del pueblo que abandonaban los hornos de sus casas. En la puerta del cine sonaba permanentemente una campanilla invitando a la función de la tarde. La gente se detenía a mirar los anuncios y los tripulantes del “Albatros” no tardaron de dejarse seducir por las fotografías y los affiches. El Chilote los llamó al orden.

—Ya, pues, muchachos, despéguese pronto de ahí. Tenemos que ir a ver a los compañeros, no se les olvide.

Cuando el grupo llegó al cuartel de la marina, los dos detenidos, el contraamaestre Eufemio Mendoza y el carpintero Núñez, disfrutando del buen trato ordenado por el Capitán del Puerto, se disponían a salir para dar un paseo por la ciudad. Un oficial que se hallaba en la puerta del cuartel limpiando con su pañuelo el tafilete mojado de su gorra, les recomendó:

—No se les olvide, chilenos: la recogida es a las doce.

—No, mi teniente, respondió el contraamaestre esbozando un saludo militar. Y luego, como el oficial no hiciera ademán de volver a hablar: —Con su permiso, mi teniente.

El grupo volvió sobre sus pasos y se in-

trodujo en la primera cantina que encontró. Las mesas se llenaron de botellas de cerveza y las preguntas iban y venían. Mendoza y el carpintero contaban su buena vida entre los marinos mexicanos, mientras los otros relataron la llegada del cónsul y sus primeros pasos en Salina Cruz.

—Parece que es buena persona, dijo el Chilote. —Lo primero que hizo fue mandarnos a decir con Guzmán que nos reuniéramos en la proa porque quería hablar con nosotros. Nos juntamos todos y entró el cónsul muy tranquilo... Les advierto que yo creía que nos íbamos a encontrar con un desgraciado bien aleccionado por Larsen, pero el hombre no tenía cara de come niños. Entró al comedor con el segundo piloto y después que éste dijo que era el cónsul de Chile en México, hablaron unas palabras en voz baja. Yo creo que le pidió a Guzmán que lo dejara solo con nosotros, porque éste se retiró con cara de mostaza... Cuando el piloto salió, el cónsul cerró la puerta y se enfrentó con nosotros. No te niego, Mendoza —el Chilote miraba la frente partida en dos del contra-maestre— que estábamos medio asustados. Pero ligerito el cónsul rompió la tirantez: —“Bueno, dijo, ya sabrán ustedes a qué he venido. El capitán Larsen me informa que ustedes están en huelga, lo cual es bastante grave, puesto que aquí no estamos en puerto chileno, sino en el extranjero, ¿no es cierto? “Entonces,

agregó el Chilote, como el cónsul se quedara callado, como esperando que alguien contestara, me decidí a tomar la palabra: —“No hay huelga, cónsul”, dije. —“Es verdad que protestamos por la forma en que nos han tratado. Yo soy viejo navegante y nunca había visto que los oficiales de un barco se tomaran con el personal la confianza que se toma el capitán de este velero. Al capitán Larsen se le va la lengua e insulta a la gente; trata mal no sólo a los marineros sino hasta a los propios oficiales, como puede atestiguarlo el señor Andrade... Y hasta se le pasa la mano, señor, como puede decirlo el marinero Robles, a quien golpeó en presencia de varios de nosotros...”

Mañungo Robles pareció despertar de un profundo sueño.

—De veras, contramaestre, dijo. Entonces intervine yo, porque me había dado confianza ver que el cónsul escuchaba tranquilamente al Chilote, sin interrumpirlo... Entonces le dije: —“Es verdad, señor cónsul, porque se le ocurrió, el capitán me agarró de un hombro y me trató con violencia. Yo no contesté por respeto y porque es un hombre mayor..., pero esos no son modales para un capitán... No porque uno sea un simple marinero...”

—Bueno, cállate ya, interrumpió el Chilote, que había aprovechado la interrupción de Mañungo para beberse una botella de cerveza casi sin respirar. Déjame seguirles contando a

los compañeros... Entonces le dije al cónsul: —“Usted ve, señor, si a los malos tratos se une la falta de pago y lo que hicieron con el contra-maestre y el carpintero, era lógico pensar que nosotros no estuviéramos muy tranquilos. Porque apenas el barco tocó tierra, el gringo Larsen (el cónsul me miró re feo y me dijo que debía tener más respeto y no llamarlo gringo) nos dice que los armadores no han dado señales de vida, que no hay un cobre en la caja, ni siquiera para comprar alimentos frescos, ni mucho menos para pagarnos la mitad de los salarios, como está escrito en el contrato... Usted comprende, como autoridad consciente, que la gente no podía estar muy tranquila... Pero luego, para que usted vea cómo se ha obrado aquí, el capitán Larsen, de modo traicionero, mandó al segundo piloto a tierra con el encargo de pedir la fuerza pública. Nadie sabía nada ni tenía la menor sospecha, cuando de repente llegó un piquete de marinos mexicanos, subió a bordo y apresó al contra-maestre y al carpintero, como si hubieran sido delincuentes... Póngase en nuestro caso, señor cónsul, que al propio barco de uno suban fuerzas extranjeras a llevarse a dos compañeros que no han cometido ningún delito, sólo porque al capitán se le ocurre. ¿Y por qué se llevaban a Mendoza? Simplemente porque al capitán no le caía bien que siempre estuviera dispuesto a defender los derechos nuestros, señor. Cuando nos quisieron

hacer comer todo el viaje pescado en salmuera, cuando el capitán nos hacía trabajar de más, inútilmente... Por eso respetamos al contra-  
maestre, señor cónsul... Nosotros somos hombres con poca instrucción, no sabemos nada más que lo que hemos aprendido a bordo y en los viajes... Pero Mendoza es otra cosa. El conoce las leyes y los derechos de los trabajadores, señor... Es el más sabio y el mejor de toda la tripulación... ¿Cómo iba a gustarnos que lo sacaran así del barco, con la fuerza pública?... Al principio nosotros rodeamos a los compañeros para defenderlos, pero de repente yo me di cuenta de una cosa, cónsul: que eso era precisamente lo que el capitán Larsen quería, que nos metiéramos en un tremendo cahuín para deshacerse de nosotros. Entonces abrí los brazos y atajé a los compañeros para que no avanzaran a impedir la acción de los marinos mexicanos... Dejamos que se llevaran a los nuestros... Es cierto que cuando bajaron presos el contra-  
maestre y el carpintero, nosotros también saltamos a tierra y los seguimos un trecho por el muelle, como una cuadra más o menos. En el barco sólo se quedaron el capitán y los oficiales. El capitán estaba furioso y cuando después subimos a bordo en grupos, nos insultó a gritos diciendo que éramos (con permiso suyo, señor cónsul) una tropa de cabrones, que no entendíamos nada de disciplina, que esto era franca rebelión y muchas otras



cosas que no puedo decirle por respeto a su autoridad. Y todavía hay que agregar que no nos han pagado los salarios y ni siquiera un cinco de anticipo nos han dado..." Les juro, ¿verdad, muchachos?, que el cónsul había escuchado con mucha atención, sin interrumpirme sino cuando le dije gringo a Larsen. Entonces preguntó: —“¿De modo que ustedes no se han declarado en huelga ni han dicho nada en este sentido al capitán..." “¡No!”, respondimos todos casi al mismo tiempo y yo agregué: “Nunca hemos estado en huelga, ni hemos abandonado el trabajo, salvo los diez minutos que bajamos a tierra, cuando se llevaron a los compañeros”. El cónsul nos quedó mirando un rato y luego dijo: —“Está bien, yo vengo aquí para arreglar las cosas y defender los intereses de los chilenos, los del barco y también los de ustedes. Hay una situación anormal. Ustedes tengan paciencia, trabajen como si nada hubiera ocurrido y sean respetuosos con sus superiores. Yo les doy la seguridad que van a recibir sus salarios hasta el último cinco..." Entonces echamos un hurra al cónsul y cuando abrió la puerta para retirarse vimos que estaba esperando Florín Guzmán. Por la cara que tenía, se conoce que el chupamedias lo había escuchado todo para ir a contárselo al capitán...

—Salud, dijo el contramaestre alzando su botella; así que ahora les dieron un anticipo.

—Sí, respondió Aguirre, —pero muy poco.

De treinta a ochenta pesos mexicanos, según el sueldo de cada uno. Seguramente a ustedes les van a dar algo mañana... El cónsul los va a llamar también a bordo para que declaren en el sumario.

Las dos mesas que los marineros habían juntado estaban erizadas de botellas de cerveza. Desde hacía rato Mañungo Robles daba frecuentes miradas al reloj de pared de la cantina. Afuera, la sombra cubría la calle. Trinidad andaría a esa hora paseando con sus amigas por la plaza. Roído por la impaciencia, el joven se levantó, pagó su consumo y saludó a sus compañeros antes de salir.

—Me tinca que este gallo anda medio enamorado, apuntó Aguirre.

—Claro, dijo el carpintero Núñez, —la otra noche lo divisé con una morena remacanuda.

—La juventud hace bien en divertirse, sentenció el Chilote. —Mañungo es un buen muchacho, merece pasar ratos agradables, después de los que ha pasado con el gringo.

—¡Gringo de mierda!

—¡Para qué lo nombrarían capitán del "Albatros", habiendo tantos marinos que son re-buenas personas!

—De verás, ¿no? A ver, señorita, traiga otra media docena de Carta Blanca. ¡Puchas la cerveza buena esta de México!

Mañungo marchaba con la camiseta pegada a la sudorosa piel de los hombros y la

espalda. Los bíceps rompían la redondez de sus fuertes y quemados antebrazos. A diez centímetros bajo su codo izquierdo resaltaban las líneas azules de un tatuaje, el único que tenía. Se lo había hecho un compañero, con cuatro agujas atadas a un palo de fósforo a bordo del "Albatros", y era una especie de rudimentario retrato del velero con sus tres palos. Mañungo iba alegre, se detenía ante las vitrinas de las tiendas y miraba las cosas que se ofrecían: telas de algodón de brillantes colores, sarapes, cinturones, zapatos de piel de serpiente, sombreros de hojas de palma, rebozos, verdes cueros de iguana, relojes, huípiles negros con esplendorosas rosas rojas bordadas. Todo tenía encanto para él en esa hora, menos el calor, que apretaba duro. ¡Tantas cosas que querría comprar en Salina Cruz para llevar a Chile, a su madre y a Inés! A menudo el recuerdo de ellas se hacía presente en el corazón de Mañungo: la madre, con un mechón blanco que cortaba la negrura de sus cabellos, afanosa, todo el día trabajando en la pobre casa del Cerro Cordillera, de la cocina al dormitorio, del patio al almacén, traqueteando de aquí para allá; Inés tenía dieciocho años y era alta y coqueta, morena, con grandes ojos negros. ¡Cuántas veces había tenido que defenderla a bofetadas de los requerimientos amorosos de los tenorios del cerro y del plan!... Mañungo se detuvo de pronto con los ojos clavados en un

extraño y monstruoso instrumento, al cual tres hombres arrancaban con sus martillos una melodía dulce, un poco mecánica: era una marimba. Nunca había visto algo semejante. Caían los mazos ágilmente manejados por los músicos sobre tablas horizontales muy bien barnizadas y la melodía se iba formando. Era como para quedarse ahí, escuchando... Pero a esa hora Trinidad debía estar en la plaza. Reemprendió el camino y a medida que se aproximaba a la plaza (¿por qué demonio le dirían zócalo?) le llegaban los acordes de una orquesta. Era raro que la ciudad, muerta durante el día, cobrara de noche esa vida musical y alegre. Era sábado y un conjunto de mariachis animaba la noche de la plaza. Había un quiosco donde antaño desaparecidas bandas ofrecían conciertos nocturnos. Ahora Salina Cruz debía darse por satisfecha con ese modesto grupo de mariachis que tocaban de oído sus cornetas, clarinetes, violines, guitarrones y contrabajos. Vestían una camisa con los faldones anudados sobre el ombligo y pantalones admirablemente limpios, y se cubrían la cabeza con anchos sombreros de petate. La música era alegre y afinada y algunas parejas comenzaron a bailar. Los ojos de Mañungo Robles buscaban a Trinidad entre tantas muchachas que se habían aglomerado allí y de pronto la distinguieron, acompañada de tres niñas de su edad. El marinero se acercó a ellas. Trinidad lo saludó

con los ojos brillantes y lo presentó con cierta solemnidad a sus compañeras.

—Es mi amigo chileno, dijo, y se conocía que ya había hablado largamente de él a las otras.

—Chileno, corrigió Mañungo.

Dieron un par de vueltas por la plaza. Alrededor de los mariachis se había formado un ancho anillo de gentes, en cuyo interior algunas parejas bailaban un baile mexicano: ellas se cogían delicadamente la falda, avanzaban y retrocedían dando rítmicos pasos; los hombres, con sus manos juntas en la espalda, daban también sus pasos adelante y atrás, al compás de la música. Mañungo hubiera querido bailar con Trinidad, para tenerla más cerca, pero esas danzas eran griego para él. Después de aquel baile que parecía ser el jarabe, pasaron a la raspa y luego a la bamba veracruzana. ¿Estos demonios no tocan nunca un tango?, se preguntaba el joven. Trinidad lo miraba con sus grandes ojos llenos de alegres interrogaciones.

—No sé estos bailes, dijo él. —¿Los sabes tú?

—Sí, respondió Trinidad. —¿Te enseño?

Estaba a punto de arriesgar el experimento, cuando los mariachis, que no se daban reposo y parecían tocar para su propio placer, rompieron con un bolero. Un bolero lo baila cualquiera. Extendió su brazo derecho por sobre

la espalda flexible de ella y comenzaron a bailar. El cuerpo de Trinidad se pegaba al suyo; el sudor y la proximidad turbaban a Mañungo que se movía con torpeza. Bajo su boca, los cabellos negros de la muchacha exhalaban una trastornadora fragancia natural. Cuando el baile terminó, él la cogió del brazo y se alejaron de la plaza.

—¿Dónde me llevas?

—Vamos a comer, dijo Mañungo.

Cerca del puerto había un restaurante que por las noches sacaba sus mesas fuera, a la acera. Se instalaron allí, felices como colegiales en vacaciones.

—¿Qué quieres comer, Trini?

—Lo que comas tú.

—Recomiéndame un plato bueno.

—Sí... Pide huevos rancheros.

Bebieron cerveza con el picante plato de huevos fritos en una salsa infernal de ají, cebolla, tomate y especias. Los huevos descansaban sobre delgadas tortillas de masa de maíz.

—No eres muy bueno para el chile...

—¿Para el qué...?, preguntó el marinero alarmado.

Fue larga la explicación antes de que él comprendiera que en México el ají se llama chile. Ella comía sin dar muestras de sobresalto, mientras Mañungo hacía gárgaras con cerveza, enloquecido con el picor del ají.

—Te enchilaste, dijo Trinidad con los ojos

lentos de risa. El pensó que no era la ocasión de discutir por palabras. —Tómame un café de olla para que se te pase.

Después del café, clarucho y endulzado con rústica azúcar de piloncillo, la pareja echó a caminar, el brazo del marino rodeando la delicada cintura de la muchacha. Sentía Mañungo que el sudor le corría camiseta adentro.

—¿Aquí hace siempre tanto calor?

—No, dijo ella. —No te olvides que estamos en verano. En diciembre y enero el clima es mejor, más fresco, menos... pegajoso.

—¡Quién sabe dónde iré a estar en diciembre!

—¿No te gustaría estar aquí?, preguntó mirándolo a los ojos.

—Me gustaría, pero las cosas no salen siempre como uno quiere, dijo filosóficamente Mañungo. —Si me metí a navegar, tengo que estar donde esté mi barco... Ahora que de gustarme, claro que me gustaría estar aquí, contigo, Trini. Acentuó la presión de su brazo sobre el cuerpo de ella. ¿Y a ti te gustaría?

—¡Ay, sí!, suspiró la muchacha. —Me gustas mucho, Mañungo, ojalá nunca te fueras de aquí.

—Pensar que este es el primer puerto en que hago escala, y ya tengo ganas de quedarme... Pero hay cosas que no se pueden.

Se inclinó y besó a la muchacha en los labios. Ella le devolvió calurosamente el beso.

Las luces del pueblo iban quedando atrás. La solitaria calle había cambiado de aspecto. El pedregullo que cubría la calzada en las cuerdas centrales, aquí no existía; sólo se veía lodo oscuro y sucio, renovado después de cada lluvia. Los focos del alumbrado se distanciaban más y más uno de otro y hasta las casas perdían su regularidad. Se pasaba frente a sitios baldíos, cercados con alambres de púa.

—Ya llegamos, Mañungo, dijo Trinidad:

Ante ellos se alzaba una pobre casa, cuyas vigas al aire cortaban diagonalmente las paredes de barro.

—¿Vives sola?

—No, con mi mamá... , pero es casi como vivir sola. La pobre está un poco trastornada...

Los brazos del hombre la apretaban con fiebre.

—¿No podría... entrar yo?

Ella no vaciló.

—Entra, Mañungo, pero sin hacer ruido, que no se despierte mi mamá.

Mañungo despertó sobresaltado, en una cama extraña, con un cuerpo extraño respirando junto al suyo. La luz penetraba a la habitación por una ventana interior. Todo era allí terriblemente simple, terriblemente pobre: el techo con grietas a través de las cuales se veía la primera luz del día; el suelo de tablas viejas y



carcomidas. Había una mesa y una silla, sobre la cual sus pantalones estaban tirados en desorden. En los muros pintados rústicamente a la cal, rompían el uniforme color blanco una estampa de la virgen de Guadalupe y algunas caras de artistas del cine mexicano recortadas de revistas. Y en la cama estaba él, con el pecho cubierto de gotitas de sudor, y Trinidad, bellamente desnuda. Ella había abierto los ojos. Se miraron con asombro, como felices de haber descubierto que se amaban, que estaban juntos.

—¿Qué hora será?, preguntó de pronto Mañungo, sobresaltado.

—Deben ser cerca de las seis.

—¡Demonio!... Me van a castigar a bordo. Debía haber llegado antes de las dos...

Saltó de la cama y comenzó a vestirse. Ella a su vez se dejó caer al suelo y se puso el vestido.

—Voy a prepararte desayuno, amor...

El marinero, que estaba atándose los cordones de los zapatos, se detuvo súbitamente, preso de una emoción desconocida, una especie de tibia llama que le subía del corazón y se detenía en su garganta. Nunca nadie le había dicho antes amor... Comprendió que no iba a poder hablar tan pronto, porque todo cuanto llegaba a su garganta se fundía al contacto con aquel fuego. Se aproximó a Trinidad y la abrazó sin sensualidad, como si hubiera sido su madre. Ella hundió su cara en el ancho pe-

cho del joven, que le acariciaba el cabello suavemente, con una ternura de la cual no creía capaces a sus rudas manos .

—Trini, mi hijita... , no te preocupes de eso. Tomaré desayuno a bordo.

—No, no, insistió ella. —Ven, te lavarás afuera, en el caño de la cocina.

Atravesaron un patio donde se veía una arteza de lavar, una cuerda con ropas, tendida de pared a pared, y un gato desperezándose entre tanta miseria. Mañungo vio una infinidad de macetas y botes de lata con plantas y flores. Cuando entró en la cocina, una mujer vestida de negro, rostro flaco y amarillo, rasgos acusados, cabellos blancos, lo miró con ojos extraviados. Después miró a Trinidad, como interrogándola sobre esa presencia extraña.

—Es un amigo, mamá, dijo ella evasivamente. —Lávate ahí, Mañungo.

Mientras la muchacha se alejaba en busca de una toalla, el marinero puso la cabeza bajo el chorro de agua. Hacía bien el frescor matutino y esa caricia que se derramaba desde su largo pelo oscuro hacia las mejillas, hacia la nuca, hacia los hombros. Trinidad había vuelto y puso un sartén sobre el fogón, echó a freír dos huevos y llenó una taza de café. Mañungo comió sin hambre, en silencio, urgido por los ojos hoscos de la madre.

—¿Volverás, amor?

—Claro, Trini... Esta noche.

—Te voy a esperar en el zócalo.

Besó a Trinidad y abandonó la casa, seguido por la mirada agresiva de la vieja. Tendría que afrontar dificultades a bordo, pero llevaba el corazón lleno de una nueva y desconocida luz.

### III

## *Tehuantepec*

ALBERTO MORÁN FUE DESPERTADO por el ya tan conocido rumor del vuelo de un zancudo. Encendió la lámpara de velador y vio al mosquito que daba vueltas y más vueltas antes de ir a pararse hipócritamente sobre la pared, junto al cuadro de don Porfirio Díaz. Alberto se levantó sobre un codo y mató al zancudo, aplastándolo con su pañuelo. Era el quinto de la noche. ¡Si se limitaran a picar, se decía, sin hacer ese ruido de aeroplano, que no deja dormir! Las ventanas de la habitación estaban cercadas por una rejilla de fino alambre oscuro, pero los mosquitos de todos modos se las arreglaban para entrar. Estaba completamente desnudo; era imposible con ese calor soportar el pijama o siquiera una sábana sobre el cuerpo sudoroso. ¡Maldito infierno!...

¿Por qué había de tocarle a él todo lo que en el oficio era difícil, complicado, aburrido, lleno de sacrificios? Para el cónsul general estaban reservadas las recepciones, las fiestas, las ceremonias. Para él, los estudios de precios, las estadísticas, los oficios largos, desesperantes, y los viajes, sobre todo cuando eran desagradables como este viaje al puerto del infierno.

La tarde del domingo, cansado de ese sumario en el cual llevaba ya trabajando tres días, había salido a dar una vuelta por el pueblo. Se le ocurrió entrar en el cine, sin mirar siquiera el nombre de la película que se proyectaba. Se sentó en una butaca y cerró los ojos. Todo chirriaba, las voces, las risas, el rumor del mar: un primitivo aparato de sonido distorsionaba la voz humana y daba a los ruidos un agrio tinte metálico. Cuando Alberto abrió los ojos, Pedro Armendáriz disparaba un cañón y luego reía, reía con desconcertantes carcajadas, con toda la boca abierta, como un poseído. Vestía un antiguo traje militar. Volvía a cargar el cañón, disparaba otra vez y nuevas carcajadas sacudían su cuerpo entero, el quepí, los negros bigotes. Alberto cerró de nuevo los ojos y los mantuvo así largo rato. Cuando los volvió a abrir, el capitán de una nave francesa, con cara clásica de traidor de película, ordenaba un desembarco, espada en mano. Pero nunca iba a saber Alberto lo que seguiría, porque la imagen se puso amarillen-

ta sobre la pantalla y el sonido fue haciéndose lento y grueso, hasta terminar por completo. Un hombre que apareció ante el telón dijo que la función se daba por terminada a causa de una interrupción en la corriente eléctrica. La empresa lo sentía mucho...

Se encendieron las luces de emergencia y la gente comenzó a abandonar la sala, sin protestas de ninguna especie. Una cara de mujer lo asaltó y dos ojos lo miraron con interés. Saludó con una inclinación de cabeza, reparando entonces en que había estado sentado junto a la sobrina de don Homero Ruiz, el Capitán del Puerto. Preguntó por él y Carmen Ruiz le presentó a su hermana menor, María de la Luz. Las muchachas iban al club social, donde todos los domingos se reunían jóvenes de la ciudad, familias, oficiales de la Marina y sus novias. Se bailaba un poco, se bebían refrescos y todo terminaba a las nueve de la noche, cuando cada cual se retiraba a cenar a su casa. Como Carmen le insinuara la idea de conocer el club, se decidió a acompañarlas.

El club tenía en el segundo piso un inmenso salón con grandes ventanas a la calle. Allegadas a las murallas, infinidad de mesas estaban ocupadas por familias o grupos de bulliciosos jóvenes. Cuando se sentaron a una mesa, un teniente de la Marina se les reunió. Las muchachas lo presentaron como un amigo, pero Alberto comprendió que era el novio

de María de la Luz. En un rincón de la sala, la marimba comenzó a dejar oír sus sonoras maderas golpeadas y las parejas se levantaron a bailar. El marino invitó a María de la Luz, y Alberto se levantó también e invitó a Carmen. Lánguidamente evolucionaban las parejas. Era un baile tranquilo, lento, pero a esa hora el menor movimiento exigía pago al contado en sudor. ¿Para qué diablos estoy aquí?, se preguntaba Alberto sintiendo que por las sienes le corrían ríos de transpiración. Carmen apoyaba delicadamente su mano sobre el hombro de él. Era una muchacha lánguida, tranquila, sin mucho poder de comunicación, pero con dos grandes ojos profundos. Una muchacha destinada quizás a permanecer soltera para siempre.

—¿Cómo está su tío?, preguntó Alberto, por decir algo.

—Oh, está bastante bien, respondió la joven.— ¿Cuándo irá a verlo? Le aseguro que se quedó muy bien impresionado de usted...

—Muchas gracias... Para mí fue muy valioso, muy útil conversar con él... Volveré uno de estos días. He tenido mucho trabajo en el barco. Es muy fatigante... No estoy acostumbrado a este clima...

—Dicen, comentó la muchacha sonriendo, que aquí el que no se aclimata, se aclimuaere...

—Eso es lo que me pasa a mí. Debo estar-me aclimuriendo con tanto calor... Creí que

el cine sería más fresco que el hotel, pero no resultó así... Y luego esa interrupción de la película... Me fijé que nadie protestó.

—No, dijo ella. —Aquí la gente no protesta, porque todo esfuerzo supone calor... Además estamos acostumbrados a que pase esto. Pero como dan la misma película durante una semana entera, es cuestión de volver mañana u otro día a ver el final.

—¡Ah!...

El baile había terminado y las parejas paseaban trazando un ancho círculo en el salón. las mujeres tomadas del brazo de los hombres. A Alberto le pareció todo terriblemente provinciano. Se sintió ridículo dando vueltas con su pareja, como un caballo en la pista de un circo.

—¿No quiere beber algo?, dijo llevándola hacia la mesa, para librarse de esa sensación.

Por la ventana se veía animarse la plaza. Divisó a algunos marineros del "Albatros" conversando con muchachas mexicanas. La gente avanzaba hacia el quiosco de la música donde iba a dar comienzo el baile popular.

En la cámara del "Albatros" dos hombres discutían. Uno de ellos, delgado, con un fino bigote negro en el labio, barajaba un manojito de hojas escritas a máquina. El otro, despojado hasta de la camisa, con el busto colorado en el que se advertían los chichones producidos



por las picaduras de mosquitos, fumaba un cigarrillo tras otro. Se limpió con desesperación el sudor y miró el termómetro que colgaba en el revestimiento de caoba de la cámara.

—¡Cuarenta y un grados! . . . , exclamó pasándose el pañuelo por el cuello. —Bien, sigamos, piloto.

El sumario era una de las tareas más aburridas que le había tocado desempeñar en su carrera funcionaria. Desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, durante tres días, había estado escuchando los relatos de los tripulantes sobre los incidentes de la navegación, el temporal y la forma en que quinientos sacos de salitre, de los veinte mil, se habían mojado. Había que penetrar hasta el fin y desentrañar también la madeja de las faltas a la disciplina denunciadas por el capitán Larsen. Había leído casi entero el libro de bitácora, para confrontar las anotaciones hechas por Larsen con su extraña sintaxis y su letra grande y angulosa, con lo que decían oficiales y tripulantes. Catorce marineros, tres oficiales y el capitán habían prestado largas y fatigosas declaraciones, que Florín Guzmán recogía en hojas de papel con membrete del Consulado de Chile. Las letras de la anticuada máquina de escribir del barco golpeaban como martillazos el papel ajado, al que la humedad ambiente hacía perder toda rigidez; las

hojas colgaban desmayadamente del rodillo de la máquina.

—Yo creo, cónsul, dijo el piloto Guzmán, que la palabra del capitán tiene que pesar más que la de un vulgar marinero.

—Los hechos que ha dado a conocer el vulgar marinero, como usted le llama, no han sido desmentidos por el capitán Larsen. Por so quiero realizar este careo... Haga el favor de llamar al capitán y a Anastasio Gamboa.

Mientras el piloto salía a cumplir la orden, Alberto encendió otro cigarrillo y comenzó a hojear el voluminoso sumario. Allí estaba muy claro todo. A lo largo de ese trabajo, en el cual el segundo piloto Florín Guzmán actuaba como secretario, había tenido que defenderse de las celadas que este mañosamente le tendía, ocultamiento de testimonios, cambio del sentido de algunas declaraciones, con lo cual podía torcer su significado, o atenuar o disminuir la gravedad de lo dicho. Es vivo del ojo, se decía Alberto, pero no va a salir con la suya. Yo no quería meterme en este aburrido sumario, pero ya que lo exigieron, lo llevaré hasta sus últimas consecuencias.

El cocinero Anastasio Gamboa fue el primero en aparecer, con su delantal manchado de café y sangre, encima de la exigua camiseta, que le dejaba al aire la mitad del tatuado pecho. Tenía la cara tiznada, se quitó respetuosamente el gorro al entrar en la cámara y

miró a Alberto con los ojos llenos de sonrisas. Algo le decía que tenía en él un amigo. Después llegó el capitán, con pantalón caqui y una camiseta café, de media manga.

—Capitán, dijo Alberto manipulando las húmedas hojas de papel que había seleccionado previamente, —en su declaración, a fojas cuatro y cinco del sumario, se lee lo siguiente: “También declaró el capitán Larsen que el día tres de junio, el cocinero Anastasio Gamboa se había negado a preparar comida para el capitán de la nave, lo cual había obligado al declarante a preparar su propia comida, en un hornillo a kerosén instalado en la cámara de éste...”

—Perfectamente efectivo, señaló Larsen clavando sus ojos azules, rodeados de arrugas, en los del cónsul.

—Ahora bien, continuó éste, —a fojas diez y seis se halla la declaración de Anastasio Gamboa, chileno, casado, cincuenta y cuatro años, con libreta de navegación número dos mil seiscientos dos... Dice así: “Interrogado sobre su negativa a preparar la comida para el capitán de la nave, Gamboa declara que, efectivamente, el día señalado se negó a cocinar y reconoce que faltó con ello a la disciplina; agrega que su actitud fue modificada al día siguiente, pues en la noche reflexionó y comprendió que había obrado de un modo incompatible con la obediencia que un tripulante debe al capitán

de la nave. Señala el mencionado Gamboa que existe un atenuante para su falta y es que el día que estos hechos ocurrieron, un miembro de la tripulación le comunicó unas palabras que había escuchado decir al capitán, mientras conversaba con el segundo piloto. Estas palabras eran: Sospecho que el cocinero (se suprime del sumario un adjetivo inconveniente atribuido al capitán Larsen) me quiere envenenar. Fue por eso, explica el cocinero Gamboa, que esa noche se negó a cocinar para el capitán"... Hasta aquí, señaló Alberto,— llega lo que aparece en el sumario. Ahora bien, ¿qué dice usted, capitán? ¿Es verdad que dio a conocer al piloto aquí presente sus temores de ser envenenado por el cocinero?

Florín Guzmán clavaba sus agudos ojos en el rostro de Larsen, diciéndole ardientemente con la mirada que lo negara todo. Pero éste, ocupado en mirar de un modo a la vez desafiante y despectivo a Anastasio Gamboa, no sorprendió el mudo consejo.

—Bueno... Yo tal vez lo dije, pero eso no quita ni pone nada a la falta de disciplina de este individuo. Por el contrario, revela que el capitán de la nave está rodeado de espías.

—Bien, capitán. Eso es todo... por el momento.

Alberto llamaba una y otra vez a los tripulantes a prestar nuevas declaraciones o a ampliar las ya hechas. A través de todo ese

largo proceso, las cosas empezaban a aparecer más claras. Como una biografía escrita por dieciocho personas, iba surgiendo con particulares rasgos la figura de Samuel Larsen, prepotente y soberbia, enconadamente antidemocrática, brutal como la de un antiguo negrero, pero blanda ante el halago, ante el elogio oportunamente prodigado. Despreciaba a los chilenos, sobre todo a los de clase pobre, y si la ley y la costumbre no se lo hubieran vedado, habría hecho colgar de las vergas a todo el que no se inclinara ante su voluntad. Pero estos atisbos psicológicos de poco iban a servirle a Alberto en su tarea. En un sumario lo que cuenta son las declaraciones comprobadas, los documentos, los careos... Sin embargo, cuántas cosas no aclaraba este sumario: injusticias, reprimendas a tontas y a locas, estúpidos palos de ciego, injurias y hasta golpes, castigos físicos de parte del iracundo capitán.

—¿Cerramos el sumario, cónsul?, preguntó el piloto.

Alberto se decidió.

—Yo creo que sí, dijo. —Hemos agotado ya los interrogatorios. Se me ocurre que existe material suficiente para que el cónsul general se forme una idea de los hechos y pueda dar su fallo.

—Y los castigos correspondientes...

—Claro, los castigos.

—¿Y tiene que ser el cónsul general? ¿No puede fallar usted?

—No, yo no tengo jurisdicción para hacerlo. Yo soy cónsul en la ciudad de México; él es cónsul general, es decir, para todo el país, ¿comprende? Yo sólo vine a recoger antecedentes, para ahorrarle el viaje...

—Sí, comprendo.

—Bien. Alberto empezó a ponerse la camisa. —Voy a irme a tierra. Le ruego que redacte las actuaciones de hoy, recoja las firmas y todo lo demás. Mañana examinaré el sumario completo y conversaré con el capitán Larsen, antes de partir. Creo que el jueves tengo avión en Ixtepec. Estos días han sido bien... difíciles —no encontró en ese momento una palabra más adecuada—. Los compadezco a ustedes que tendrán que estar todavía un tiempo más acá: los zancudos, el calor...

Subió a cubierta. La luminosa tarde extendía sus alas sobre la bahía de aguas inmóviles. El viento estaría detenido, descansando junto a los cerros pálidos de ese trópico atacado de extraña calvicie.

—¿Quiere servirse una cerveza, cónsul?

Pedro Andrade, el primer oficial, estaba junto a él y lo miraba con sus ojos tristes, húmedos, circundados de finas arrugas, que parecían pequeños caminos labrados dentro del rostro quemado por el sol.

—Gracias, señor Andrade. Creo que preferiría una taza de café.

—Inmediatamente—. Dio la orden a un marinero y volvió junto al funcionario, que se había sentado sobre un montón de cabos, junto a la borda, mirando hacia el agua pesada y aceitosa de la bahía, donde el casco del “Albatros” se balanceaba lentamente. —Está llena de tiburones, dijo el oficial—. La afluencia de barcos es tan escasa en estas aguas, que los escualos se pegan como lapas cuando aparece uno y no lo abandonan hasta que zarpa. Esperan ansiosos todo lo que sale de los imbornales o cuanto porquería tira el cocinero desde la borda... Caerse al agua en este sitio no debe ser ninguna broma... Aquí está su café, cónsul.

—Gracias—. Tiene un rostro amargo, se dijo Alberto. Este hombre no lo ha pasado muy bien con Larsen. El oficial lo miró y parecieron comprenderse.

—Ha tenido usted hartó trabajo con el sumario, señor cónsul, comentó el marino. —Por fortuna estas cosas no ocurren con frecuencia, ¿verdad?... Por lo menos en todos mis años de navegación, que suman cerca de cuarenta, nunca me había tocado presenciar cosas como estas... Bueno, es verdad también que no se viaja muy a menudo con hombres como el capitán Larsen—. El cónsul se apoyaba en la borda, mirando hacia el agua, de la cual sobre-

salían los lentos movimientos de las aletas negras de los escualos. El primer piloto permanecía con sus manos plantadas sobre la borda y la vista fija en el mar. —No es que intente influenciar su juicio, señor, pero la verdad es que es difícil entenderse con un hombre como él, de un carácter tan complicado y en el fondo con tanto desprecio por el género humano... Es tan vanidoso, que está al borde de creer en su propia infalibilidad... Le estoy hablando al hombre, no al funcionario, naturalmente, porque estas son apreciaciones personales, señor. Pero estos meses junto al capitán Larsen han sido bastante para cansar al sujeto más paciente... Con el capitán sólo hay dos caminos: decirle siempre amén, como hacen algunos, u oponer a veces razones a sus edictos, más bien a sus mandamientos, diría yo, porque él no habla como lo hace un hombre susceptible de equivocarse, sino como un dios... En este último caso hay también dos actitudes que tomar: una es la de soportar sus impertinencias, que a veces van más allá de la simple grosería; la otra es la de entrar en conflicto permanente con él, como le ha ocurrido a la tripulación... Se detuvo de pronto y mirando a su interlocutor, le preguntó a boca de jarro, con una voz dramáticamente ronca: —¿Qué edad me calcula, usted, cónsul?

—Bueno, por su declaración en el sumario, sé que tiene sesenta y dos años, pero desde



luego no los representa... Se le podría calcular... cincuenta...

—A eso iba, señor. Tengo sesenta y dos años cumplidos y voy para los sesenta y tres. Me he conservado gracias a cierta serenidad que logré conseguir a lo largo de la vida. He navegado cerca de cuarenta años, con diversos capitanes... He sido capitán yo mismo... Pero nunca, créamelo usted, nunca hallé un hombre tan irascible, violento e intratable como el capitán Larsen. Nunca fui tampoco tan ofendido e injuriado, ¡y en público!, como por este hombre. Me ha llamado, delante de algunos tripulantes y de los oficiales inferiores a mí, puesto que soy el segundo de a bordo, mal marino, falto de personalidad, pusilánime y..., óigalo, usted, señor cónsul, me llamó cornudo, gorreado dijo él, delante de todos. Dijo que mi mujer me engañaba y que lo tenía bien merecido por maricón (disculpando la palabra, cónsul).

Alberto miró el quebrantado rostro del marino, sus ojos oscuros, fijos en el aceitoso océano, sus manos cubiertas de vellos, que se aferraban nerviosamente a la borda. Habría querido decir algo, pero nada se le ocurría. Quizás lo mejor era dejarlo, su propia confesión lo desahogaría.

—Perdóneme, dijo el oficial después de una larga pausa. —Esto que le he dicho queda en el terreno particular. De otra manera no habría

esperado este momento, sino que lo habría incluido en mis declaraciones del sumario...

—Claro, claro, respondió Alberto. —No tenga cuidado... Pero lo que me ha dicho es muy útil para mí, pues me ayuda a completar el retrato moral del capitán Larsen.

—¿Se van a dictar penas muy graves para los muchachos..., el contramaestre y el carpintero Núñez...?

—No lo creo, respondió Alberto, levantándose de su improvisado asiento. —No lo creo.

Estrechó la mano del oficial en la forma más elocuente que le fue posible. Andrade lo acompañó hasta la pasarela. Bajó al muelle. Frente al barco se alzaban las enmohecidas grúas que Salina Cruz guardaba como recuerdos de los buenos tiempos. De una de ellas se había desprendido una gruesa plancha de hierro, con el nombre de los fabricantes. Las palabras, oscurecidas por la tierra, amarillentas de humedad y orín, se confundían con eslabones de cadenas marinas y trozos de herrumbres abandonadas. Alberto se inclinó y logró descifrar las letras en relieve:

*Stothert & Pitt Ltd. Engineers  
Bath England 1908*

Abandonó el recinto portuario y caminó hacia el hotel. Del pavimento de las aceras parecía brotar fuego. Iba tratando de quitarse

de la cabeza la confesión que acababa de escuchar. Deseaba que las dolientes palabras de ese hombre no influyeran en el juicio que tendría que dar a su superior sobre los sucesos del "Albatros". ¿Pero cómo desprenderse de ese lastre amargo? De pronto pensó en Tehuantepec, apenas entrevisto desde el tren la tarde de su viaje. ¡Qué agradable sería pasar una noche entre la humedad musical de ese pueblo! Recordó a la vendedora de camarones y pensó que una diosa enamorada de Júpiter difícilmente hubiera elegido una encarnación mejor para seducir al rey de los dioses. Evocó el río que corría majestuosamente, ancho y magnífico, a vaciar su vasto caudal en el Pacífico. Esa tarde nada tenía que hacer en Salina Cruz. ¿Por qué no ir a pasar la noche en Tehuantepec? La idea empezó a tomar caracteres urgentes en su interior hasta que Alberto sintió la necesidad de hacer ese viaje. Fue al hotel, se echó al bolsillo el cepillo de dientes y se dirigió a la estación.

Larsen miró alejarse al cónsul. Sentía hacia él un desprecio supremo. Si así eran todos los representantes en el extranjero, lucido estaba el servicio exterior. ¿A dónde iremos a parar? Un cónsul, un verdadero cónsul, claro está, no podría ser tan duro de cabeza como para poner en los platillos de la balanza,

como mercaderías de igual peso y valor, la palabra de un capitán, la suya propia, y la de un tripulante. Pero las cosas andaban así: leyes sociales, reglamentos engorrosos, y además era preciso escuchar a los señores marineros, preguntarles su opinión, peste, peste que había traído el Frente Popular. Y luego ese cónsul lleno de picaduras de zancudos, que no hacía otra cosa que quejarse del calor, como si no le pagaran precisamente para eso, para ir donde sus servicios fueran requeridos, en el trópico, en Salina Cruz o en los mismísimos infiernos. Evidentemente todo andaba mal en el país, las autoridades, la disciplina, el servicio consular, las leyes sociales, la marina mercante, las tripulaciones, los armadores mañosos. En los países nórdicos —¿pero cuánto tiempo hacía que había abandonado los países nórdicos?— no ocurrían tales cosas. Allí los capitanes tenían autoridad y por eso las flotas de comercio se habían engrandecido.

Había visto al cónsul sentado junto a la borda, conversando largamente con Andrade. Al parecer, el primer oficial se había salido en esa entrevista de su caparazón de calma, parecía haber hablado con exaltación. Le estaría hablando mal de mí, se dijo el capitán. Luego pensó en lo que Andrade podía haber dicho con el ánimo de desprestigiar a su jefe. En el famoso sumario, los marineros se habían soltado a hablar, como botellas de champaña que se

descorchan y de las cuales el líquido surge a raudales. El jamás habría creído que un cónsul fuera capaz de dejar hablar a tipos como el Chilote, el contraamaestre Mendoza, el cocinero Gamboa, Aguirre y ese condenado Robles, en vez de mandarlos callar a la primera palabra. Pero las cosas estaban así: comunismo, puro comunismo. Ahora que él tampoco era manco, tenía sus dos manos y buenas relaciones en Valparaíso y también en Santiago. Hasta habían querido condecorarlo con la orden al mérito, pero de pronto recordaron en el gobierno que esa orden está destinada sólo a los extranjeros que han prestado servicios al país, y él, hacía ya varios años, era chileno por naturalización. Sus amigos estaban bien colocados: en los negocios, en el gobierno, en la prensa, sobre todo en la prensa. Era cuestión de escribir unas cuantas cartas aéreas relatándoles la pesada odisea de su viaje, los peligros que el "Albatros" había podido sortear gracias a la pericia de su capitán y luego las desventuras en Salina Cruz, la rebelión de los tripulantes y la inexplicable actitud del cónsul. Unas cuantas cartas aéreas que le dictaría a su fiel Florín Guzmán, el único amigo que tenía en el barco, llegarían a Chile en un par de días, y en una semana, calculando la lenta indiferencia de los chilenos, todo estaría marchando en estrecho acuerdo con sus intereses.

Los cálculos del capitán Larsen eran más

o menos acertados, con excepción de los dos días que concedía a las cartas para que llegaran a Chile. Estas, entre el viaje por tren a Ixtepec, donde tenían que coger el avión a México, su vuelo a Panamá, para ser sometidas a la censura de guerra, y el traslado hasta su destino, tardarían cuando menos nueve o diez días.

Cuando Alberto llegó a Tehuantepec, la tarde empezaba a caer. El río cortaba la ciudad en dos y el tren corría largo trecho por una ancha calle del pueblo, cercado por casas y almacenes, entre niños que mordisqueaban trozos de caña de azúcar y mujeres cubiertas con sus largas faldas, bajo las cuales asomaban sus pies desnudos. Una luz dorada cubría los muros de piedra de las casas, y el reflejo verde de la vegetación que rodeaba como un anillo a Tehuantepec parecía llenar las calles, bajo el cielo sin nubes, cuyo azul purísimo comenzaba a desvanecerse bajo los aletazos de la noche. Mujeres y chiquillos volvían del mercado, riendo alegremente, ellas con los senos provocativos estirando la tela de los huipiles, cargadas de canastos con frutas o pescados y de jícaras de llamativos colores.

El hotel que Alberto eligió para pasar la noche parecía un trozo de selva tehuana apisionado entre bajos muros. Allí crecían casi to-

dos los frutos que da el Istmo: los plátanos, con sus grandes hojas tostándose bajo el calor eterno, las piñas, pálidos mangos de manila, limas, mandarinas y hasta una reducida milpa con los tallos crecidos. Asaltaba los sentidos un olor múltiple y maravilloso. El silencio empezaba a llenarse de rumores de insectos nocturnos, algunos de pesados élitros córneos, que chocaban ciegamente contra los árboles. Semitendido en una hamaca, con las piernas colgando, Alberto se sentía penetrado de una desconocida felicidad, como dentro de un tibia campana de paz. El río corría lejano. Pronto la noche caería del todo, húmeda, amable, sensitiva y musical, ámbito apropiado para un hombre como él, con los nervios un poco quebrantados. ¡Si no hubiera sido por los mosquitos, que aquí como en Salina Cruz, lo asediaban sin cesar!

Lejos, muy lejos, se oyó la música de una marimba. Pero una voz de hombre cantó en las inmediaciones, quizás al otro lado del muro, con suavidad y varonía:

*Si al cielo subir pudiera,  
llorona,  
las estrellas te bajara,  
la luna a tus pies pusiera,  
llorona,  
y el sol que te coronara.*

Era una canción que él había escuchado muchas veces en México, tan apasionada como un grito de amor. Los tehuanos, los juchitecos, la cantaban frecuentemente y decían que era típica del Istmo, que en ningún otro lugar de México habría podido producirse. Escuchada ahí, en la paz de esa huerta tropical, parecía reclamar el título de canción de amor universal y eterna.

*De noche cuando me acuesto,  
llorona,  
me pongo a pensar y digo:  
¿de qué me sirve la cama,  
llorona,  
si tú no duermes conmigo?*

El cantor ponía una pasión profunda en su canto, como si ante la hojarasca y entre el aire húmedo, hubiera estado la propia llorona, escuchándolo junto a su guitarra, bajo el ambiente tibio de la noche:

*Pregúntale al sacamuelas  
llorona,  
cuál sufre mayor dolor,  
si al que le sacan la muela,  
llorona,  
o al que le quitan su amor.*

El hombre, o no tenía otras canciones en



su repertorio, o quiso reposar después del frenesí que había puesto en "La llorona", el caso es que tras los acordes con que remató su obra, no se volvió a saber de él. Entonces reaparecieron las lejanas notas de la marimba. La paz volvía como en oleadas sobre el huerto. Alberto con una pierna colgando de la hamaca de finos hilos, fumaba en silencio, disfrutando de la noche, de su ritmo que se percibía en todo, en el aire, en los insectos, en el susurro de los árboles, en la sombra de las hojas proyectadas sobre el suelo de rica tierra. Todo era perfecto... hasta los alacranes.

—¡No, no lo mate!

El hombre había detenido en el aire, con su voz perentoria, el pie de Alberto en su movimiento de aplastar al alacrán de relucientes pinzas de azabache que había surgido junto a su hamaca.

—No lo mate... es un pobre bicho inofensivo.

Debe ser de la sociedad protectora de animales, se dijo Alberto mirando al surgido de la noche. Era un hombre de edad, cabellos grises en las sienes, poblados bigotes, pantalón blanco de brin y una camisa clara de media manga y cuello abierto. El alacrán se sumergió bajo unas hojas donde habría sido difícil encontrarlo; la oportuna intervención del hombre lo había salvado. Este permanecía allí, sin decir nada, mientras Alberto sentía que faltaba algo,

un elemento, en todo eso. La explicación surgió entonces de boca del desconocido:

—Son inofensivos mientras no se les molesta. En mis correrías he tropezado con miles de ellos y no tengo ni una sola experiencia desagradable. Hasta me han andado por los brazos y las manos—. . . Y como Alberto guardara silencio: —Son unos arácnidos muy simpáticos. Viven en su humedad, se casan, bailan tomados de las pinzas, igual que nosotros bailamos tomando de la cintura a las damas. . . Después de la noche nupcial, la hembra se come al macho, y andando el tiempo ella es, a su vez, devorada por sus hijos. . . Es la ley de la vida. . . en la familia a que los alacranes pertenecen.

Alberto sintió que era demasiada pedagogía, demasiada charla para justificar un acto de sentimentalismo. La intervención del desconocido amenazaba con echarle a perder la tranquilidad de esa noche, tan difícilmente conquistada. Sin embargo, la civilización se impuso en él y cuando el hombre le preguntó: —¿No estoy incomodándolo con mi charla?, contestó que no, que por el contrario, estaba muy interesado en lo que decía. Después, el hombre pidió permiso para instalarse en la hamaca vecina, a no más de un metro de distancia de la que ocupaba Alberto. Cuando el otro encendió su pipa, Alberto sintió un suave olor a tabaco rubio. La marimba se escuchaba de nue-

vo, lejana y dulzona. El humo de la pipa se elevaba lentamente.

El hombre no era mexicano, eso saltaba a la vista. Su acento extranjero lo delataba, a pesar de que hablaba correctamente el español.

—¿Le gusta el Istmo?, preguntó de pronto.

—Lo conozco apenas, respondió Alberto.

—He estado siete días en Salina Cruz y llevo un par de horas aquí. Hay algo atractivo, inmensamente cordial, que lo hace a uno sentirse bien. Algo fértil y dulce...

—¿Fértil?... Pocas tierras en el mundo pueden igualarse a ésta, dijo el hombre. Se inclinó y recogió un poco de humus entre el pulgar y el dedo medio. —Vea esta tierra negra, rica... Si arroja una semilla de naranja al azar, crecerá un naranjal en un tiempo increíblemente corto... Estoy por decirle que si arroja un poco de sangre y un hueso humano, crecerá de la tierra un pueblo fuerte y bello como éste... ¿Cree, usted, que en el mundo existan mujeres más hermosas que las tehuanas, más enteras, femeninas y arrogantes al mismo tiempo? Alberto pensó en los levantados senos de la vendedora de camarones y en su voz insinuante. —Creo que no hay un lugar mejor, más dulce y musical en toda la tierra, siguió diciendo el otro —donde el color, la luz y el ritmo se conjuguen como aquí—. Y después de una pausa: —¿Se quedará, usted, unos días?

—Desgraciadamente no. Vine..., bueno,

por un impulso. He estado realizando un trabajo delicado cerca de aquí, en Salina Cruz. Estaba fatigado, con deseos de un poco de tranquilidad... Aquí la temperatura es mejor, todo es mejor... ¿Usted vive aquí?

—Sí, vivo aquí. Mi nombre es John Bridge. Vine hace veinte años, a pasar unos días, formando parte de una expedición arqueológica, y me quedé. Me subyugó el Istmo. Creo que aquí moriré.

—¿Norteamericano?

—Sí, respondió el otro. Y tras una pequeña pausa: —Pero le ruego que no me confunda con esos “antropólogos” norteamericanos que mandan a México las compañías explotadoras de minerales... Esos “antropólogos” investigan dónde hay cobre, hierro o uranio... Yo he hecho algunos trabajos que considero serios. Estuve con el profesor Caso en Mitla y Montalbán y publiqué dos libros. Tengo algunas piezas interesantes, que podría mostrarle... Pero más que todo, me gusta la región, aquí soy feliz... La gente es amable, cordial. Los menos agradables son... los turistas de mi país con sus famosas cámaras fotográficas...

—Dígame, señor Bridge, preguntó intempestivamente Alberto, ¿por qué Tehuantepec está cortado por la línea del ferrocarril?... O mejor dicho, ¿por qué la línea pasa por una calle de la ciudad, en forma peligrosa para los habitantes, sobre todo para los niños?

El norteamericano le contó una larga novela llena de citas históricas, a través de la cual Alberto llegó a conocer un pedazo de la vida del Estado de Oaxaca, su aporte a las luchas por la Reforma y también la pasión de uno de los hijos más notables de esa zona de México. La historia comenzaba en un instante decisivo de las guerras intestinas de la Reforma, cuando los liberales, encabezados por Benito Juárez, se empeñaban en arrebatarse el poder a los conservadores, para secularizar el país, lo que al fin consiguieron. Derrotados los liberales en Oaxaca, debieron refugiarse en los conventos de la ciudad y convertirlos en plazas fuertes. Pero a la resistencia iba a seguir la iniciativa, y una mañana de comienzos de 1858, salieron a combatir y se apoderaron de la ciudad. Los conservadores se retiraron al Istmo y fue preciso a los hombres de Juárez venir aquí a darles el golpe de gracia. Las tropas entraron en Tehuantepec mandadas por el coronel Mejía, quien repartió a sus soldados en cuarteles, iglesias y escuelas. Usted, capitán Díaz, dijo a un joven oficial que se mostraba buen táctico, valeroso combatiente y liberal fogoso, instálese en la ciudad con sus hombres, reclute gentes aunque sea haciendo levadas, aumente en todo lo posible sus efectivos, porque nos esperan días difíciles.

—¿Y se imagina, usted, el panorama de esos días?, dijo Bridge. El convento de Santo Domingo, ya por aquella época casi medio des-

truído, cuentan las crónicas que apestaba a una legua con el olor de los soldados amontonados en sus pasillos y claustros, sucios, semidesnudos, con sus mujeres, las soldaderas, que cocinaban allí mismo, y sus críos, que lo llenaban todo de orines y excrementos... Hay que leer los relatos de la época: parece que los soldados y sus mujeres se hacían el amor allí mismo, a cualquier hora del día o de la noche, entre la sacristía y la iglesia... Y el convento era cuartel y hospital al mismo tiempo. Si un soldado caía herido o se agarraba una de las terribles fiebres del trópico, no era aislado, sino que seguía allí, cuidado por su soldadera. Fueron días terribles los de la guerra entre patricios, como se llamaban los liberales de Juárez, y juhitecos. Los tambores y las cabalgatas atronaban la ciudad mientras soldados sin uniforme y sin zapatos siquiera, tiritaban de fiebre en Santo Domingo, quejándose de atroces dolores de tripas.

El capitán Díaz —Porfirio Díaz por más señas— se instaló en casa de una joven viuda y propietaria, donde cada noche después de los trabajos militares, lo esperaban encantadoras veladas. La leyenda cuenta que Porfirio Díaz, cuyos bigotes por esa época eran negros y erguidos, y Margarita, la hermosa tehuana, se divertían ardientemente y que un día, como ella se quejara de su pobreza, el joven capitán le dijo:

—No te preocupes, Margarita, ten confianza en mí. Cuando sea presidente de la República, voy a ordenar que construyan un ferrocarril que atraviese el Istmo. La vía férrea va a pasar por la mera puerta de tu casa, con lo cual, ¿ves?, tu propiedad va a subir de valor...

Iban a ocurrir varias cosas antes que la promesa se cumpliera: la batalla de Puebla, una larga prisión de Porfirio en los cuarteles conservadores, su fuga del Colegio Carolino de Puebla, el triunfo de la causa patricia con la consiguiente incorporación de las leyes de Reforma, la reelección de Juárez y la protesta armada, antirreeleccionista, de Díaz; la muerte de Juárez, un segundo levantamiento en armas del caudillo militar con ambiciones políticas y su obligada elección de presidente de México, en 1877. El campeón del antirreeleccionismo iba a gobernar —salvo un interinato de cuatro años servido por uno de sus compadres— hasta el 25 de mayo de 1911, en que lo expulsó la revolución maderista. Veinticinco años habían pasado desde que el capitán Porfirio Díaz y la viuda Margarita gozaran sus dulces noches en Tehuantepec, cuando ella vio que llegaban unos hombres a nivelar la calle colocaban los durmientes y poco después tendían los rieles ante la puerta misma de su casa.

Iba Margarita para los cincuenta el día en que apareció en la ciudad la comitiva oficial,

presidida por Porfirio, a cuyos largos bigotes se mezclaban ya no pocas canas, que debía inaugurar el ferrocarril de Tehuantepec a Puerto Angel. La viuda miraba pasar la gente desde el balcón de su casa, a las mujeres endomingadas con sus monedas de oro colgando de las orejas y tintineando en sus brazos, a los niños de las escuelas agitando banderitas tricolores de papel y a centenares de indígenas que habían bajado de los montes a presenciar la ceremonia. Todavía era hermosa y su busto se mantenía erguido con la discreta ayuda del corsé; se había puesto una mantilla española y se había teñido un poco, un poquito, los labios. Don Porfirio, con su guerrera azul constelada de medallas, avanzaba seguido por señores de chistera y largas levitas negras que los hacían sudar horriblemente en la primavera cálida del Istmo. Se llevó la mano al bicornio emplumado y haciendo un aparte, dijo con solemnidad que primero hizo enrojecer y luego quitó la voz de emoción a Margarita: —Señora, he cumplido mi promesa. En esa frase, cuántas añoranzas, cuántos recuerdos de sus noches de amor bajo los efluvios del Istmo, cuánta evocación de los besos ardientes entre batalla y batalla.

—Así se explica, mi amigo, dijo el hombre, que el tren vaya por el medio de la calle, como un simple tranvía o un vulgar camión.

John Bridge cargó de nuevo su pipa, en medio de la ponderable dulzura de la noche.



Alberto encendió un cigarrillo. Las luciérnagas pasaban a su lado como misteriosos ciclistas del aire. Lejos, la música de la marimba arañaba la densidad de la sombra.

## IV

### *La rosa blanca*

#### A BORDO DEL "ALBATROS"

la vida había tomado un ritmo diferente. Después de la visita del cónsul, la tripulación mostraba ante el capitán Larsen una actitud más tranquila, menos beligerante. Y aunque él había maldecido en privado y en público de la forma blanducha e incongruente en que el funcionario había llevado las cosas, no podía dejar de reconocer que los marineros obedecían mejor ahora todas las órdenes. Dos nuevos adelantos de dinero habían "aceitado", como él decía, las relaciones. Andrade, el primer piloto, puesto de lado por el capitán, dejaba sin protestar que sus funciones fueran desempeñadas por Florín Guzmán. El depuesto primer oficial casi no salía de su camarote, donde se

dedicaba a la lectura de voluminosos libros de navegación que le prestaban los oficiales de la marina mexicana. El contraamaestre Mendoza y el carpintero Núñez seguían en tierra, teóricamente presos. También en sus confidencias a Florín Guzmán, Samuel Larsen acusaba de debilidad a los marinos mexicanos. Su sentido de la disciplina estaba, claro, muy por debajo del de los chilenos. —Mire que dejar libres a dos detenidos, cabecillas de un motín a bordo, Guzmán... ¿En qué tierra se ve una cosa semejante?

¿Qué penas iría a dictar el consulado, para esos individuos? Hacía ocho días ya que Alberto Morán había regresado a la capital de México y aún el consulado no daba señales de vida. Los armadores, por su parte, no hablaban en sus cartas de carga para el regreso. El famoso cargamento de vidrios planos parecía haberse hecho humo. Bastaba recorrer los muelles de Salina Cruz para darse cuenta de que allí no había carga ni para llenar un bote.

Trinidad terminó su almuerzo, que había consistido en un trozo de pescado y el inevitable plato de frijoles refritos. Silenciosamente la madre recogió los dos platos sucios y echó los restos en la escudilla del gato. Desde que el desconocido surgiera una mañana de la recámara de su hija, la vieja miraba a Trinidad con ojos

hoscos, casi agresivos, y pocas veces le dirigía la palabra. La muchacha se escudaba en el trastorno mental de su madre pero, sobre todo, en su amor por Mañungo. No tenía tiempo para ocuparse de los sentimientos de la mujer, llena como estaba por el amor y el recuerdo del marinerero.

Mañungo. Lo amaba, amaba centímetro a centímetro de su cuerpo, desde los largos cabellos negros en los que hundía sus manos con infinito placer, hasta sus grandes pies firmes. Amaba sus ojos oscuros, son ojos buenos los tuyos le decía, el lunar bajo el mentón, el brazo tatuado y el sin tatuar, su pecho ancho y velludo al que le gustaba apretar sus labios y luego recorrerlo de extremo a extremo, de axila a axila, llenarlo de besos sin dejar un fragmento de la piel huérfano de caricias.

Desde el momento que se separaban, Trinidad no cesaba de pensar en él. En el taller de costura donde trabajaba, sus compañeras habían notado el tránsito de la exuberante Trinidad a un estado de muda, de contemplativa felicidad, en la que desempeñaba el papel principal un mocetón fuerte y de quemado cutis, marinerero de un barco chileno. Algunas veces, a mediodía, la joven después de tomar rápidamente su almuerzo, se daba tiempo para alcanzar hasta el muelle. Desde lejos veía los mástiles apuntando hacia el cielo azul y al acercarse buscaba ansiosamente con los ojos a

Mañungo. Si Larsen o Guzmán no se hallaban en cubierta, el marinero se daba maña para bajar un rato al muelle y sentarse junto a ella sobre el brazo de alguna ancla abandonada. Después, por la noche, sus encuentros en la plaza eran sagrados. Habían comenzado, como todos los jóvenes enamorados de todas las edades y de todos los países, a trazar proyectos para el futuro, sólo que estos proyectos siempre estaban velados por la gran sombra de la separación próxima. En vano Mañungo se esforzaba por hacerle comprender que esta ausencia iba a ser breve, el tiempo suficiente para que él pudiera arreglar sus asuntos en Valparaíso, asegurar la subsistencia de su madre —tú comprendes que uno no puede dejar abandonada a su madre, Trini— y volver. Y entonces no se separarían más. Todo consistía en buscar un trabajo ahí o en otra parte de México. ¿Quedarse ahora? Era imposible. El había firmado un contrato y tenía que respetar su firma. De otro modo, perdería el dinero ganado, sería un desertor, la policía lo buscaría y todo lo que de un modo recto se presentaba tan simple, de esta manera se complicaría hasta el infinito. De noche, Trinidad lloraba sobre su pecho; las lágrimas calientes de la muchacha, que ella no se esforzaba por contener, caían sobre la piel tostada de Mañungo.

—No volverás, decía.

—Volveré, te lo juro.

—Me olvidarás.

—Trini, si ya no puedo vivir sin ti... Para mí va a ser tal vez más difícil... Volveré mucho antes de lo que crees, mi hijita. Por lo demás, ¿para qué sufrimos por adelantado? El barco no va a zarpar mañana...

—¿Y cuándo crees que se irá?

—Todavía falta mucho, mi hijita... No hay ni señas de carga para el regreso. Además hay que reparar algunas averías y ni siquiera han empezado...

Luego volvían al mundo de los besos y aunque los labios de Trinidad solían esas noches tener un poco de sabor salado de lágrimas, los de Mañungo se volcaban sobre ellos con toda su joven e insaciable pasión.

A mediados de septiembre llegó un sobre del consulado general. Lo recogió el marinero que iba diariamente a la agencia marítima en busca de la correspondencia. Larsen lo abrió precipitadamente, leyó las pocas líneas que contenía el oficio y dio una patada tan fuerte sobre el piso de la cámara, que Florín Guzmán se estremeció. El rostro de Samuel Larsen estaba rojo, encendido, y sus ojos azules parecían despedir relámpagos. Como la sorpresa lo había dejado mudo, el piloto se atrevió a preguntarle:

—¿Malas noticias, “capi”?

Sin responder, Larsen le pasó el oficio, que el otro leyó con ansiedad: el cónsul general, después de conocer el sumario levantado por Alberto Morán y las informaciones verbales proporcionadas por éste, acordaba por toda pena cuatro días de prisión para el contramaestre Eufemio Mendoza y el carpintero Segundo Nuñez. Como estos dos tripulantes habían permanecido mucho más tiempo bajo arresto, en tierra, se disponía que se incorporaran de inmediato a la dotación del "Albatros".

—¿Ha visto, ha visto?, decía Larsen fuera de sí.— ¿Pero qué otra cosa podía esperarse, si mandan aquí como suprema autoridad a un comunista?... No, carajo, esto no puede ser... Me quejaré a la dirección del litoral... Me quejaré al presidente de la república, si es necesario... Que sepa esta mierda que no volveré a Chile en el mismo barco que estos individuos. ¡No quiero que me asesinen en el viaje!

Se sentó, abatido, en su sillón y comenzó a limpiarse el sudor. Guzmán llenó con agua un vaso y se lo alcanzó; el capitán lo vació de un trago. A la terrible exaltación había seguido un decaimiento peligroso. Con su inmensa mole de carne blanda y colorada, Larsen no era otra cosa que un ser vencido, un vacilante guiñapo que se estremecía de tiempo en tiempo. Algunas lágrimas asomaron a sus ojos.

—Lloro de rabia, piloto, de impotencia, dijo. —En toda mi vida no había sufrido una

humillación igual... Y sobre todo de manos de un tipo como ese Morán, que me recomendaba tratar a los marineros como si fueran niñitas de escuela... Lloro de rabia, mi amigo.

Era un espectáculo triste, una especie de plato amargo para Florín Guzmán ver a ese hombre abatido, llorando como un niño. ¿Qué podía hacer él?... ¿Irse, quedarse?... Todo era inútil, todo era igual. Encendió un cigarrillo y el humo surgiendo espesamente de sus labios, formaba una cortina que lo alejaba del espectáculo lamentable. Decidió guardar silencio, un silencio paralelo al de su jefe, que parecía escurrirse de su sillón, como un traje desocupado, vacío. Se habría dicho que el capitán en esos minutos había enflaquecido veinte kilos y envejecido veinte años.

Permanecieron largos instantes sin hablar. Cuando Larsen recuperó el uso de la palabra, el cigarrillo de Guzmán se había consumido por entero. El momento difícil parecía haber pasado. De nuevo era un hombre razonable, que pensaba en resoluciones.

—Guzmán, mañana me voy a México. Le ruego que baje a tierra y procure reservarme por teléfono un pasaje de avión desde Ixtepec.

—¿Lo ha pensado bien, "capi"? ¿No será mejor reflexionar más antes de salir?

—No, mi amigo. Ya lo he decidido. Usted asume desde mañana el mando de la nave mientras resuelvo las cosas en México.



—A sus órdenes, capitán.

Había usado la palabra capitán con cierta solemnidad, desterrando en ese momento decisivo el “capi” familiar con que solía llamar a su jefe. El piloto aprovechó la oportunidad para abandonar el escenario triste de la cámara en el que había visto llorar al terrible lobo de mar. Además, en su corazón sonaban con la gracia de una campana de oro las últimas palabras de Larsen. —Usted asume el mando de la nave.

—Aquí me bajo yo, Miguel.

El chofer frenó bruscamente el camión en una encrucijada. Un sendero que venía desde el mar y trepaba fatigosamente por las colinas cortaba allí la carretera de tierra a mal traer, tortuosa y dispareja, donde el camión, viniendo de Salina Cruz, había dado tumbos, no obstante las expertas manos del hombre que iba al volante.

—Está bueno... Adiós, Trini.

—Adiós, Miguel. Gracias.

Bajo la mañana luminosa Trinidad echó a caminar hacia el Este, ascendiendo la colina bañada de sol. La vegetación, que cerca de la costa era rala y achaparrada, a medida que el sendero se alejaba iba tornándose más verde, más tupida. Las sandalias de la muchacha pisaban acompasadamente la tierra, de la cual

lagartijas de color esmeralda huían turbadas a esconderse tras las piedras que orillaban la senda. Trinidad pensó que todavía le quedaba por lo menos una hora y media de caminar antes de llegar a su destino.

No siempre Trinidad y su madre habían vivido en Salina Cruz. La muchacha recordaba su infancia campesina, el jacal que su padre había construído con sus propias manos, empleando troncos de árboles, barro, ramas y haces de paja para cubrir el techo. Recordaba el petate en que dormía de niña, vecino del que ocupaban sus padres. La vida en el monte era tan distinta de la que había de esperarle en el puerto. Recordaba los cocoteros que se mecían suavemente acariciados por la brisa, y las frutas rojas del cafeto que había en el terreno que cultivaba su padre. El mundo civilizado, el mundo con periódicos, radio, cine, libros, era tan remoto para ellos, como si hubieran vivido en el corazón secreto de una selva. Jamás Trinidad había bajado a los pueblos de la costa, jamás había visto el mar, hasta que ella y su madre se trasladaron a Salina Cruz. Una vez, siendo niña, lo recordaba muy bien, había cabalgado en una mula por varias horas; su padre y su madre caminaban junto al animal, él delante, ella detrás, por el estrecho sendero que seguía las laderas de la cadena de cerros. Después de larga marcha, Trinidad vio a lo lejos, como una ancha serpiente, el río, que

bajaba entre las gargantas de las colinas, hacia el mar. Sus ojos se prendieron a la vasta majestad del agua deslizándose por su cauce. Parecía una lámina de plata en movimiento. El padre era hombre de pocas palabras: sus ojos brillaron frente al asombro de la niña, pero se limitó a decir:

—Es el río Tehuantepec.

Mas en su tono se había advertido una ternura secreta, una especie de honda gratitud hacia el río, que después de hacer borbotones en la fuente en que siempre está naciendo, en Giengola, se deslizaba con calma patriarcal dando rica vida a anchas llanuras, cubriendo de verdura sus márgenes, partiéndose en mil arroyos que llevaban fertilidad y hermosura a huertos y jardines. Y como la niña quisiera ver de cerca el milagro del agua, el hombre había golpeado con su mano poderosa el anca de la mula, ordenándole de ese modo que reanudara la marcha. Trinidad había visto árboles que no conocía —cipreses melancólicos, ceibas de pálido color de carne humana sosteniendo piedras entre los brazos de sus raíces que parecía nacer encima del suelo, encinas majestuosas— y huertas donde los frutos enseñaban sus formas —olorosos guayabos, naranjos, zapotes, tamarindos, papayas abultadas, enormes, sensuales pitahayas de color morado encendido, mameyes, toronjas, yucas. A la orilla del río había unas mujeres bañándose, con el busto desnudo,

mientras a su alrededor los chamacos chapoteaban en el agua. Padre, madre e hija se habían quedado largo tiempo contemplando el río, las huertas, las márgenes verdes. Sólo cuando el crepúsculo empezó a reflejarse en el agua y las mujeres salieron a la orilla, donde guardaban sus faldas y sus huipiles, la familia emprendió el regreso.

Trinidad recordaba el bronceado color de la piel de su padre, su sequedad bondadosa y su actividad que partía cada mañana con el sol y terminaba también cuando éste se hundía en las aguas del Pacífico. La muchacha tenía una sensación clara de su vida sin zapatos, entre los pedruscos y las hierbas del campo. Se había familiarizado con los animales, no temía a las verdes iguanas ni a los puercoespines sigilosos, ni siquiera al gato salvaje o al manchado tigrillo. Los zancudos no dejaban impactos en su piel, pero una vez, a los diez años, un moyocuil la picó en un hombro. Su padre examinó atentamente la hinchazón y dijo que no había nada que hacer, sino esperar que el huevo que el insecto había puesto bajo la piel de la niña se desarrollara. Ella andaba terriblemente inquieta, pues aunque aquello no le causaba mucho dolor, la hinchazón seguía agrandándose, como un volcán a punto de hacer erupción. Y para que la comparación fuera mejor ni siquiera faltaba en lo alto del volcán un cráter, en cuya abertura el padre puso después de veintiún días

un poco de polvillo de tabaco del que cultivaba en su terreno. El tabaco fue como una invitación para que aquella larva maligna que había habitado tres semanas como huésped de Trinidad, saliera a continuar su vida fuera del cuerpo en que había nacido. Trinidad no la vio, pero la tensión que sentía en el hombro desapareció repentinamente y la hinchazón fue desvaneciéndose hasta desaparecer también.

Y recordaba asimismo el día en que su padre, mientras abría surcos en la tierra para renovar la milpa que les daba el maíz, fue mordido por una serpiente coralillo. Era la última maldición que podía caer sobre la familia. El campesino la había advertido, pequeña y encendida como una ramita escarlata, entre los rastros, junto a su pie; quiso evitarla, pero ya no era tiempo: la mordedura le dolía menos que la certeza de que iba a morir. Sintió que el sudor le cubría la frente y que algo como un hilo, como un cabello fino, se le atravesaba en la garganta, desesperándolo. A sus gritos, Trinidad corrió hacia la milpa y lo vio sentado en tierra, junto a los canales que acababa de abrir, en una postura forzada; con el cuerpo rígido, como presa de un cansancio extraño en él.

—¡Hija, corre y tráeme el machete!, gritó.

La niña salió escapada hacia el jacal, en uno de cuyos muros el campesino colgaba su machete, arma y herramienta indispensable

en el monte. Tomó el largo cuchillo, cuyo borde filoso brillaba al sol y, pálida y asustada, se lo llevó al padre. El sudor mojaba por completo el rostro del hombre y sus fuerzas empezaban a abandonarlo. Se llevó una mano a la garganta y abrió la boca, como si el aire se le tornara escaso. El imaginario cabello detenido en el esófago apenas lo dejaba respirar.

—¡Dámelo pronto! Y como ella se quedara junto a él, sin atinar a moverse: —Andate hija, anda a llamar a tu madre...

Quería evitarle a la niña el cuadro de horror que iba a seguir. Acostumbrado a desmochar troncos a machetazos, cogió el machete con su mano derecha y pareció reunir toda la fuerza que le quedaba, antes de dar el golpe. El no podía engañarse, conocía el poder de la ponzoña de la coralillo. Era cuestión de cortar de un solo tajo el miembro donde había metido su veneno, antes de diez minutos, o morir. Calculó el golpe, con los ojos muy abiertos, y dejó caer ferozmente el machete, como si esa pierna que iba a herir no fuera la suya... La sangre saltó salpicando la tierra, y el hombre, enloquecido de dolor, cayó de costado y se desmayó. Sus dioses le habían dado por lo menos la gracia de no ver el hueso partido, astillado, dejando escurrir la médula hacia la tierra de sembradura, y el pie, su pie, separado, muerto, como algo ajeno, oscuro, duro y encallecido, aún con la pequeña herida escarlata donde la

coralillo había metido su veneno mortal. Cuando Trinidad volvió a la milpa con su madre, lo hallaron muerto, con la boca entreabierta, arrojando aún una espuma blanquecina a la cual se adhería la tierra.

Después... las habían arrojado del terreno que ocupaban, que el padre había cultivado con amor y en el cual había hallado la muerte y ambas, inocente la niña, medio embrutecida de dolor la madre, habían emigrado hacia la costa, con la esperanza de horas menos amargas. A los días sin pan había sucedido una etapa de servidumbre. A los catorce años, Trinidad entró a servir en una casa de ricos, en Salina Cruz, y antes de los quince había sucumbido a las acechanzas del hijo del patrón. Luego fue despedida, buscó una nueva casa y otra vez encontró interesados en dormir con ella. Después...

Azotada por el temporal de recuerdos aciagos, Trinidad apenas había reparado en el largo trecho recorrido y se sorprendió al encontrarse en la meta que se había propuesto. Frente a ella se levantaba un pequeño jacal, a la sombra de una inmensa palmera real, y en la puerta, sentada en un petate desteñido por el sol, una anciana la veía acercarse, la miraba con ojos abarcadores que la perforaban entera. La mujer, de rostro arrugado como una pasa, parecía concentrar toda la vitalidad de su ser

en sus ojos. Trinidad se detuvo ante ella en actitud de sumisión y respeto.

—*Nyaa* (madrina) dijo en lengua zapoteca, —vengo desde Salina Cruz a pedirle un consejo. ¿Me reconoce?

—Te reconozco, respondió la vieja sin quitarle los agudos ojos de encima. —¿Cómo no habría de reconocerte? Eres Trinidad, la hija de Juan y de María. Cuando naciste, yo misma te saqué cuatro gotas de sangre de la oreja para ofrecerlas a Chalchinhlicué, la diosa que protege a los niños...

—Gracias, madrina—. Su voz se volvía dulce, suavizada por los acentos zapotecos. —Le traigo del pueblo este regalo. Y le entregó algunos cigarrillos.

—Te lo agradezco, Trinidad. La vieja recibió complacida el presente. —Siéntate a mi lado, en el petate hay sitio para las dos. Veo en tus ojos lo que te trae a mí... Sé que por el campo anda un venado con el corazón traspasado de amor... ¿Quién es el que te hace sufrir?

—*Zu* (extranjero), dijo ella de un modo desconsolado, como si bastara esa sola palabra para hacer comprender a la anciana bruja todo el pesar que encerraba su alma. Y luego le fue relatando entrecortadamente el nacimiento de su pasión por Mañungo y el viaje que estaba a punto de separarlos quizás para siempre.

—No me equivocaba, dijo la vieja, —cuando



pensé que un venadito había sido herido en el corazón. Cuando naciste, yo te consagré al venado. Tu nahual es un venado...

—Trinidad no comprendió las misteriosas palabras de la anciana. Ella había venido solamente en busca de algo, tal vez un filtro de amor, para que Mañungo lo bebiera y... se quedara en Salina Cruz. Però la vieja intentaba hacerle entrever el mundo misterioso en que ella misma vivía, el mundo del nahualli, la brujería de los viejos zapotecas, el mundo de las consagraciones de los recién nacidos a los totemes indígenas, los nahuales; su adscripción a animales o pájaros de la selva, cuya suerte los seres necesariamente deben sufrir; el mundo de las apariciones y desapariciones bajo la luz de la luna, de los espejismos, de los fenómenos ocultos, de las palabras que sirven de sortilegio, de la invisibilidad voluntaria de los hombres.

—¿El no te ama?

—Sí, me ama, madrina. Pero tiene que irse.

—*Ma'risaká cu'pa sizi ke tigayué kareta*, dijo filosóficamente la vieja. (Un par de senos de mujer es capaz de arrastrar más que cien carretas de bueyes). Y como Trinidad callara, la anciana le señaló una mata de rosas que crecía cerca de su jacal. —Corta ese botón blanco y dámelo.

La joven cumplió la orden y entregó el botón a su madrina. Entonces vio asombrada

que al conjuro de tres palabras de la bruja, que ella no alcanzó a captar, el botón se abrió y se transformaba en una rosa espléndida.

—Ponla una noche debajo de su cabecera.

—¿Y no se irá?

—Si se va, volverá.

La vieja había encendido un cigarrillo y lo chupaba ávidamente.

—Gracias, madrina, dijo la joven, disponiéndose a emprender el largo camino de regreso. Si se daba prisa, no llegaría atrasada a su cita en el zócalo, con Mañungo. Quizás en la carretera encontraría un camión en dirección a Salina Cruz que quisiera llevarla.

La bruja señaló una nube gorda, negra y cargada, que comenzaba a agrandarse, recostada contra el cielo.

—*Nis: agié;* (lluvia) dijo lacónicamente.

—Sí, me voy antes que me agarre el aguacero. Gracias, madrina, por todo lo que me llevo.

Y apretando la rosa blanca contra su pecho, echó a caminar colina abajo, indiferente al sol, entre los cocoteros y los plátanos, cuyas pesadas hojas lanzaban grandes cuchilladas de sombra sobre el pálido verdor de la tierra.

# V

## *Ciclón*

EL VERANO FINALIZA EN la ciudad de México en el mes de septiembre, pero en realidad hay pocos cambios. Las mañanas siguen siendo luminosas, y al mediodía el sol nunca deja de quemar. La única variación sería es que las lluvias estivales que cada tarde azotan el valle, acompañadas de un sobrecogedor aparato dramático de rayos, truenos pavorosos y un cielo negro y pesado, rasgado por las puñaladas de los relámpagos, desaparecen. En las noches, un frío seco y agudo corre penetrando pulmones.

Una de esas mañanas gloriosas, que llenan de alegría el espacio comprendido entre los ojos y el corazón, Alberto tuvo una sorpresa cuando llegó al consulado: el capitán Samuel

Larsen se hallaba allí, pesado y grandote, sentado frente al cónsul general. Vestía un traje azul oscuro, con cuatro botones abrochados, que identificaba al marino a la legua, y peinaba al lado su cabello de platinada ceniza. Bajo la mirada inquieta, casi temerosa del cónsul general, Alberto y Larsen se estrecharon las manos desganadamente, cumpliendo con evidente mala gana el rito social.

—Siéntese, Alberto, dijo el funcionario. (Una pausa). El capitán Larsen me estaba hablando de la situación que se ha creado a bordo del "Albatros"... (Otra pausa). El capitán no está satisfecho con el fallo que hemos dado en su conflicto con la tripulación... Quiero que usted escuche sus quejas, para que veamos algún medio de remediar las cosas.

Larsen había encendido su pipa, nervioso y turbado. Alberto se sentó junto al capitán, sin decir nada, inquieto, sospechando que si su jefe aún no había dado señales de debilidad, no tardaría en darlas. Ignoraba a qué hora había llegado al consulado el capitán del "Albatros" y qué cosas había dicho. ¿Pensaría el cónsul general deshacer lo obrado, cuánto había conseguido él en su viaje al puerto del demonio, bajo el influjo de las quejas de Larsen? Encendió un cigarrillo nerviosamente y la oficina pronto empezó a llenarse de humo, pues los tres fumaban: el cónsul general su Romeo y Julieta, que se hacía mandar de La Habana; el

capitán, su gastada pipa; Alberto, su cigarrillo mexicano.

—Bien, capitán, dijo el cónsul general, le ruego que repita delante del cónsul Morán las razones que me ha dado.

Larsen comenzó tartamudeando, pero a poco andar se sintió más seguro, entró en confianza alentado por la atención con que lo escuchaba el cónsul general. En cuanto a Alberto, éste había cogido del escritorio de su jefe una edición encuadernada en tela roja del reglamento de navegación y la hojeaba distraídamente, como repartiendo su interés entre las páginas del libro y el alegato del capitán.

—...el respeto debido a la autoridad...

—Perdón... ¿Cómo dice usted?

—Digo, insistió Larsen picado, que el fallo del consulado ha dado aliento a los revoltosos de la tripulación para seguir haciendo lo que se les da la gana, sin guardar el menor respeto a las autoridades de a bordo. Desde que volviéron al barco el contramaestre y el carpintero, yo no sé quién manda, si ellos o yo. La tripulación los sigue a ellos más que a mí... (No me extraña nada, rumió Alberto para sí). Cada vez que se cruzan conmigo en cubierta, me miran en una forma burlesca, desafiante, como riéndose de mí..., lo que no es nada de raro, porque el cónsul Morán —conste que no le mando recado, sino que se lo digo en su propia cara— dejó por el suelo mi autoridad.

—¿Yo dejé por el suelo su autoridad?

—Claro, le dio beligerancia a esa tropa de sinvergüenzas, les creyó sus calumnias, y, en cambio, dudó de mi palabra.

Alberto aplastó su cigarrillo en el cenicero, con visible molestia.

—No he hecho nada de lo que usted me atribuye, dijo. —En primer lugar, no he escuchado calumnias; yo escuché a los tripulantes dentro de un sumario solicitado por usted, y realicé careos... Usted no pudo negar que los trataba mal, con medidas inconcebibles en esta época, y que hasta usaba de la violencia física. No se olvide, capitán Larsen, que estando sentados a la mesa de un bar, en Salina Cruz, comencé por hacerle a usted un llamado a la serenidad y a un trato más humano para sus hombres... Usted se rió en mis narices y adoptó la actitud de un corsario de Emilio Salgari, de esos que se imponían no por la razón, sino a latigazos...

—Alberto, no se exalte, recomendó el cónsul general.

—Por lo demás, siguió Alberto sin hacer caso a su jefe, —quiero preguntarle una cosa, capitán Larsen: ¿quién lo autorizó para venir a México?

—No me autorizó nadie, pero yo tenía que venir. Yo no voy a volver a Valparaíso en un barco donde la tripulación no me respe-

ta... Creo que tengo que cuidar mi pellejo, ¿verdad?...

Alberto encendió un nuevo cigarrillo. No tenía deseos de fumar, pero la acción le daba tiempo para tranquilizarse.

—Muy bien, capitán Larsen, entonces tengo que decirle que es usted un desertor.

—¿Yo?... ¿Un desertor?... Se había levantado y la sangre afluyó de un modo brusco a su rostro, lo cual constituye la forma de palidecer de los sanguíneos. —¿Usted me acusa de desertor?

—Sí, capitán Larsen, respondió el otro con voz calmada. —El reglamento marítimo lo establece muy claramente: el capitán que abandona por más de veinticuatro horas el puerto donde está anclado su barco, sin permiso de sus armadores o del cónsul —si se halla en puerto extranjero— será considerado desertor.

Alberto pensó que el descubrimiento de esta drástica determinación del reglamento marítimo era todo un hallazgo y quiso reforzar con un elemento más el golpe teatral que acababa de dar.

—Capitán Larsen, lamento decirle que es usted un desertor y que las autoridades consulares adoptarán las medidas del caso.

Dicho lo cual, salió de la oficina. Larsen se dejó caer en su silla y se llevó las manos a la cabeza, abrumado. El cónsul general, temiendo que el marino fuera a sufrir un ataque, chupa-

ba nerviosamente su puro. Vertió agua en un vaso que le alcanzó a Larsen; éste lo rechazó. Derrumbado, hundido en su sillón, sintió que las lágrimas iban a afluir a sus ojos. En su cabeza de marino orgulloso no cabía la idea de que alguien pudiera herirlo de esa manera, infringirle la ofensa de llamarlo desertor. Las reflexiones se atropellaban en su mente: ¡Desertor él, un hombre con más de cuarenta y cinco años de mar, capitán de barco tantas veces! ¡Un hombre al que los diarios llamaban héroe!... Y que un cónsul estúpido, a quien diez días en el trópico habían llenado de picaduras de mosquitos, que casi se había muerto de calor, lo viniera a calificar de desertor... Veía manchada para siempre su hoja de servicios, enlodada su fama de marino intachable, perdido su prestigio de capitán de esos que ya no van quedando en los mares del mundo. ¿Qué perspectiva podía aguardarle al regreso? ¿Qué diría Valparaíso entero de él?... ¡Cómo gozarían esos capitanes criollos, negritos y chapparros, que lo odiaban a muerte nada más que por ser él un hombre del Norte, rubio y macizo, con la tradición de los marinos escandinavos!... Luego se preguntaba que iría a hacer el cónsul general, que en ese momento disimulaba su confusión leyendo por enésima vez el artículo del reglamento marítimo que Morán había señalado. Larsen sacó del bolsillo un enorme pañuelo a cuadros, de esos que con



tanto amor le confeccionaba su mujer en la casa de Valparaíso, y se secó el sudor. Sus ojos estaban colorados, a punto de estallar. Antes de tomar la determinación de marchar a México, no había pensado —no se le había pasado por la mente siquiera— que el reglamento era un muro legal que se alzaba entre el “Albatros” y la estación del ferrocarril, esa era la verdad. Y claro, ahora que el hijo de perra de Morán lo había dicho, recordaba claramente esa disposición... ¡Cómo había podido olvidarla!

Alberto, en su propia oficina, fingía estar embebido en el examen de un montón de documentos, pero en el fondo sonreía sádicamente de su obra. Lo que acababa de hacer era justo, pero brutal y cruel. Quizás no fuera humano haber lanzado tan a fondo la estocada.

—¡Alberto!, escuchó que lo llamaba elevando la voz el cónsul general. Con deliberada lentitud caminó hacia la otra oficina. —Alberto, el capitán Larsen me ha pedido que el consulado..., bueno, que no lo acusemos de desertor... Nos suplica que no echemos esa mancha sobre su carrera.

Morán recordó el “Albatros”, a los marineros, al joven Robles apartado a golpes de su paso por el capitán, y su conversación, antes de abandonar el velero, con Pedro Andrade, el primer oficial.

—¡El capitán ha desertado!, dijo obstinadamente.

—Bueno, bueno... El capitán reconoce su falta, pero lo ha hecho sin ánimo preconcebido. Creyó que su deber era venir a hablar conmigo..., con nosotros.

Larsen evitaba mirar a Alberto, no fuera a pensar que él le estaba pidiendo piedad. Es cierto que había hablado de hombre a hombre con el cónsul general y le había rogado que salvara su honor de marino. Pero una cosa era el funcionario serio y caballeroso y otra el comunista que hacía causa común con la tripulación amotinada... Y sin embargo, de este hombre, de lo que contestara, de la forma en que acogiera las sugerencias de su jefe, dependía la honra de su vida marina.

—¿Qué le parece que le demos al capitán un certificado diciendo que lo hemos llamado a México?

—No lo hemos llamado.

—No, claro, pero eso sería sólo el... *modus operandi*, el salvavidas que le tiramos al capitán, dijo el otro muy satisfecho de su frase. —Además, el capitán no volverá a Valparaíso al mando del "Albatros". Se ha hecho examinar por un médico en Salina Cruz y tiene un certificado que hace constar su quebranto nervioso. ¿Lo tiene ahí, capitán?

Larsen sacó un papel de su grasienta cartera y lo tendió al cónsul general, quien a su

vez lo pasó a Alberto... ¡Qué ganas de reírse a gritos...! Si hubieran visto el papel los que aún creían en la temible leyenda del recio lobo de mar... "Padece una seria perturbación nerviosa —decía el certificado— que se traduce en frecuentes crisis de llanto"... Llanto del gigante de Escandinavia, del que daba manotazos a los marineros morenitos de su tripulación. Pasen, señoras y señores, es gratis, entren a ver al pirata que llora, al terrible vencedor de las tempestades, al héroe de los siete mares, al negrero que se deshace en llanto por culpa de sus nervios alterados. Alberto pensó que la lectura de ese certificado era la gran recompensa para un testigo, como él, de la brutalidad mental y física del capitán Samuel Larsen.

—Está bien, dijo a su jefe, que no despedaba los ojos de él, démosle el papel que pide... Yo mismo voy a hacerlo.

—Ya sabía yo que todo se iba a arreglar, Alberto... Así verá el capitán que no hemos tenido nunca intención de molestarlo...

—Ya lo oye, capitán Larsen, subrayó Alberto, —usted no es un desertor, es simplemente una persona nerviosa.

Días después, mientras el capitán Larsen vagaba por las calles de México, esperando que desde Veracruz le avisaran la fecha de zarpe del barco que iba a devolverlo a Valparaíso, y en el cual iría como simple pasajero, enviado por los armadores del "Albatros" llegaba en

avión su reemplazante. Era un capitán chileno, rechoncho y valiente, moreno y entrado en años, uno de esos marinos que Larsen desdénaba.

—Tendrá usted que viajar de nuevo a Salina Cruz, ordenó a Alberto su jefe. —Hay que instalar a don Pancho Barrientos en el “Albatros” y ver que todo esté listo para la partida. Procure conseguir pasajes en el avión de mañana o en el del jueves.

Pero eso no iba a ser posible. Esa misma tarde la radio dio la noticia de que un ciclón azotaba el Istmo de Tehuantepec y que el servicio de aviones se había suspendido.

—¡Atención, atención! . . . Un ciclón procedente del Mar Caribe se desplaza sobre el Istmo de Tehuantepec hacia la costa del Pacífico. La fuerza del viento es poderosa y el meteoro va destruyendo cuanto encuentra a su paso. ¡Atención, atención! Las personas deben mantenerse alejadas de los lugares donde existen plantaciones de árboles, para evitar accidentes. La fuerza del viento ha desmochado y derribado miles de palmas reales en la región de Puerto México y Chinameca. ¡Atención, atención! El huracán se desplaza en dirección Este-Sur . . .

Los locutores de las radioemisoras se desgñitaban dando sus advertencias. Ponían en sus voces acentos dramáticos para mostrar las

devastaciones del huracán, pero la mayor parte de las personas a quienes sus palabras iban dirigidas, no podía escucharlos, porque los campesinos del Istmo de Tehuantepec carecen de receptores de radio. El huracán, sin embargo, con sus vientos veloces, sus ráfagas de agua y el sordo estrépito de las cosas rotas, les estaba hablando mejor que nadie del peligro.

Todo había comenzado cuando sobre la costa del Golfo aparecieron grandes nubes del tipo *cirro stratatus* en forma de plumas, de colosales colas de gallo. Los meteorólogos observaron el fenómeno y avisaron que un huracán venía caminando desde el Noroeste del Caribe. Y, como siempre ocurre, después de los cirros plumeiformes, el viento empezó a azotar los pueblos, las veletas giraban enloquecidas, algunas campanas sonaron bajo la presión de los dedos invisibles y poderosos de las ráfagas, y sus tañidos tenían algo desesperado. Lo primero que cayó fue una parte del campanario de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, en Puerto México. Después le tocó el turno a los cocoteros, víctimas tempranas de los huracanes del trópico. El viento los curvaba como un amante enfurecido, los frutos rodaron por los campos y las huertas, y más tarde, cuando la presión arreció, miles de palmas reales desmochadas, descogotadas, tronchadas o arrancadas de cuajo, quedaron como cosas muertas,

algunas de pie todavía, otras tiradas entre la hojarasca. Los árboles, despojados de hojas y ramas, fingían un invierno extraño, noreuropeo, trasladado al trópico. Humildes jacales campesinos estaban semidestruídos, derrumbados sus techos de paja y ramas. Por el aire volaban petates, sillas, gallinas y hasta perros. Las descargas eléctricas incendiaban los restos amarillos de las milpas ya cosechadas, en medio de un estruendo infernal.

—¡Atención, atención!, seguían diciendo los locutores agitados por el drama que llegaba hasta los micrófonos en forma de una simple hoja de papel escrita a máquina. —El ciclón es un complicado meteoro en el que concurren numerosos agentes físicos, como la ley de gravedad, pesantez, presiones, cambios de densidad, corrientes, etc., aparte del calórico, la luz, la electricidad, el magnetismo... ¡Atención, atención! El ciclón que se desplaza dentro del Istmo de Tehuantepec con dirección al litoral del Pacífico ha causado inmensos daños, todavía no calculados, en Puerto México y Chinameca, Minatitlán y Otiapa, y en los pueblos de Jesús Carranza, Suchil y Saravia. ¡Atención, atención!, habitantes de Matías Romero y Cofradía. ¡Dentro de pocas horas el huracán soplará sobre vuestros pueblos... ¡Atención, atención!

La presión atmosférica bajaba con gran rapidez. Los pueblos que se hallaban en el vór-

tice del ciclón podían estar momentáneamente tranquilos, situados en el espacio central alrededor del cual giraban velozmente los vientos y las nubes arrastradas por ellos. De pronto solían sentirse algunas ráfagas y chubascos, mientras en el mar los barcos se hallaban a la capa. Pero en torno de ellos el fenómeno adquiría un ritmo de locura y en tanto las gentes de esos pueblos veían un cielo azul, no lejos el viento arrastraba cuando hallaba a su paso en su ballet infernal: frutas, animales, atontadasavecillas que no emigraron a tiempo. El remolino atmosférico corría endiabladamente por los campos, confundiendo en sus giros lo vegetal y lo manufacturado, lo animal y la tierra, vaciando gruesos chubascos calientes, tocando campanas, haciendo huir espantados caballos y vacunos, destrozando caminos y líneas ferroviarias.

—¡Atención, atención!, seguía diciendo la radio. El viento ciclónico marcha a una velocidad de cuarenta y cinco metros por segundo. La velocidad media del huracán en los cuatro días que dura ha sido de veinticinco kilómetros por hora, pero en algunas regiones ha alcanzado setenta kilómetros—. Luego explicaba el locutor que en las tempestades giratorias de fines de verano en los trópicos, el aire circula alrededor del centro o vórtice y que debido a la gran velocidad, continuamente está realizando este trayecto una gran masa de aire, desde

fuera hacia dentro del huracán, al mismo tiempo que lo rodea. —¡Atención, atención!... El ciclón se aproxima ahora a la costa del Pacífico, afectando a los pueblos de Ixtepec, Juchitán, Ixtatlepec y Laoyaga. Los círculos meteorológicos opinan que en la madrugada barrerá Tehuantepec y el puerto de Salina Cruz, así como los lugares costaneros de Huilotepec, San Mateo del Mar, San Dionisio del Mar y Santa María del Mar.

—¿Oyes el viento, mi amor?

Mañungo se incorporó sobre un codo y se puso a escuchar. El viento soplaba con furia sobre la ciudad, vibraban los techos azotados por su látigo incesante, y los muros poco sólidos de la casa de Trinidad se estremecían como si estuviera temblando.

Cinco horas antes, cuando se habían juntado en la plaza, escucharon rumores acerca del ciclón. Todo el mundo en el zócalo hablaba de él. La radio se había hecho lenguas de su tremendo embate y la gente repetía alarmada las noticias: extensiones enteras que ayer eran cultivos que sustentaban a las poblaciones del Istmo y cuyos productos se enviaban también a las tierras altas del país, hoy parecían cementerios vegetales con sus árboles derribados, las tierras de labranza arañadas por las uñas iracundas del viento, casas, iglesias y jacales



por el suelo. El caudal de los ríos aumentaba amenazadoramente. La catástrofe abrazaba con sus manos implacables un ancho sector del Istmo. Pero a la hora que los amantes llegaron a la cotidiana cita, el cielo estaba claro y el aire en calma. Deben ser rumores, exageraciones, falsa alarma, pensó Mañungo. Un par de horas después, en un lugar del firmamento aún azuloso, hacia el Nordeste, se observaron relámpagos distantes; pero eso tampoco era raro en el verano istmeño. Después empezaron a azotar rachas de viento y lluvia y el calor disminuyó sensiblemente. Más tarde los relámpagos se habían generalizado y su resplandor incesante iluminaba casi todo el cielo. El viento corría ahora furioso. Las descargas eléctricas explotaban en todos los puntos y una cólera de millones de piedras golpeadas bajaba desde el cielo. Por un momento la batalla en el aire pareció calmarse. Pero ahora de nuevo el viento volvía a la carga, impetuoso y salvaje.

Mañungo saltó de la cama y comenzó a vestirse.

—Me voy, mi hijita, dijo. —A lo mejor en el barco pueden estar pasando cosas y tal vez necesiten a toda la gente a bordo.

Trinidad no replicó. Abandonó también la cama y fue a la cocina a preparar café, para que su hombre saliera con algo caliente en el cuerpo a afrontar el viento, el miserable viento que les interrumpía una noche de amor.

En la calle, el marinero caminó a trancos rápidos hacia el muelle. En el cielo se observaban extraños fenómenos. Los relámpagos habían dejado el paso a una oscuridad completa y la noche estaba, de acuerdo con las expresiones de los novelistas de antaño, como boca de lobo. Meteoros incandescentes descendían con velocidad increíble desde el cielo y caían en quizás qué lugares de la tierra o del mar. —¡Carajo! Mirando hacia arriba, Mañungo se detuvo junto a un grupo de marinos mexicanos que, envueltos en sus relucientes impermeables de hule negro, observaban también el raro cielo que el huracán había creado. Mañungo, que dudaba entre creer o no a sus ojos, vio descender desde lo más alto de la noche oscura un globo de fuego, rojísimo, que a medida que se acercaba a la tierra iba haciéndose más y más grande. Era como si de pronto la luna llena rodara a la tierra vertiginosamente. Al cruzar las capas atmosféricas más bajas, su color se transformó en blanco lechoso y deslumbrante y al tocar el mar —por fortuna cayó en el mar, pensó el marinero— se extendió, como si se hubiera tratado de un metal calentado hasta la fusión, y un vaho nebuloso se alzó del agua.

A bordo había agitación. Dos pequeños barcos que llegaran a puerto el día anterior, habían salido a altamar, a capear la tormenta, dejando interrumpida la faena de descarga, y corrían rumores que uno de ellos había zozo-

brado. Florín Guzmán, investido del mando, vacilaba. El "Albatros" no estaba en condiciones de hacerse a la mar; y habría sido prudente zarpar. No había remolcador que lo sacara de la poza y las averías del temporal que lo sorprendiera durante el viaje aún no se terminaban de reparar. En el dique seco los obreros trabajaban haciendo las planchas de metal para reforzar la estabilidad del trinquete y que los vientos fuertes no hicieran peligrar la tablazón. Salir, era un riesgo claro; quedarse, no dejaba de tener sus peligros. ¿Qué habría hecho el capitán Larsen, se preguntaba Guzmán, en este trance?... ¿Salir, permanecer amarrado al muelle? El agua, en la orilla, estaba inquieta, mucho más agitada que cuando los tiburones merodeaban junto al "Albatros" esperando su ración, pero quizás no había un peligro inmediato.

—¿Qué le parece a usted, piloto?, preguntó a Andrade, el depuesto primer oficial.

—No sé, usted es el capitán... Pero puesto que me consulta, le diré que yo no haría nada. Mantendría despierta a la tripulación, por lo que pueda pasar y, por si la marejada crece, reforzaría las espías.

—Bien, dijo Guzmán, —esa es también mi opinión. —Contramaestre, ordene que se reparta una ración de café con aguardiente a todo el mundo... ¡Que todos suban a cubierta!

El viento, que media hora antes parecía

haberse calmado hasta transformarse en un rumor lejano, había vuelto, alcanzando el máximo de violencia. Muchas luces encendidas en la ciudad indicaban que Salina Cruz no dormía esa noche, por el contrario, velaba esperando con angustia el resultado de la emergencia en que el ciclón la había metido. Todo se estremecía y vibraba, no sólo las pobres casas de los suburbios, hechas de material ligero, sino también las viejas construcciones de los días de oro, de gruesas murallas de piedra. El viento en su carrera arrastraba arenas arrebatadas a las dunas, fragmentos vegetales, trozos de madera, y todo eso iba llenando la cubierta del "Albatros". Más allá de la bahía, un sordo rumor se levantaba del océano.

Un oficial del cuartel de la marina mexicana subió desde el muelle.

—Buenas noches, capitán... ¿Se les ofrece algo en que podamos ser útiles?

—Gracias por la gentileza, oficial, respondió Florín Guzmán, que no podía saber el grado del mexicano, cubierto como estaba su uniforme por el capote de hule. —He decidido esperar, creo que no hay nada que hacer...

—Claro, dijo el otro. —Salir en estos momentos podría ser muy arriesgado.

—Sí. ¿Quiere un poco de café con aguar-diente, oficial?

—Bueno, gracias.

Luego contó que en la ciudad el viento

había hecho de las suyas, arrastrando letreros de tiendas, cornisas de edificios y focos del alumbrado público. Algunos oficiales de la marina, acompañando al Capitán del Puerto, recorrían Salina Cruz para ver cómo podían ayudar a los vecinos.

—¿Hay mucha alarma en la población?

—Existe, claro, un poco de inquietud, pero no demasiada, respondió el marino. —En realidad, al fin de cada verano tenemos uno o dos ciclones y ya las gentes están acostumbradas. Este ha sido más fuerte que los de años anteriores y el viento ha corrido más rápido, eso es todo... Ya verá mañana como todo el mundo anda en la calle como si nada hubiera ocurrido; el cielo estará azul y el ciclón será sólo el recuerdo de una noche sin dormir... Todos los años pasa igual...

—Si en algo podemos servir, oficial, dijo Florín Guzmán, —le ruego haga saber a las autoridades que la tripulación y los oficiales del "Albatros" se ponen a su disposición.

—Gracias. Se lo diré a mi capitán Ruiz... Se bebió lo que le quedaba del café y encendió un cigarrillo; disponiéndose a bajar a tierra. —Gracias por el café, estaba muy reconfortante.

Al amanecer, la tempestad se resolvió en una lluvia tan impetuosa y cerrada, que no permitía ver a un metro de distancia. Gruesa, pesada y fría, la lluvia azotaba las casas y el

mar y barría todo el polvo y los detritus traídos por el viento, de la cubierta del "Albatros", cuyas escotillas fueron cerradas a macha martillo. Venía tan furiosa el agua, que hería, golpeaba y cerraba el paso al día naciente, prolongando la oscuridad de la larga noche. Cataratas de agua bajaban a borbotones por las calles, alentadas por la pendiente, arrastrando cuanto encontraban en su camino, aún el propio pavimento de pedregullo de las calzadas que dos meses antes, al ser apisonado, había llenado de satisfacción al pueblo y de orgullo a su presidente municipal o alcalde. El estrépito que formaba el aluvión hacía asomar pálidos rostros con sueño a las ventanas. ¿Qué podría quedar después de todo eso, sino unas calles desiertas, secas, llenas de hoyos y estrías?

—¡Atención, atención!, seguía diciendo la radio. —Después de azotar Tehuantepec, Salina Cruz y la costa Oeste del Istmo, el cuerpo de la tormenta se aleja hacia el mar, dejando ruinas, desolación y miseria. Un breve e incompleto balance de este azote inesperado de la naturaleza muestra cosechas perdidas, campos arrasados, miles de árboles en el suelo, enormes trechos destruidos en la vía férrea del Istmo de Tehuantepec, aeródromos borrados y puentes arrancados de sus soportes y precipitados por el caudal en las aguas de los ríos Papaloapan y Tehuantepec.

Pero aún no llegaban a las radios noticias

del éxodo de los campesinos que todo lo habían perdido con el ciclón: sus cosechas, sus casas, sus animales y algunos hasta sus hijos. Desde el monte, largas caravanas de inditos, sus mujeres y sus niños, bajaban hacia los pueblos de la costa. La desolación los arrancaba de los lugares donde habían nacido y donde habían vivido siempre, cuidando amorosamente la pródiga tierra del Istmo, para buscar ayuda. Las caravanas bordeaban las laderas de los cerros todavía mojados por el agua del temporal. El éxodo era sólo una etapa. Ellos regresarían, sólo querían relatar colectivamente, como se hacía en los campos mexicanos desde que Emiliano Zapata empezara a repartir la tierra al frente de su ejército agrarista, la tragedia que habían vivido en esas horas aciagas. La resistencia había sido tenaz y heroico el gesto del hombre, de no apartarse de su sacudida tierra, mientras existiera una raíz a la cual agarrarse. Pero el viento no había dejado ni raíces: las casas en el suelo, las palmas reales destruidas, las cosechas arrasadas, los animales dispersados o muertos por la tempestad.

Las caravanas bajaban lentamente, pantalones blancos, camisas blancas, sombreros de petate, faldas oscuras, azules o grises, huipiles blancos, pies desnudos pisando la tierra en la cual la garra del huracán había dejado sus signos de miseria y espanto. Era el momento de la ayuda y la solidaridad. Las autoridades

no tendrían más remedio que auxiliar a esos centenares de hombres que bajaban paso a paso por los caminos, en busca de semillas, de alimentos, de herramientas, de animales, para empezar otra vez su vida, pegados al rostro negro y verde de la tierra, su madre inmensa.

Y con los dramáticos balances de la radio y el renacer del tiempo normal, del cielo azul y del mar en calma, un inmenso panorama de desolación quedó a la vista, en el que se confundían los aeródromos destruidos por el aluvión, los barcos naufragos, los caminos quebrados, los caseríos desaparecidos y una cantidad de cosas flotando entre las olas, que después fueron a depositarse en la playa, donde formaron extraños montones, jirones de velas, tablas, due-las, barriles, cabos, botellas y también una que otra prenda de vestir: quizás un jersey azul o un gorro de marineró.

A las diez de la mañana todo peligro parecía haber pasado. El ciclón estaría lejos, quizás deshaciéndose, desbaratándose después de tanta violencia, a considerable altura, sobre el Océano Pacífico. La lluvia había cesado, pero el estruendo de tierras y piedras arrastradas y vaciadas en el mar por el aluvión, persistía. El cielo tendía a aclararse y a mediodía, el sol comenzó a mandar dorados y repentinos mensajes. La marejada había decrecido y a esa hora



Florín Guzmán mandó a sus hombres a dormir, postergando la limpieza de la cubierta, pues la lluvia no había bastado para arrancar la capa de polvo y arena. Los marineros marcharon a proa, donde Anastasio Gamboa los esperaba con su olla de café.

—Se fue el ciclón, dijo el cocinero alegremente, limpiándose una mano en el maculado delantal—. Tómense una taza de café, niños, antes de irse a dormir.

Diez hombres sentados en torno de la larga mesa mostraban en sus ojos enrojecidos de cansancio, en sus rostros amarillentos, donde la patilla se insinuaba sucia y azul, las huellas de la noche en blanco. El Chilote entró con su capote de mar en la mano, lo depositó cuidadosamente en el banco común y se sentó junto a sus compañeros.

—¡Puchas el huracán bravo!, dijo—. A mí me tocó una vez en el mar de China un tifón parecido, pero no como aquí, con el barco amarrado al muelle. ¡Ahí sí que se bailaba, ñatos!

—El viento corría anoche a una velocidad tremenda, apuntó el contraamaestre Mendoza—. ¡Y luego la media lluvia que cayó!... Yo he visto llover fuerte en Temuco, en Talcahuano, en Valdivia, en Puerto Montt... Pero esta lluvia se pasó de la raya... El agua sonaba como peñascazos en la cubierta.

Mañungo Robles, medio adormilado, había encendido un cigarrillo. Su pensamiento esta-

ba ocupado por el recuerdo de Trinidad, como la había visto la noche anterior, y todas las noches, desnuda, como una oscura flor esplendorosa. La muchacha cada día era un problema mayor para él. El solo pensamiento de dejarla, de separarse de ella, se le hacía insupportable. Y las horas empezaban a hacerse breves, como suele ocurrir con los últimos días en una ciudad, en un puerto, en cualquier parte. A bordo no era un secreto para nadie que Larsen se había despedido para siempre.— Lo echaron, había dicho el Chilote, que siempre parecía estar más enterado que los otros. Luego agregó que se hallaba en Veracruz esperando un barco que había de llevarlo como pasajero a Valparaíso. Otro capitán venía en camino, los problemas del “Albatros” serían arreglados en pocos días y entonces la hora de partir habría sonado.

—A mí no me vengan a hablar de temporales, dijo el cocinero Gamboa, que se había incorporado a la tertulia de la mesa—. ¿Alguno de ustedes ha navegado en las goletas langosteras que van a Juan Fernández?... ¡Eso sí que es moverse, mi alma! Los temporales que conocí a bordo de esas cajas de fósforos no creo que vuelva a pasarlos... Alentado por las miradas de algunos tripulantes, se embarcó definitivamente en su historia. —Una vez íbamos en la “Berta”, de regreso de la isla, cargados hasta los topes de langostas, cuan-

do nos agarró una tempestad. Mandaba la goleta el piloto Yáñez, que después murió en el naufragio del "Arequipa" y éramos cinco hombres de tripulación. Era mi primer viaje en la "Berta" y nunca había bailado tanto como ese día... Montañas de agua se nos venían encima y parecía imposible que la goleta no fuera a quedar sepultada. Y nada, seguía flotando como un corchito... Pero el agua barría la cubierta y estuvo a punto de sacar a un hombre; si éste no se agarra firme de la borda, de donde quedó colgando con el cuerpo hacia el mar, mojado como una diuca, les aseguró que no hubiera podido contar el cuento...

Mañungo no notó que su cigarrillo se había consumido casi por entero, hasta que se quemó las yemas de los dedos. Tiró la colilla y encendió otro. Su decisión de volver en el "Albatros", que tantas lágrimas había arrancado de los ojos negros y achinados de Trinidad, comenzaba a flaquear a medida que los días pasaban. Su vida junto a ella era lo mejor que le había ocurrido en sus veintidós años. Irse... ¿Cómo? ¿Cómo vivir esos cuarenta o cincuenta días que duraría el viaje, sólo, sin ella, sin pasar la mano por sus cabellos, sin sus pómulos levantados, tan hermosos, tan suaves cuando se les tocaba con los labios?... ¡Y luego, allá, en Valparaíso, qué solo, que vacío sería todo sin Trini!

—¿Quieres más café?

—¿Qué? Lo había sorprendido la voz del Chilote.

—¡Si quieres otra taza de café, hombre!... Este, comentó el viejo marinero socarronamente, —ya parece que estuviera siempre en la luna... ¡No es para tanto, Mañungo!

—Bueno, bueno, dame más café.

Anastasio Gamboa seguía su relato, que algunos escuchaban sin quitarle la vista de encima.

—Yo me imaginaba, siguió, —que el difunto piloto Yáñez iba a empezar a maniobrar, a izar y bajar trapos y, en fin, a hacer todo lo que se hace en los temporales... ¡Nada de eso, niños! El piloto ordenó arriar todas las velas y los dos palos quedaron desnudos, nos dijo que nos metiéramos en la cámara y mandó cerrar a machote las escotillas... —Gamboa, me ordenó, échate a cocer una docena de langostas. Media hora después espezamos a comernos el cargamento y a tomar vino blanco a destajo... Los platos y los vasos saltaban y rodaban por el suelo y a veces hasta nosotros mismos saltábamos de las sillas, con la violencia del temporal. Algunos estaban pálidos, a otros se les descompuso el estómago y la devolvieron ahí mismo... Sólo el piloto Yáñez parecía enteramente tranquilo. Partía las patas de las langostas y las chupaba con glotonería. Después, de una sentada, se echaba al cuerpo media botella de vino. Así seguimos hasta que los

niños, medio curados, se fueron quedando dormidos. Yo me aguanté hasta el último; no quería que me venciera el sueño y despertar después en el fondo del mar, pero había tomado tanto vino, que no supe cuando se me cerraron los ojos... Y el bailoteo seguía, y el barco a la deriva, sin timón, sin velas ni nada. Estuvimos varias horas durmiendo... Cuando yo desperté y salí a cubierta, el sol estaba alto y el tiempo calmadito. Fui a buscar a los otros gallos, que dormían entre los vidrios rotos de las botellas y desperté a Yáñez... A buena hora nos habíamos recobrado, porque estábamos casi encima de la costa... ¿Pero saben a dónde habíamos ido a parar? Más al norte de Coquimbo... El piloto, con el cuerpo malo, se tomó varias copas antes de subir a cubierta. Parecía muy ufano de su original manera de capear los temporales... Total, como el viento es gratis, izamos las velas, pusimos proa al sur y llegamos con dos días de atraso a "Pancho"...

—¡Puchas los gallos!

—Parece mentira que no naufragaran...

Hubo algunos bostezos. El cocinero, feliz con la admiración que su aventura había causado, tomó su olla de café y salió.

—¡Bueno, a dormir, niños!

Uno a uno fueron abandonando el comedor de proa. Mañungo estaba abatido, nervioso; pero el sueño se le había escapado. Tenía mucho que pensar, mucho que meditar y allí se

hallaba, con los codos apoyados sobre la mesa, donde los cuchillos marineros habían grabado iniciales, nombres de mujer, fechas y escandalosas anatomías. Los ojos del muchacho parecían no ver, como sus oídos parecían no oír la charla del Chilote, sentado frente a él.

—...y Mario, el grumete, se puso ayer los zapatos que le fondeó al capitán Larsen. Había que ver cómo los buscaba antes de partir y las cosas que dijo. Sólo que el cabro parecía *tony* con las tremendas chalupas del gringo... Bueno, ¿no te vas a dormir, Mañungo?

—No tengo nada de sueño... ¿Y tú?

—Yo tampoco. Podemos conversar un rato, pero tú parece que estuvieras pensando en otra cosa... ¿La morenita?

Mañungo lo miró a los ojos. Sus relaciones con Trinidad eran conocidas por todos en el "Albatros", pero los compañeros, con la fina delicadeza del pueblo, habían notado que eso era algo más que una simple entretención de aquellas que los marineros buscan habilidosamente en todos los puertos, y se abstendían de hacerle bromas o chirigotas. Ni siquiera le mencionaban a la muchacha, con la cual lo veían reunirse cada noche en la plaza. Por eso a Mañungo la pregunta le pareció rara. Pero el Chilote no era hombre capaz de burlarse de él, quizás querría sólo darle un consejo. ¿Por qué no confiarse a él?

—Sí, dijo sencillamente, —la morenita, Chi-

lote, es lo que me preocupa. Dentro de pocos días saldremos de vuelta para Chile y creo que me va a costar mucho... dejarla.

Lo había soltado todo de golpe y se quedó esperando con ansiedad lo que el otro iba a decir.

—Claro, ya sé, Mañungo, hay cosas difíciles; yo también fui joven y tuve problemas. Todos los marinos los hemos tenido... Pero hay que tener carácter y saber ponerle el hombro a las cosas... Si tú miras a esos gallos de la tripulación, con lo brutotes que parecen, que se ríen de todo, te aseguro que cuál más cuál menos, todos han tenido alguna vez que pasar momentos parecidos, abandonar a una mujer en cualquier parte...

—Pero es que tú no sabes...

—Sé, Mañungo... A tu edad, siempre uno cree que sus cosas son distintas, que sus amores son más serios que los de los demás y que la mujer que uno quiere es diferente, es única... Pero los que han vivido más, saben que no es así. No te olvides que por la edad puedo ser tu padre...

Se calló. A un hombre de mar suele parecerle que las escenas en que los sentimientos brotan demasiado torrenciales rebajan la dignidad varonil. El Chilote medía cuidadosamente sus palabras.

—Todo tiene su compensación, Mañungo... Claro que vas a dejar un amor, pero

también vas a encontrar algo en Valparaíso, ¿no es cierto? Allá está tu mamá, tu hermana, tu tierra... ¡Es re lindo Valparaíso! ¡Yo tengo unas ganas de llegar, de ver a mi mujer, a mis hijos!... No te niego que estoy bien cabreado aquí, en este puertecito aburrido, con un calor salvaje, sin hacer nada... ¡Cuánto mejor estaría allá en Valparaíso, con mi mujer y mis chiquillos!... Aquí nos asamos vivos, ya no hay nada que ver, nos sabemos de memoria todo... Del buque a la plaza, de la plaza a la cervecería Juárez, de la cervecería Juárez a esa especie de figón con mujeres, con putitas de trece años, donde los niños suelen entretenerse... Tú no has ido nunca ahí, Mañungo, de lo que me alegro... Da pena verlas, tan cabritas y ya metidas en la vida... En cambio, Valparaíso, ese sí que es grande...

—Sin embargo, dijo el muchacho, —reconociendo todas esas diferencias, me gustaría quedarme aquí. Allá estoy solo, aquí tengo a Trini...

—¿Desertar para quedarte?... ¡No, Mañungo, tú no serías capaz de hacer eso... Eso es feo, es quemarse... Yo comprendo que a muchos marinos les suceda quedarse en un puerto... Se emborrachan, les roban los documentos o la plata, caen en emboscadas, pierden el barco... Pero quedarse a voluntad, fríamente, por una mujer, eso no se hace... Si todavía no conoces el mundo, Mañungo! ¿Qué



conoces?... ¿Qué escala hicimos?... Ninguna. Salina Cruz, un puertecito insignificante, medio muerto, sin ningún ambiente... Dicen que antes era macanudo, pero lo que es ahora... No, Mañungo, el mundo te está esperando... En Valparaíso, en San Francisco, en Marsella, en Buenos Aires, en tantísimas partes... ¿Para qué echarte a morir?

El Chilote, pensó Mañungo, no comprende mi problema. Cree que Trini es como cualquier otra. No sabe que la quiero.

—La quiero, dijo.

—Claro que la quieres, eso se ve a la legua, si no, no estarías tan preocupado. Pero lo que yo te digo es que en la vida hay muchos cariños y hay muchas mujeres para cada hombre.

La conversación fue interrumpida por el grumete. Mario se había quitado los enormes zapatos de Larsen, que reemplazó por sus zapatillas blancas, de lona. El muchacho parecía haber cobrado una personalidad distinta desde que el capitán Larsen abandonara el “Albatros”. Ahora se sentía seguro. Los tirones de oreja y las cotidianas injurias no eran ya otra cosa que un mal recuerdo.

—Chilote, dijo Mario afectando un aire misterioso, —tengo en el buche una noticia que a usted le gustaría conocer.

—Lárgala, pues...

—Sí, pero que nadie sepa que yo la he dicho. No quiero que Guzmán me castigue...

—Menos palabrería y venga la noticia.

—Se trata de un telegrama de México, dijo el grumete.

Los inteligentes ojos del Chilote se iluminaron.

—No te vengas a tirar carriles conmigo, dijo. —No hay telegramas, porque el telégrafo está cortado. El viento botó los postes...

—Compusieron la línea esta mañana, Chilote. Yo mismo lo traje hace media hora, cuando fui a buscar la correspondencia a la compañía...

—Bueno, ¿y?... ¿Qué hay con el telegrama?

—Leí el telegrama cuando el piloto lo dejó en la mesa de la cámara. El capitán Barrientos ya salió para acá.

El Chilote se había levantado de un salto.

—¡Barrientos!, exclamó. ¡Ese sí que es capitán! Lo conozco, es de Castro, chilote, como yo... He navegado varias veces con él. Hombre duro, pero de buen corazón, no como el gringo Larsen. ¡A ver, Mario, llámate a Gamboa y al contraamaestre! Hay que darles la noticia.

La excitación crecía. El cocinero había navegado también con Barrientos, cuando éste era piloto del "Margarita". Apareció el contraamaestre Mendoza y poco a poco fueron llegando nuevos tripulantes, algunos en camiseta y calzoncillos, todavía medio dormidos. La nueva valía la pena. Barrientos era un hombre de

ellos, un marino chilote que había empezado fregando cubiertas e izando trapos en las pequeñas goletas de Chiloé, construídas a golpe de hacha, que van a las Guaytecas a recoger los grandes troncos de la húmeda madera de las islas. Todos conocían su estampa, su porte achaparrado pero recio, sus cabellos negros, gruesos, empecinadamente adheridos a la cabeza, sus ojos pequeños y oscuros, vivos, chispeantes, severos a veces, alegres otras.

—Barrientos es todo un hombre, dijo el contramaestre. —Yo creía que había jubilado. No sabía que todavía navega.

—¡Con don Pancho Barrientos, a cualquier parte!

Para Mañungo la noticia tenía otro significado. El no conocía al capitán Barrientos, más aún, hasta ese momento ignoraba su existencia. Pero su llegada anunciada por telegrama equivalía a un rápido zarpe, a dejar Salina Cruz en demanda de Valparaíso, a abandonar, quién sabe por cuánto tiempo, a Trinidad.

## VI

### *El capitán Barrientos*

EL GESTO AMARGO, LA mirada perdida, su mano apretando el brazo moreno y sensual de Trinidad, Mañungo marchaba por las calles que el sol había empezado a secar, después del huracán. Las huellas del ciclón eran palpables en las calzadas peladas, rotas, llenas de largas grietas longitudinales. Había letreros comerciales caídos en el suelo, murallas remojadas que se habían desmoronado y gentes que bajaban del monte para buscar recursos con qué reconstruir sus jacales arrasados y reemplazar sus animales muertos y sus cosechas perdidas. De las playas volvían chiquillos con botellas, cajones, trozos de duelas que había arrojado el mar para que se dedujera el nombre de los barcos que sufrieron el azote

del huracán... Muchas casas se habían inundado en Salina Cruz y todos hablaban de la noche de terror que el pueblo viviera. Pero en el corazón de Mañungo Robles no existía sino amargura, todo lo demás había sido olvidado con la misma celeridad con que el huracán pasó sobre su cabeza. Él pensaba en el regreso, ese era el fantasma que se incubaba en su corazón enamorado. Trinidad, sin que él se lo hubiera dicho, comprendía cuanto pasaba. Sus grandes ojos oscuros caían sobre la cara pálida del trasnochado, pero los ojos de Mañungo no le devolvían su mirada tierna, empecinados en apuntar hacia una distancia incalculable, invisible. Los charcos reflejaban las estrellas del cielo de fines de verano, que se habían ocultado por una noche entera para dejar paso al viento eufórico y a la espantosa lluvia. Los cables rotos de la corriente eléctrica habían sido reparados en parte y algunos focos se encendieron en las calles del desastre.

Las palabras sobraban. ¿A qué hablar? Trinidad lo había descubierto en los ojos de él en el mismo momento que se encontraron. Lo único que ignoraba era la fecha de la salida del "Albatros". Nada más. La forma en que Mañungo oprimía su brazo era tan elocuente como un dilatado discurso.

—Es desesperante, dijo el marinero. —Es desesperante, Trini... Recordaba las palabras del Chilote. No podía quedarse. Pero no podía

irse tampoco, romper tantos nudos, abandonar tanto amor. Trinidad callaba empecinadamente. —¿Qué hacer?

—¿Cuándo saldrá el barco, Mañungo?

—No se sabe todavía, pero el nuevo capitán ya partió de México para acá. Tal vez zarparemos la próxima semana. El brazo de ella se estremeció y Mañungo sintió que por sus dedos pasaba algo como una corriente eléctrica.

Se sentaron en un escaño de la plaza casi desierta. Parecían un par de colegiales desamparados, él duro el gesto por la amargura, ella, callada, con una tristeza que nublaba el brillo de sus ojos. Casi no podían hablar. ¿Qué decirse? Quizás a Mañungo le habría gustado que Trinidad le rogara que no se fuera, que desertara, pidiéndoselo con sus ojos rebosantes de lágrimas; quizás le habría gustado que lo alentara, que lo animara a partir serenamente, como un hombre, segura de que algún día, tarde o temprano, habría de volver. Pero Trinidad callaba obstinadamente, pensaba en su madrina bruja, en el nahualli, en el botón de rosa que se había abierto a un conjuro y que, puesto bajo la almohada, la noche de aquel domingo, había llenado la atmósfera del humilde cuarto de un suave y persistente olor.

—Bueno, dijo el contraamaestre Eufemio Mendoza a sus compañeros reunidos en la cervecería Juárez, —esto que nos ha pasado con Larsen nos deja una buena experiencia... Si no la aprovechamos es que somos un montón de tontos: hay que unirse, niños, unirse firme, fuerte, duro contra el abuso. Es la única forma de que nos respeten. Si no, si andamos cada uno por su lado, estamos jodidos.

Toda la tripulación, excepto los hombres que se hallaban de guardia en el barco, estaba allí, sacándole el cuerpo al calor, bebiendo la cerveza de cada noche: el Chilote, el carpintero Segundo Núñez, Aguirre, el lamparero, Andueza, Robles.

—Pero con don Pancho Barrientos será distinto, aseguró el Chilote. Ese es un marino de cepa, un capitán con agallas, un buen roto chileno...

—Claro, es posible que con don Pancho no tengamos conflicto, apoyó el contraamaestre. —Todos lo conocemos: no es caprichoso ni le pega a la injusticia, como Larsen... Pero aquí no se trata de un hombre o de otro hombre.

Bajo la mirada interrogante de sus compañeros, Mendoza pareció vacilar. Luego cogió su botella y llenó el vaso de cerveza.

—Sí, muchachos, afirmó, —no se trata de hombres, sino de clases... ¿Qué es eso? Es muy sencillo: todos los capitanes de todos los barcos que navegan en el mundo son representantes

de los dueños de esos barcos, mientras nosotros somos los que trabajamos para ellos. Los capitanes cuidarán siempre de que los gastos del viaje no suban, aunque los tripulantes nos matemos trabajando, si ello es necesario, para ahorrarles un diez a los patronos... Algunos son mejores que otros, de eso no hay duda. ¿Cómo vamos a comparar a don Pancho Barrientos con el gringo Larsen? Por supuesto que no... Uno es calmado y respeta a su gente; el otro nos odia porque no le lustramos las botas... Pero los dos son representantes de las compañías y estarán con ellas y contra nosotros el día que tengamos cualquier conflicto, aunque no pidamos más que un peso de aumento en los salarios...

El Chilote lo miraba con ojos muy abiertos.

—No te entiendo, Mendoza, dijo—. Don Pancho es querido por todos los que han navegado con él...

—Claro, porque personalmente es un hombre de buenos sentimientos, que no odia a nadie ni está inflado de orgullo por el cargo que desempeña... Pero es igual, Chilote... Perteneces a la otra clase, no a la nuestra.

Mañungo Robles procuraba entender lo que decía el contramaestre. Su mente luchaba entre sostener la imagen de Trinidad o dar cabida a las palabras de Eufemio Mendoza. Habría querido aventurar una pregunta, pero no



sabía cómo formularla, cómo darle cuerpo y expresión. Pero el Chilote se le adelantó.

—¿Entonces tenemos que mirar a don Pancho Barrientos como un enemigo?

—Personalmente no, respondió el contra-maestre. —Desde el punto de vista de las clases, los patrones siempre están contra los trabajadores y siempre que puedan, les sacarán el jugo... ¿Qué es lo que deben hacer estos? Unirse, viejo, unirse entre ellos y con todos los demás trabajadores...

—¿Los marinos..., con los otros?

—Claro, pues, Chilote.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros, por ejemplo, con los tranviarios?, replicó el Chilote. —Ellos manejan carros, nosotros manejamos barcos...

—Lo que tenemos que ver es que a ellos y a nosotros nos pagan poco, nos tratan mal y los dueños de los tranvías y los barcos se llevan la parte del león. Se aprovechan de todos los beneficios, nos estrujan y cuando no podemos servirles más, porque ya estamos viejos o enfermos, nos dan una patada en el culo y se acabó...

—Es cierto, eso es cierto, dijo el Chilote. Te encuentro razón, Mendoza, ¿pero qué diablos hacer?

—Ya te lo dije: unirse. A uno y a dos, pueden jodernos, pero cuando todos los que trabajan en el mismo oficio están de acuerdo y se

ponen firmes, es más difícil vencerlos, viejo. Son ellos los que dictan las condiciones. Si yo no quiero trabajar —supongan que me declare en huelga— me cambian por otro, es muy sencillo; pero si todos los marítimos se niegan a mover los barcos, ¿qué pueden hacer las compañías? Respetarnos, pagarnos nuestro trabajo en lo que vale, darnos un tratamiento mejor y no obligarnos a soportar jefes como el capitán Larsen, ¿entiendes, Chilote?... ¡Salud!...

Bebió un largo trago. La posición de su gran cabeza echada hacia atrás permitía ver, brillante y estirado, el surco de la cicatriz que le dividía la frente en dos partes, recuerdo de sus primeras experiencias a bordo, una caída desgraciada por la escotilla.

Mañungo escuchaba con un interés que era incapaz de disimular, borrado ya el recuerdo de su muchacha. Ahora era otro sentimiento el que lo sacudía. Las frases de Mendoza iban abriéndole los ojos a algunas vagas verdades que tal vez siempre había sabido, pero de un modo embrionario, y que jamás se habían formulado con tanta claridad. Ahora las cosas se le aparecían con la nitidez de lo que no admite réplica. El, Mañungo, había sido obrero de una fábrica y un día el patrón lo echó a la calle porque no recibía azúcar, que era la materia prima con que se trabajaba. ¿Y el patrón? ¿Se iría también a vagar por el puerto, buscando algún trabajo ocasional cualquiera? No, porque

él tenía muy guardaditas en el banco las ganancias de la fábrica... ¡Y Mañungo nunca había pensado siquiera en eso, hasta ahora que las palabras del contraamaestre se lo hacían ver! Y su hermana Inés, ¿no se sacaba los ojos trabajando en un taller de modas? ¿Cuánto le pagaban? Y su madre, ¿no tenía que lavar ropas ajenas para mal vivir?

—Contraamaestre, dijo el muchacho, —le agradezco lo que ha dicho. Para mí ha sido una gran lección, que me ha abierto los ojos... Ahora veo muchas cosas que antes no veía...

—Y yo, exclamó el Chilote, —miren que venir a ver esto después de tantos años de trabajo, de... explotación—, agregó, usando tímidamente la palabra. —¡Venir a saber esto en Salina Cruz, por la chupalla! ¿Pero qué es lo que tenemos que hacer, Mendoza? Tú dices unirnos... Bien, ya estamos unidos... ¿Y qué?

Mendoza sonrió.

—Unirnos todos, Chilote, formar sindicatos y volver a unirnos, todos los sindicatos.

—¡Bravo! Formaremos los sindicatos maquinistas, telegrafistas, marineros, lancheros... ¿Los lancheros también, Mendoza?

—Todos, todos...

La taberna estaba llena. Después del ciclón, el calor había vuelto, como despidiendo al verano en forma tal que su recuerdo perdurara al rojo. El termómetro del "Albatros" marcaba 40,2 grados la última vez que Eufemio Mendoza

le había echado un vistazo. En el mesón se bebía tequila, cerveza, mezcal y el pulque lechoso y baboso que se extrae de los magueyes. Cerca de allí, una marimba tocaba la zandunga, que los marineros chilenos habían aprendido de memoria y que coreaban a veces con los clientes mexicanos de la cervecería Juárez:

*Trópico cálido y bello,  
Istmo de Tehuantepec,  
música de una marimba,  
maderas que cantan con voz de mujer*

—A ver, Lupita, tráigame una torta.

Habían tenido que habituarse a la nomenclatura mexicana de los alimentos, lo cual no había sido difícil en sus cuatro meses de Salina Cruz: torta por sandwich, frijoles en vez de porotos, blanquillos en lugar de huevos, chícharos por arvejas, jitomate por tomate y chile por ají. Los mexicanos los miraban con simpatía y algunas veces confraternizaban con la gente del "Albatros" en los bares, en las calles y en el figón donde solían acudir por las noches. Casi todo el pueblo conocía la historia del velero, el conflicto de los tripulantes con Larsen, el reemplazo de este por un nuevo capitán y la inminente salida del barco.

Los chilenos habían pasado a contar, a significar algo, un elemento extraño pero simpático en la vida de la población, entre las mu-

¡eres, en las fiestas, en la jarana, en los bailes. Era un espectáculo más o menos común en las cantinas del pueblo que Aguirre pidiera prestada la guitarra a un mariachi y se lanzara a cantar “La Palomita”, “El martirio”, “Así es mi suerte”. Las canciones gustaban a los mexicanos por su melancolía y a los chilenos por la ola de recuerdos lejanos que sus notas hacían acudir. Cuando Eufemio Mendoza o el Chilote andaban con ellos, los marineros del “Albatros” eran hombres tranquilos, un poco bulliciosos y alegres, pero no de temer. Cuando los más jóvenes se iban solos al figón, que quedaba a espaldas del pequeño mercado, solían ponerse belicosos, peleadores, principalmente después de unos cuantos tragos. Pero nunca las cosas llegaban muy lejos. No hubo quejas ni borracheras demasiado sonadas.

—Tres cervezas más, Lupita. Y una torta con guacamole. Esto querría decir un sandwich de carne con una salsa hecha de palta molida, cebolla, tomate, aceite y ají, cálida y picante como el demonio.

—Bueno, ¿quién diablos vio el famoso telegrama de México?, preguntó Aguirre. —¿Lo viste tú, Chilote?

—No, pero lo leyó Mario.

—¿Y decía que don Pancho ya había salido para acá?...

—Claro, eso decía.

—Es que yo me pregunto cómo demonios

puede haber salido, en qué... La radio ha dicho muy claro que el puerto aéreo de Ixtepec está hecho pedazos y todavía no pueden aterrizar aeroplanos... Por otro lado, la línea del tren está como las huifas. El ciclón la cortó como en veinte puntos distintos...

—De veras...

—A no ser que se haya venido a pie, dijo Aguirre, —no sé cómo va a llegar don Pancho.

—¡Bah!... El Chilote no había perdido la fe en su antiguo capitán. —Barrientos se las arreglará de algún modo. No tengan cuidado, que llegará. Además, la línea no va a quedar cortada para toda la vida... Alguna vez tendrán que arreglarla, lo mismo que el campo aéreo... ¡Salud!

—Muy bien, niños—, el contramaestre apuró la cerveza que le quedaba en la botella y se levantó, —el que se vuelva a bordo, que me siga. Tendremos que seguir hablando de lo mismo, ¿verdad, muchachos?

—Yo me voy contigo. El Chilote abandonó su silla.

—Yo también.

—Yo voy a dar una vuelta a la plaza...

—Sí, a la plaza, dijo el Chilote con tono socarrón. —Al figón querrás decir...

La tripulación se dividió en dos grupos. Mientras los mayores regresaban a bordo, los otros tomaron el camino del prostíbulo que el Chilote llamaba con el añejo nombre de figón.

Era un barracón con el techo raleado, a través de cuyos huecos se veía el brillo de las estrellas. En un extremo tocaba toda la noche un conjunto de incansables mariachis. Los marineros sacaban a sus parejas, bailaban con ellas, las convidaban a una cerveza o a un vasito de tequila, que ellas tomaban con sal y un trozo de limón. Después, entre baile y baile, se trababan en las mesas largas y excitadas conversaciones en las cuales se evocaba a Chile, a Valparaíso, a las familias lejanas, a mujeres amadas. Cuando se hablaba del "Albatros" no tardaban en salir a bailar en los diálogos el capitán Larsen, Florín Guzmán, el contramaestre, Anastasio Gamboa, amigos y enemigos, la disciplina, el atraso en la paga, la falta de carga para el regreso... Las muchachas se aburrían, bostezaban, terminando por huir mentalmente del lugar. Pero los marineros chilenos eran buenos clientes, bebían hasta tarde o hasta que se les acababa el último peso. De pronto uno de ellos se levantaba, atravesaba el salón y desaparecía, seguido de una mujer, por una puerta pequeña, sita junto al lugar ocupado por los mariachis. Más allá había un pabellón compuesto por pequeñas habitaciones tan desoladoramente tristes, que a no ser porque se ocupaban casi en la oscuridad y para una función breve, nadie habría podido soportarlas: un maltrecho catre con ropas sucias, sobre el piso de tierra, un mueble, cómoda o tocador, donde permanentemente ardía

una mecha en la lamparilla de aceite ante la venerada imagen de la virgen de Guadalupe, una silla de petate donde quedaban tirados, arrugados, los pantalones del hombre y el delgado, el breve vestido de la mujer.

El capitán Barrientos no llegó por el aire ni por tierra. Sorprendiendo a los tripulantes del "Albatros", al agente de los armadores y a cuantos lo aguardaban, llegó por mar. Una mañana de comienzos de octubre se vio entrar en la poza y atracar al muelle, a no más de ciento cincuenta metros del velero, a un guardacostas de la armada mexicana, el G-9, pequeño, ligero y gris. Con agilidad de gato, el capitán Barrientos saltó desde la borda al muelle, vestido de negro, pero con sombrero blanco de Panamá. Detrás de él saltó el cónsul Alberto Morán y después de éste, el teniente Valencia, comandante del G-9. Un marinero se dejó caer luego al muelle y recibió dos maletas que le tendían desde el barco. Algunos oficiales mexicanos se aproximaron rápidamente a los recién llegados. Hubo saludos y presentaciones. La mayoría de ellos conocía a Alberto desde su primer viaje.

—Traje al cónsul y al capitán Barrientos por instrucciones especiales de mi general Prado, dijo el teniente. —Tengo que zarpar de



inmediato, pero necesito que me aprovisionen de combustible.

El teniente Valencia ignoraba cómo se había originado ese viaje repentino. El sólo cumplía órdenes. Pero en Acapulco, en cuya bahía su barco se hallaba de guarnición, había visto vagar por los muelles, por las calles, o sentados a las mesas de los cafés, al viejo capitán y a su compañero, con apariencia indecisa, como buscando algo. Buscaban en qué trasladarse a Salina Cruz. No quedaba otro recurso que el barco. Cortadas como estaban las vías ferroviarias e interrumpido el tránsito de aviones, Alberto había pensado que acaso les fuera posible viajar en algún barco de los que llevaban socorros a los lugares del Istmo arrasados por el huracán. Pero esas naves ya habían partido. En uno de sus desesperados paseos por el luminoso balneario de aguas transparentes cruzadas por eléctricos peces azules, se había encontrado con el ministro de Marina, el viejo general Prado, cuyos cabellos blancos coronaban una cara de piel aceitunada. Andaba en visita de inspección por los cuarteles y los barcos de la escuadra, vestido de civil, traje de *Palm Beach* y el clásico sombrero tejano de alas anchas y delgada cinta, de los políticos de México.

—¿En qué anda por aquí, cónsul?, le preguntó familiarmente.

—Buscando en quéirme a Salina Cruz,

ministro. Hay un barco chileno esperando a su nuevo capitán y tengo que ir a instalarlo. Estoy desesperado, no sé cómo llegar...

El general consultó en voz baja con uno de los oficiales de su comitiva. Luego sonrió a Alberto.

—No hay que desesperarse, mi amigo. Yo lo mandaré dejar... Esta noche puede salir en un guardacostas. Póngase de acuerdo con el teniente Valencia, del G-9... Ya le daremos nosotros las instrucciones.

—Ministro, no sé cómo...

—No, no, cónsul, no me dé las gracias. Imagínese con qué placer le presto este pequeño servicio.

El pequeño servicio era simplemente un barco, un veloz barco gris con su identificación, G-9, pintada de negro en el casco, junto a la proa. Zarparon de noche, con un movimiento de babor a estribor tan pronunciado, que mareaba. El guardacostas desarrollaba todo su andar sobre el encrespado oleaje. En cubierta, el capitán Barrientos y Alberto veían pasar la negrura del litoral en rápida carrera hacia atrás. La noche era oscura y el G-9 parecía navegar sobre un océano de tinta china.

—Es tarde, dijo Barrientos. —Me voy a acostar... ¿Usted se queda?

—Sí, voy a estar un rato más en cubierta.

Cuando se quedó solo, sacó del bolsillo trasero del pantalón un frasco achatado y se bebió

un trago de *whisky*, que había comprado en Acapulco. Era interesante ir en medio de la noche negra en ese veloz barco gris. Hacía fresco, las estrellas brillaban lejanas. Hacia el Este se advertía el intermitente parpadeo de un faro, un ojo de la costa haciendo guiños hacia el mar.

—Fresco, ¿eh?

El teniente Valencia, alto y moreno, de cabello ensortijado, con pantalones caqui, camisa abierta de mangas enrolladas en sus brazos y un escudo dorado en la gorra, había salido por la escotilla. Acababa de comer, como se comía a bordo del guardacostas, de pie, con las piernas separadas, siguiendo el ritmo del barco, tan pronunciado era su movimiento.

—Yo encuentro muy agradable la noche.

—El mar está un poco agitado y mañana estará peor. Nos va a tocar el cordonazo de San Francisco...

—Tiene razón, mañana es el día... ¿Quiere un trago, teniente? Le pasó el frasco. Es *whisky*.

—Gracias.

Bebió un largo trago y devolvió el frasco tableado, forrado en cuero, a Alberto. Este bebió a su vez, hasta agotar el licor.

—¿Hace muy a menudo este viaje, teniente?

—Si viera que no... Yo patrullo hacia el norte de Acapulco. Esta zona no me corres-

ponde. La última vez que vine por este rumbo fue para dejar a una gringa en la selva...

—¿Una gringa... en la selva?

—Claro... Una chiflada. Se hizo dejar en plena selva, con su Biblia, lejos de todo sitio poblado... Vive de lo que encuentra y cuando halla gente, predica... Quiere convertirlos a la religión protestante... Yo la traje, cumpliendo órdenes superiores, claro está; traté de convencerla de que era un riesgo inútil, una aventura estúpida... Se rió de mí. Me dijo que tenía una misión que cumplir, que no le importaban los peligros ni las privaciones y que se las arreglaría por sus propios medios... De esto hace como seis meses y no se ha sabido nada de ella. Quién sabe qué le habrá pasado a la pobre...

—Me pregunto, dijo Alberto pensativo, —si esta predicadora no será como ciertos antropólogos yanquis de que me hablaron en Tehuantepec... Antropólogos que sólo se interesan por los yacimientos de cobre, de oro o uranio...

—No me extrañaría nada... Nos visitan demasiados primos del Norte... ¿Le queda *whisky*?

—No, se acabó.

—Bueno, yo tengo ron en mi camarote. Espéreme, voy a traerlo...

La noche se prolongó para ellos sobre cubierta. El G-9 se movía más y más, con una inclinación que a Alberto le parecía alarmante.

Cuando se retiró a dormir —su camarote tenía en la puerta una plancha de bronce que rezaba “Guardiamarinas”— el capitán Barrientos roncaba. Había tenido la delicadeza de elegir la litera de arriba. Alberto despertó en la madrugada, con sed, y encendió la luz. El camarote se hallaba inundado. Su maleta y la de Barrientos flotaban en el agua, que quién sabe por qué vías había penetrado.

—¡Capitán!... Despertó a Barrientos.  
—Parece que naufragamos.

—¿Qué? El marino se había incorporado sobre un codo, mientras el balanceo del G-9 se acentuaba de un modo terrible. Miró hacia abajo, pero no pareció impresionarse. —No es nada, cónsul. Duérmase no más.

Era difícil dormir. Alberto se vistió y salió como pudo, con los zapatos en la mano, del camarote, pensando que algo anormal ocurría. Pero en la cubierta todo seguía igual. A través de los cristales del castillo vio a un marino con las manos en la rueda del timón. Un suboficial le dio los buenos días y lo invitó a tomar una taza de café. La madrugada era gris pálida, opaca. La proa del guardacostas cortaba velozmente las aguas blanquiazules. La costa apenas se perfilaba, a dos o tres millas de distancia.

Todo el día estuvieron bailando. La gruesa marejada que cada 4 de octubre sobresalta la costa del Pacífico y que los marinos conocen como el cordonazo de San Francisco —santo

dulce, mar agrio— parecía hinchar las olas, hipertrofiarlas, agrandar el hueco bajo la concavidad del agua. Pero el G-9, liviano y gris como un pez volador, resistía todos los embates. Se encumbraba sobre las grandes olas sin perder velocidad. A veces el mar bañaba la proa entera y una ráfaga de agua salada iba a golpear contra los cristales del castillo. Pero a popa se iba mejor.

El día empezó a definir los contornos de las cosas y la costa no fue ya solamente una interminable mancha de color de plomo. A mediodía salió el sol, el mar pareció aquietarse un poco y el vaivén se atenuó.

Pero aún quedaba otra noche de navegación, que Alberto y el teniente Valencia aprovecharon para amarrar su amistad. Se habían sentado a beber y a fumar en el diminuto comedor de oficiales de la nave, no más grande que un pañuelo de bolsillo, cuando se les unió el capitán Barrientos. Alberto, que conocía su historia, lo miró con ternura. Pero a Barrientos le gustaba, tal vez le calmaba, contarla y que sus interlocutores lo escucharan en silencio, con los ojos bajos, y le dijeran después una que otra palabra de sentimiento.

—...y así fue todo tan repentino, decía el capitán—. Yo me estaba vistiendo... Ella venía de la cocina, donde había estado preparando el desayuno. De repente me miró con una expresión tan asustada y angustiada, y dijo: —Ay,

Pancho... Fue todo lo que pudo decir la pobre, y se cayó muerta... Yo alcancé a recibirla en mis brazos... No podía creerlo, le puse el oído en el pecho, sobre el corazón, y nada... Después puse un espejo en su boca, a ver si se empañaba... Todo era inútil. En veinte segundos habían terminado treinta y seis años de matrimonio... Yo me quedé deshecho.

Después de una pausa; el teniente Valencia comentó:

—Eso suele pasarles a los hombres más fuertes. Un golpe emocional los derrumba...

—¡Pero qué golpe, teniente! Treinta y seis años fue mi compañera... Nunca tuvo, en realidad, una enfermedad seria... Ahora... Más que nada por eso acepté venir a México a hacerme cargo de este velero... Necesitaba distraerme, pensar en otra cosa... Pero creo que será mi último viaje. Será difícil que a mis años me acostumbre a vivir solo.

—No, capitán, terció Alberto, —usted es un hombre con resistencia para muchos años. Además, nuestra marina mercante lo necesita.

Estas palabras parecieron agradarle. Bebió su vasito de ron y se levantó para irse a la cama.

—¿A qué horas cree usted que llegaremos, teniente?

—Calculo que entre ocho y nueve de la mañana... El tiempo parece que se ha afirmado.

—¡Magnífico! Hay que levantarse temprano, entonces... Con el permiso de ustedes, buenas noches.

Hacia un calor sofocante. Salieron a cubierta. El viento y la marejada se habían calmado. ¡Tantas estrellas, tantas luces lejanas en la noche de la costa! Y el G-9, veintisiete horas corriendo sobre el lomo del mar, encrespado como el de una verde iguana, sin disminuir la velocidad de su carrera ni variar su inclinación, su desagradable inclinación de babor a estribor.

Los viajeros se despidieron, después de elogiar el barco y a sus hombres.

—Te veré en Acapulco, en el primer viaje que haga, prometió Alberto.

—Yo te llamaré al consulado cuando vaya a México, contestó el teniente Valencia.

Desde el "Albatros" los habían visto. Dos marineros bajaron a tierra y corrieron a hacerse cargo de las maletas. Florín Guzmán descendió también al muelle y se adelantó a saludarlos. La tripulación se aglomeraba en la cubierta para ver llegar al nuevo capitán. Este cedió el paso a Alberto, quien subió primero por la pasarela. Barrientos pisó la cubierta y echó una mirada circular al velero; contempló los tres mástiles desnudos, el pequeño donke, el castillo, como sopesando con la mirada los mé-



ritos y la firmeza de la nave. Luego se quedó largos segundos mirando la bandera chilena que se sacudía en la popa, la "porotera" tricolor que lo acompañara en tantos y tantos viajes. Finalmente clavó sus agudos ojos en la tripulación, donde encontraba rostros conocidos. Algunos sonrieron. El viejo marino les tendió la mano, que todos cuantos habían navegado con él, estrecharon felices. Los iba llamando por sus nombres.

—Vaya, vaya, Eufemio Mendoza, otra vez juntos... Aguirre, hombre... ¿Tú, también, estás aquí, Chilote?

—También, capitán, para servirle.

Florín Guzmán iba de un lado a otro. Se acercó a Alberto y le propuso:

—¿Quiere que reúna a la gente en proa, cónsul? Va a tener que echar un espiche...

—No, creo que no es necesario. Aquí mismo voy a presentar a don Pancho.

Luego, comprendiendo que el momento requería cierta solemnidad, tiró al mar el cigarrillo que estaba fumando y alzando un poco la voz hizo una breve historia de los hechos que habían detenido en el puerto al "Albatros", dijo que una enfermedad privaba a Samuel Larsen de regresar en el velero y habló del capitán Barrientos, hombre fogueado en el mando de buques de vela, capitán querido por todas las tripulaciones, a quien era preciso respetar

y prestar ayuda a fin de que el barco volviera a la patria en las mejores condiciones.

—¡Tres hurras por el capitán Barrientos! . . . , gritó el Chilote.

El grito de la tripulación resonó gallardamente en el puerto casi solitario, en medio de la jubilosa claridad de la mañana. Barrientos frunció hipócritamente el entrecejo, como si hubiera considerado fuera de lugar aquella muestra de afecto. En el fondo le gustaba esa popularidad arraigada en gentes rudas y fuertes, como él, pero de corazones tiernos como el de un niño.

—Bien, bien, gracias, dijo. —Ahora vamos a echar una mirada al barco para ver lo que le falta y a poner orden en este gallinero. . . . Que cada cual se retire a sus ocupaciones.

Se produjo un rápido movimiento de marineros. Sólo quedaron junto al capitán el cónsul y los tres oficiales.

—¿Quién es el primer oficial de la nave?, preguntó Barrientos.

Hubo un silencio embarazoso.

—Yo, capitán, dijo por fin Florín Guzmán.

—¿Usted fue contratado como primer oficial?

—No, pero el capitán Larsen antes de marcharse, dejó a mi cargo el barco.

Andrade había permanecido callado. Se pasó una mano por los cabellos grises y dio un paso adelante.

—Con su permiso, capitán Barrientos—. Lo conocía bien. Habían navegado juntos y eran casi del mismo tiempo. Yo fui contratado como primer oficial del “Albatros”. Pero el capitán Larsen, desde que comenzó el viaje juzgó que me faltaban condiciones para desempeñar este cargo y me fue relegando a un plano inferior, al mismo tiempo que en todas las tareas importantes me iba reemplazando por el segundo piloto.

Eso no puede ser, dijo secamente Barrientos, evitando mirar a los dos hombres. —El capitán Larsen no tenía autoridad para privarte del mando, salvo que existieran razones de mucho peso... Al fin y al cabo, Andrade, tú eras el segundo de a bordo... Pero, en fin, yo no vengo aquí a calificar las acciones de nadie, eso lo hará a su debido tiempo la dirección del litoral, en Valparaíso, sino a poner orden. Tú, Andrade, asumirás tu cargo de primer oficial, y usted, Guzmán, el de segundo piloto. ¿Está claro?

—Sí, capitán, dijo Florín Guzmán con voz desmayada. Había hablado como un rey destronado por una revolución, que en ese instante se dispusiera a emprender el camino del exilio. —Está bien, capitán.

Seguido de los oficiales y de Alberto, Barrientos examinó la tablazón afectada por el movimiento de torsión del trinquete; bajó a las bodegas, se hizo mostrar las vías de agua que

se produjeron durante la navegación, preguntó el nivel que alcanzó la inundación, leyó las anotaciones en el libro de bitácora e inquirió sobre el estado de las piezas metálicas que habían sido encargadas a los talleres del dique seco.

—Creo que todo está en orden y que con ese refuerzo, el movimiento de los mástiles no causará ningún daño. Podemos levar anclas mañana mismo si se nos da la gana... ¿Qué piensas tú, Andrade?

—Yo soy de la misma opinión. Nunca he creído en la gravedad de las tales averías.

Después pasaron a la cámara, donde el grumete les sirvió el desayuno: café con leche condensada, tortillas horneadas a bordo, mantequilla que el calor derretía, y mermelada.

—Quiero ir a tierra, apuntó el capitán, a entrevistarme con el agente. Parece que el famoso cargamento de vidrios planos brilla por su ausencia. ¿Tú has visto en el puerto algo que se parezca a una carga de esa especie?

—No, en absoluto, respondió Andrade.

—Bien, voy a tierra. Hay que prepararlo todo para zarpar, Andrade. Sueño con el momento que lleguemos a Valparaíso y entremos a la poza con empavesadura completa, para demostrarles... ¿Cuándo crees tú que las cosas estarán listas?

—Si mañana nos colocan los soportes del trinquete, como han prometido, podríamos le-

var anclas dentro de tres o cuatro días... Todo depende de la carga y las provisiones. Para que no tengas que pensar nada más que en la cuestión de la carga, yo voy a revisar cartas, informes meteorológicos, trapos, cabos y todo lo demás... La gente está lista y deseosa de zarpar. ¡Por suerte no hemos tenido enfermedades a bordo, a pesar de este clima del demonio!...

Barrientos y Alberto caminaron por las deshechas calles de Salina Cruz, donde las huellas del ciclón se mostraban a cada paso. Visitaron al Capitán del Puerto y luego llegaron hasta la oficina del agente.

—Ah, mucho, mucho gusto de conocerlo, capitán Barrientos—. Su exuberancia se proyectaba directamente sobre el recién llegado. —Siéntese, hágame el favor... ¿Cómo está usted, señor cónsul? Los esperábamos con impaciencia. Desde Chile me han teleografiado dos o tres veces preguntándome cuando saldrá el "Albatros"... La malo es que no puedo contestar por telegrama, está prohibido dar informaciones sobre movimiento de naves...

—Precisamente de eso quería hablarle, respondió Barrientos. Estamos dispuestos a zarpar dentro de cinco o seis días. Todo depende de la carga.

—Ah, si es por la carga, esta misma tarde puedo empezar a mandársela al barco.

—¡Cómo!... ¿Dónde la tiene?

—La tengo, dijo con ojos brillantes, —muy

guardadita en una bodega de los alrededores de la ciudad... ¿Qué creían ustedes?... No iba a estar pagando bodegaje en el muelle, ¿verdad?

—Ahora comprendo, apuntó Barrientos. Con razón miré en el puerto y no vi nada parecido a vidrios planos... Está bien, señor, mañana las bodegas del "Albatros" estarán listas para recibir la carga. Y hoy mismo le mandaré la lista de las provisiones que necesitamos para el viaje.

Nadie podía haber atribuido a la providencia el encuentro de Alberto Morán con John Bridge, sino simplemente a que Salina Cruz es un pueblo pequeño donde todos los habitantes se encuentran con todos varias veces por día. Al principio la silueta alta, quizás un poco gruesa, los pantalones blancos y el saco de franela que el antropólogo llevaba doblado al brazo no le dijeron mucho. Apenas entrevisto de noche, en el huerto del hotel de Tehuantepec, en otras circunstancias no lo habría reconocido. Pero el aroma del tabaco de la pipa le recordó de pronto la sensualidad del aire tehuano y la melancolía un poco desesperada de "La llorona". Bridge, por su parte, se detuvo como ante un conocido, vaciló un instante y luego le tendió la mano. Caminaron hasta el bar del hotel, de grandes aparadores barrocos de caoba,

adornados con espejos que eran como lagunas verticales en el paisaje de botellas de todas formas y colores. Un ventilador de hélice giraba con acelerado ritmo. Pidieron refrescos.

—Estoy muy interesado, dijo Alberto, —en saber cómo los trató el ciclón. Aquí los destrozos no han sido muchos, pero el susto que pasó la gente fue grande. Los tripulantes del “Albatros” me han contado que el mundo parecía venirse abajo, que hubo extraños meteoros incandescentes y después una lluvia que rompía vidrios, pavimentos y cabezas... He leído que en los campos la cosa fue bastante seria.

El antropólogo lo miró pensativo, chupando su pipa de largo y delgado tubo.

—Fue terrible, respondió sencillamente. —El más violento que he visto en quince años. Los daños que causó en Tehuantepec son cuantiosos. Yo vi cuando las aguas del río, de caudal impresionante, sacaron el puente, que era un puente antiguo, es verdad, pero pesado, de puro hierro, que había resistido muchas crecidas.

—¿Hubo muertos?

—No, por fortuna. Se veía venir el accidente y el tráfico había sido suspendido en el puente. El río arrastraba troncos, árboles enteros con todo su ramaje, techos de jacales, palmeras, grandes raíces, animales ahogados, y como el agua estaba tan crecida, todo eso se acumulaba en el puente y servía de palanca al agua para ejercer una presión tremenda. Se

intentó con palos, garfios y qué sé yo qué más, hacer que toda esa carga cruzara el puente y siguiera su camino hacia el mar. Algunos hombres, arriesgando sus vidas, procuraban desde el puente mismo, hacer avanzar los troncos. Pero fue imposible: las materias sólidas formaron una especie de muralla que apenas dejaba pasar el agua... El turbión no se detuvo, sino que arrasó con todo. Primero se oyeron grandes crujidos, como si se rompieran los soportes del puente. Los hombres que estaban trabajando comprendieron que ya nada se podía hacer y corrieron hacia las orillas... Muy a tiempo, porque entonces vino lo serio: la presión del agua se acentuó y el puente se vino abajo con un estruendo fenomenal... La carrera de los troncos hacia el mar tomó una violencia increíble. En dos movimientos, el enorme puente quedó sumido en el agua, con un trozo del arco superior fuera del río, mientras árboles, jacaes, cadáveres de bueyes y caballos, hinchados como odres, galopaban bailoteando sobre el agua, saltando, con un rumor sordo y un poco trágico...

—La ciudad quedó dividida en dos...

—Exactamente. Aislado por completo el sector sur, sin comunicación quién sabe por cuánto tiempo... Es una experiencia dolorosa para Tehuantepec.

—¿Y cómo ha pasado usted?... O el ciclón lo sorprendió en el lado sur...



—No, dijo Bridge, —ahora todo se ha calmado. El río todavía viene con su caudal crecido, pero muchos pasan de un lado a otro. La marina ha puesto un bote, pero no crea que no tiene sus riesgos cruzar en él... Ayer, cuando pasé, el bote se había dado vuelta quince veces, con todos sus pasajeros... Muchos prefieren atravesar el río andando, con las ropas en alto; el agua les llega casi hasta la boca. La corriente los arrastra bastante y no se puede ir desde un punto al que queda exactamente al frente... Cuando se llega a la otra orilla se está doscientos o trescientos metros más hacia el mar, ¿comprende? Es el precio que cobra la corriente... Y esto es válido no sólo para los que se arriesgan a cruzar a pie, sino también para los que pasan en bote.

—¡Ah!... Habrá accidentes...

—Muchos. Anteayer, una mujer que pasaba el agua con su hijo en lo alto de la cabeza, cayó en un hoyo, tropezó o qué sé yo... La corriente se los llevó... Lograron sacarlos, pero la criatura se había ahogado.

—¡Qué horror!

—Tendrá que verlo cuando regrese. ¿Cómo vino usted?

—Por mar, desde Acapulco, dijo Alberto.

—¿Regresará por mar, también?

—No, no hay barco. Volveré.. como pueda.

—Entonces necesariamente tendrá que ir a Ixtepec. Parece que los aviones ya están to-

cando en el aeropuerto, cuando el viento lo permite... Y tendrá que pasar por Tehuantepec y ver lo del río. Es un espectáculo un poco siniestro el de los hierros del puente sobresaliendo del agua... Parece el esqueleto de un animal mitológico que se hubiera varado en el río... No deje de buscarme en el hotel. Le mostraré piezas arqueológicas interesantes...

—Gracias, dijo Alberto. —Me imagino que estaré allí dentro de unos cuatro o cinco días, cuando el “Albatros” haya zarpado.

—¿El velero chileno?

—Sí.

Alberto encendió un cigarrillo. Le gustaba aquel hombre, interesado por todo lo que ofrecía el pasado y también los días actuales. Le conmovía su compenetración con la gente sencilla y la vida rústica y fina al mismo tiempo del Istmo de Tehuantepec. Bridge representaba un tipo de hombre vital y estudioso que el mismo habría querido ser: aquel a quien los libros y la historia le dicen lecciones hermosas y reales, poéticas y prácticas, provechosas para la ciencia y para la vida. Era difícil explicárselo de un modo más claro, pero adivinaba en Bridge a un espécimen humano de interés profundo.

—Estoy reuniendo datos y observaciones sobre los efectos del ciclón, decía Bridge. —Una revista científica de Estados Unidos me ha encargado un artículo y quiero disponer de un

material completo sobre el huracán en la costa... Mis observaciones personales formarán la parte dramática de la historia, pero necesito datos meteorológicos, cifras, estadísticas... Quizás podremos volver juntos, si alcanzo a terminar mi trabajo.

—Ojalá, respondió Alberto. —Por mi parte, tengo que acabar con este asunto del velero, que ha sido una verdadera pesadilla... Tengo que verlo partir. Sólo entonces podré volver. Si las cosas siguen como van, la carga quedará terminada pasado mañana y el “Albatros” podrá zarpar el viernes. En ese caso aprovecharé para quedarme un par de días en Tehuantepec... Quiero estar el lunes en México.

De pronto se le vino a la memoria la curiosa historia que el teniente Valencia le había contado la primera noche de navegación a bordo del G-9, el caso de la predicadora.

—Me contaron un hecho curioso y se me ocurre que usted, como buen conocedor de la región, puede saber algo más... Se trata de una compatriota suya, una predicadora que se hizo desembarcar en la selva, para catequizar paganos...

Bridge lanzó una carcajada.

—¿También sabía usted eso?... Tiene razón, conocí a esa mujer en Oaxaca hace algún tiempo. Es Silvia Tallman y por cierto que su aventura ha tenido un desenlace sorprendente. Silvia emprendió varias veces la

hazaña de internarse en lugares escasamente civilizados, para convertir a los indios a la religión... Pero ahora, ella ha sido la conquistada. Me contó el presidente municipal de un pequeño pueblo del interior, que un día llegaron hasta su humilde oficina una rubia norteamericana y un joven zapoteca, bien plantado y fuerte, moreno, de piel tostada, y sin zapatos; querían casarse... El presidente municipal les dio su bendición civil y ahora viven juntos.

—La conversión de los herejes ya no le importará gran cosa...

—Seguramente no. Ahora le importa el amor... El final es decepcionante, ¿no le parece?

—Quizás no lo sea tanto, respondió Alberto. —El amor suele ser para las mujeres lo más importante de todo. Y para los hombres también.

## VII

### *El segundo desertor*

CADA CAJÓN QUE CAÍA EN la bodega del "Albatros" era como un alfiler que se clavaba en el corazón de Trinidad. A medida que las manos de los marineros iban estibando la carga que se bajaba a las bodegas con ayuda del donke, y acomodándola para que soportara mejor los movimientos del barco, la muchacha veía alejarse más y más las posibilidades de ser feliz. Las propias horas que pasaba junto a Mañungo ya no eran como las de antes, de un goce pleno, sin sombras, una entrega sin trabas a la dicha de amar y ser amada. Sus besos ahora estaban ahogados por la asfixia de la separación próxima. Todo venía a ser como esos días de verano en que la ramazón oscura de la tormenta cierra el cielo como una puerta. Las

cosas se ven negras, densas, henchidas de interiores sombras. Pero esas tormentas estivales pasan pronto y en el corazón de Trinidad, en cambio, la ciega sombra persistía, había hecho de él su casa, su posesión sorda y permanente. Era como si jamás las cosas pudieran ser como antes. Miraba a su alrededor y la oscuridad persistía en todas partes, en la pieza que Mañungo visitaba cada noche, en el rostro hermético de su madre, en los ojos del marinero, que evitaban mirarla. La rosa cortada junto al jacal de su madrina era sólo una flor, una flor más, crecida precipitadamente y muerta sin efecto, sin magia. La había guardado, ajada y amarillenta, como flor de corona de cementerio, después de mantenerla una noche bajo la almohada en que Mañungo hundía su cabeza, junto a la de ella, sumido en un sueño sano y feliz. Pero no era sino una rosa como todas las rosas.

¿A qué horas llegará?, se preguntaba Trini. Se veían menos que antes, a pesar de que eran los últimos días, que ya no se contaban por días, sino por horas o minutos. El nuevo capitán era severo y Mañungo, por la madrugada, tenía que tomar mil precauciones para no ser sorprendido a su llegada al velero. Pero el corazón del Chilote era grande y comprensivo y ese inesperado hermano mayor buscaba cada día una nueva estratagema para permitir que los amantes permanecieran juntos sus últimas

horas. Trinidad miraba su cuarto y le parecía triste, vacío, con todos esos recortes, calendarios y estampas en las paredes blanqueadas con cal. Sobre la cabecera había una nueva fotografía que Mañungo y ella se habían tomado en el zócalo. Un fotógrafo callejero, observándolos desde detrás del inmenso cajón de su cámara, había arreglado el cuadro de acuerdo con su gusto artístico y con la condición de enamorados de sus clientes, visible a una legua de distancia. El resultado era esa tarjeta postal de un gris de plomó, en que Trinidad y Mañungo aparecían tomados de las manos, la cabeza morena de la joven, resplandeciente de luz y amor, con tendencia a caer sobre el hombro cubierto por la camiseta azul del marinero. El fotógrafo ambulante había hecho en pocos minutos tres copias de su pequeña obra maestra: una que cruzaba ya el aire, camino de Chile, pues Mañungo la había puesto dentro de una carta a su madre, otra que el mozo guardaba en su cartera, y la tercera, clavada con un chinche en la blanca pared de la habitación.

¿A qué horas llegará?... Ya sólo faltaba poco más de veinticuatro horas para la salida del "Albatros". Mañungo se lo había dicho cuando le contaba las ocurrencias de a bordo, los rasgos del nuevo capitán, la faena de la carga, que había durado tres días, tres días metiendo y acomodando pacas en la bodega;

los arreglos en los mástiles para asegurar su estabilidad; la revisión de las velas y hasta la llegada al barco de los animales que en el curso del viaje irían siendo sacrificados para la comida de la tripulación: dos grandes cerdos de color gris negruzco, como pizarras de escolares, chillones y permanentemente hambrientos, y cuatro corderos de lana sucia y ojos dulces e inocentes. Esa noche, ¿sería la última para los amantes? Porque la próxima, la del jueves, quizás Mañungo no podría venir. El "Albatros" debería zarpar del puerto muy temprano. El grumete había oído al capitán Barrientos cuando le decía al agente que enviara el remolcador a las cinco en punto de la madrugada. Así, cuando el reloj de la iglesia —ya le habían arreglado los defectos que provocara el ciclón— tocara sus cinco campanadas en la mañana, el barco empezaría a moverse, arrastrado por el remolcador, mientras izaba sus velas, y luego, ayudado por los vientos y las corrientes, se perdería para siempre en el horizonte.

¿Con él? ¿Sin él? Esas eran las preguntas que la torturaban. En los últimos días, Mañungo parecía haber cambiado. Oh, no, no es que no la quisiera o que la quisiera menos, se confesaba Trinidad; pero ella había notado que nuevas preocupaciones parecían penetrar en el espíritu del joven. Ahora ya no sólo le hablaba del porvenir risueño que les esperaba, o de la belleza de Valparaíso, sino también, y esto



parecía ocupar una parte importante de los pensamientos de Mañungo, de un destino de lucha por cosas nuevas. El sindicato. Era como una obsesión. Los trabajadores, Trini, tenemos que unirnos, le decía. Trinidad no sabía de dónde esas cosas habían venido a aposentarse en él, pero sabía, si, que nadie podría desalojarlas. El sindicato contaba ya tanto como ella misma, como Valparaíso, como el niño que se preparaba para nacer. Tú comprendres, Trini, es por tí, por el niño, por mí, por todos los trabajadores, por todas sus familias, por todos sus hijos. Las cosas hay que pelearlas, no se ganan solas. A los trabajadores nadie les da nada, todo tienen que conquistarlo. También notaba Trinidad que su orgullo de marino parecía haber bajado de nivel. Ya no le decía como antes, con una visible satisfacción. “Nosotros los marinos”... Pero no era precisamente eso, era otra cosa, los oficios de los demás habían ascendido a la misma categoría que el suyo. Ahora hablaba de “los trabajadores” y en esta idea sí que había satisfacción y orgullo. El pecho parecía hinchársele y sus ojos brillaban. “Los trabajadores, nosotros los trabajadores”, decía Mañungo, y era como si el mundo se llenara de largas, de interminables filas de obreros que venían desde todas partes, desde las calles, desde los cerros, desde el mar.

—¿Ustedes en el taller no tienen sindicato?, le preguntó una noche.

—No, amor. No tenemos...

—Mal hecho, sentenció Mañungo. —Si lo tuvieran, otro gallo les cantaría. Nadie podría explotarlas, como ahora. Tienen que formar un sindicato, unirse, todas las que trabajan en la costura...

Esa era la nueva, la grande obsesión que Trinidad había advertido en Mañungo. El hecho no la alarmaba, porque no afectaba lo que para ella valía más que todo en el mundo: el amor de Mañungo.

Samuel Larsen subió a la cubierta del "Kepler" con una sensación de limpieza en el corazón. Era la primera vez, en ciento ochenta y seis días que duraba su ausencia de Valparaíso, que había podido dormir sin tormentosas pesadillas ni malignos recuerdos. Por una noche siquiera, no habían acudido a su sueño los rostros detestados de Mendoza, de Robles, del Chilote, de Alberto Morán, ni los acontecimientos del "Albatros" en confusa película, vaciados sin orden ni concierto. Por el contrario, su sueño había sido claro y limpio y se había desarrollado en el escenario de su adolescencia lejana. Hasta había creído sentir frío, ese frío que casi se masca, que enrojece la nariz, que hace desaparecer la sensación de tener orejas, cuando trasladaba con un arpón los peces, desde el barco hasta el muelle, donde sus compañeros de

faena los metían en grandes cajones con trozos de hielo, estirados como cadáveres. Venían de regreso de una expedición de pesca en las islas Lofoten, que había durado cinco semanas. Un gorro de lana cubría la cabeza del joven Larsen y sus manos estaban protegidas por gruesos guantes. Las islas aparecían parcialmente cubiertas de nieve y la abundancia de la pesca había sido extraordinaria. Las redes salían del mar ahitas de pescados que se movían, saltaban, con desesperados ojos redondos y el hocico abierto, por donde les entraba el tormento de la asfixia.

Los sábados los barquichuelos pescadores guardaban la fiesta del señor, aglomerados en la bahía de Henisgvaer, donde un verdadero bosque de mástiles negros se recortaba contra las montañas nevadas. El barco del joven Larsen tenía un motor Diesel que lo hacía zumbar por los mares, con su valiosa carga que luego sería embarcada para las ciudades del Norte de Europa.

Todo era claro, nítido, de una realidad sorprendente, en su sueño. Los rostros de sus compañeros, las desordenadas mantas en las literas del entrepuente. En su pueblo, en la esquina de la calle Mayor con la del Rey, en la arista de la casa de un viejo capitán, habían puesto un mascarón de proa, de noble y hermosa madera. Era un tallado magnífico, una mujer con larga falda, cabellos negros, ojos entrecerra-

do el viaje en el "Albatros". ¡Si le hubiera hecho caso, cuántos sinsabores, penas y lágrimas se habría ahorrado!

Pero todo estaba ya lejos y no convenía evocarlo. Paseando por la cubierta del barco que lo llevaba a Chile, Samuel Larsen era feliz. El sueño de la noche anterior había sido como una esponja que borrara largas etapas del camino, trozos oscuros, horas desgraciadas, para unir con un puente invisible sus días de juventud pasados en la temporada de pesca de Lofoten con los días de paz que habrían de sobrevenir en la casa de Larsen, sobre un cerro de Recreo, desde cuyo adorable jardín cultivado por Silvia, se veía la inmensidad del Pacífico, en buena parte teatro de su vida marinera.

Casi frente a frente, a no muchos kilómetros de distancia, pero en el otro mar, el "Albatros" se preparaba para partir. En la madrugada del jueves, el Chilote, desde la cubierta, miraba nerviosamente hacia el muelle. Empezaba a amanecer, una mañana como todas las de la estación, vestida de gris pálido. Eran las cinco y media y Mañungo Robles aún no volvía a bordo. Nunca había regresado tan tarde. Se estarán despidiendo, se decía el marinero comprensivamente. Es la última noche para ellos, pero qué diablos, Mañungo sabe muy bien que a las seis de la mañana invariablemente

el capitán Barrientos sube a cubierta. Si don Pancho lo pilla que no ha llegado, se va armar la de Dios es grande.

De pronto los ojos del Chilote sonrieron. Tenía una manera especial de mostrar su alegría, con los ojos extendidos como una tajada de la cual surgía el brillo de las pupilas. Detrás de una columna de cemento había divisado la inconfundible silueta de Mañungo, su camiseta azul, sus largos cabellos negros. El marinero se deslizó rápidamente tras las herrumbres amarillentas de las grúas inmóviles e hizo una seña al Chilote, que lo seguía con la mirada desde la borda. Este le respondió llamándolo con la mano. Mañungo corrió sigiloso, y rápido como un tigre, en dos saltos estuvo a bordo. Una vez allí, nadie habría podido asegurar que no venía saliendo de su litera. Fue hasta el grifo de proa, se mojó la cara y se pasó una peineta por los revueltos cabellos. Luego se aproximó al Chilote.

—Tengo que hablar contigo, dijo. —Es muy importante.

—Después del desayuno será. Ahora ya no tardará en subir don Pancho.

Justo a la campanada de las seis aparecieron el capitán y su primer oficial. Este tocó orden de llamada y la tripulación surgió desde la proa. Se pasó lista y los marineros, a medida que sus nombres eran pronunciados, respondían con un sonoro "presente". Después Ba-

rrientos, que había cambiado su traje de luto por el uniforme de trabajo de la marina mercante, y su sombrero Panamá por la gorra blanca y negra, habló a los marineros. Les dijo que la carga había quedado terminada y que el "Albatros" zarparía; por fin, a la madrugada siguiente, a las cinco y media en punto. Las salidas de esa noche se limitarían a la mitad de los hombres y la recogida general sería a las doce. La tripulación escuchaba en posición semimilitar y en muchos rostros la alegría del regreso puso pinceladas luminosas.

Mañungo Robles no miraba al capitán, ni siquiera lo escuchaba, ausente, perdido como un sonámbulo. Si su cuerpo estaba allí, junto a sus camaradas, su mente permanecía lejos del "Albatros" y del muelle. Pero he ahí que de pronto su pensamiento trasladaba a Trinidad hasta allí, junto a él, y ella aparecía de pie a su lado, como un miembro más, invisible y fantasmal, de la tripulación del velero. Estaba mirándolo con sus ojos de iris oscuros rodeados de una gran superficie blanca. Los párpados caían sobre el globo del ojo y Mañungo la veía entonces como tantas veces la había visto, con las largas pestañas mojadas de lágrimas que se sostenían un instante, luego se desprendían y rodaban sobre los abultados pómulos, para caer en la cavidad de sombra que había bajo ellos y perderse después hacia su cuello moreno y dulce de besar.

—...los que bajen a tierra, tengan cuidado de no beber o de cualquier actividad que pueda retenerlos más de la hora de recogida. Retirarse.

El cocinero Anastasio Gamboa volvió a su cocina, Mario el grumete a la limpieza del camarote de Barrientos y Aguirre comenzó a conectar la manguera de goma para una nueva limpieza de la cubierta. El Chilote y Mañungo penetraron en el entrepuente y se sentaron en una de las largas bancas adosadas a la mesa.

—Bueno, aquí me tienes, Mañungo. Tú dirás...

El joven no despegaba de la tosca madera de la mesa sus ojos cansados y sin sueño. No sabía como empezar. El Chilote sacó su cajetilla de cigarrillos y le ofreció uno. Fumaron un rato en silencio.

—Chilote, dijo por fin Mañungo,— tengo que quedarme. Ya no es cosa de que pueda elegir o no. ¡Tengo que hacerlo!

El otro levantó los ojos y los clavó en su compañero.

—Ya me imaginaba que ibas a salir con algo parecido...

—Pero es que tú no sabes...

—Ya sé, dijo el Chilote con un tono cansado, haciendo monótonas las palabras. —Ya sé que tu cariño es muy grande y todo lo demás... No hay necesidad de que me lo repitas. En mi vida de marino he escuchado montones de veces confesiones como ésta. Pero

después vi a los mismos compañeros que me las hacían, en otros puertos, enamorados de otras mujeres... Y esta misma cosa la repitieron infinidad de veces, hasta que por fin sentaban cabeza...

—Chilote, no es sólo eso.. Voy a tener un hijo...

—¿Un hijo?... ¿Estás seguro, Mañungo? Tú no conoces muy bien a las mujeres. Suelen inventar esa clase de historias para retener a los hombres...

—No, Trini no es de esas. Y me consta que es verdad, Chilote. ¿Crees que puedo irme?... ¿No sería una cobardía, una verdadera mariconada con una mujer que ha tenido confianza en mí?

El Chilote tiró su cigarrillo y lo aplastó con la suela del zapato. Se confesaba interiormente cierta debilidad por ese muchacho. Era impetuoso y a la vez inocente, como él había sido de joven. Era honrado, pero indómito como un potrillo.

—Bueno, vamos a suponer que todo es cierto, que la morenita está embarazada, que vas a tener un hijo... ¿Cuándo nacerá?

—Dentro de seis meses.

—¿Y entonces para qué te vas a quedar? ¿Qué vas a hacer aquí?... ¿De qué vas a vivir?... En cambio, si vuelves a Chile en el "Albatros", podrás luego embarcarte de nuevo y



volver, volver con algo de plata para atender a tu hijo...

—No puedo abandonar a Trini, dijo el muchacho.— Me quedo, no tengo más remedio, Chilote. Hay cosas que se presentan una sola vez en la vida y no se pueden dejar pasar... Me quedo, Chilote, estoy decidido, pero no podía hacerlo sin decírtelo. Tú eres mi mejor amigo, me has tratado siempre como un hermano... Mañana, cuando vayan navegando para Chile, diles a todos los compañeros que no soy un carajo cualquiera, ni un simple desertor... que lo hice precisamente para ser hombre, porque no podía dejar abandonada a una mujer que va tener un hijo mío... Además, la quiero, Chilote, la quiero...

La entrecortada confesión de Mañungo había emocionado al Chilote. Me debo estar poniendo viejo, pensó el marinero acariciándose los bigotes, pero este muchacho me ha conmovido. Es bueno, tengo que ayudarlo. Pero antes voy a intentar un último argumento.

—Oye, Mañungo, hay otra cosa... Parece que se te olvidó todo lo que hablamos con Eufemio Mendoza. Nosotros ya no nos debemos sólo a nuestras familias y a nuestros amores: nos debemos a la clase obrera... Tú sabes lo que es la clase obrera, nuestra clase...

—Lo sé, Chilote. Para mí lo que dijo el contraamaestre fue como si se me abriera un verdadero mundo... Tenemos que unirnos y

te juro que donde trabaje, aquí o en Chile, de marino o en el oficio que sea, si no hay sindicato, me pondré a organizarlo, me pase lo que me pase... Eso es tan necesario como respirar, Chilote...

Movió la cabeza tristemente.

—Pero ¿qué diablos puedo hacer? No puedo abandonar a Trini, de eso estoy seguro, ni a la guagua que va a nacer... Es hijo mío, Chilote...

El otro bajó los ojos, con ademán de resignación.

—Ya está, pues, Mañungo... Si estás decidido, qué más puedo decirte... Que te vaya bien, que todo salga lo mejor. Si quieres, puedo hablar con tu familia en Valparaíso.

—Gracias, ya les he escrito lo que pasa. Además, cuando se vaya el barco le contaré todo a mi mamá en una carta. Cuando paguen los sueldos en Valparaíso, consigue que le entreguen a mi madre lo que me corresponde. Yo aquí me las arreglaré como pueda.

—Si tuviera unos pesos, Mañungo, te los pasaba, pero tú sabes que nos han racionado la paga...

—No, no... Te agradezco, pero aquí se trata de trabajar, de machucárselas en lo que se pueda, Chilote... ¿Entonces tú apruebas lo que voy hacer?

—No, dijo el otro, —no lo apruebo, porque nunca se puede aprobar a un desertor... Pero

comprendo que lo haces de puro bueno que eres—. Se levantó del banco. —Bueno, hay que ponerse a trabajar, muchacho. Pórtate como si tal cosa... Si don Pancho llegara a sospechar que piensas quedarte, es capaz de hacerte encerrar en un calabozo.

El día fue de actividad en el barco. Los marineros iban y venían preparando a la nave para salir al mar después de cuatro meses y medio de ocio. Entre el olor penetrante de la brea y el de la pintura, se extendieron las velas y se ajustaron las escotas. El cajón gris, inmóvil junto al muelle, que durante tantos días no había servido para otra cosa que para dar de comer a un cardumen de tiburones hambrientos, ahora salía de nuevo a dejarse acariciar el lomo por la suave mano de la brisa, a recoger las lluvias frecuentes en el océano, a bailar siguiendo corrientes y derroteros marcados en las cartas de navegación, en demanda del Sur, que ese grupo de hombres ansiaba.

El ojo del capitán Barrientos estaba en todas partes.

—A ver, Aguirre, decía pacientemente, mirando al marinero que embrea las ranuras entre tabla y tabla de la cubierta, —¿tú crees que el agua va a respetar ese trabajo que estás haciendo? Métele brea, hombre, tenemos bastante para todo el viaje. Y caminaba enseguida hacia donde otro marinero ataba las velas a las escotas. —¿Dónde diablos aprendiste

a hacer ese nudo, Andueza?... Vaya, hombre, eso no se hace así... Cogía la cuerda con sus manos hábiles y con un rápido movimiento dejaba listo el nudo, que ninguna fuerza sería capaz de deshacer. Y como si se hallara en lucha con la sombra invisible de su antecesor, agregaba: —En ninguna escuela de navegación enseñan a hacer este nudo, muchacho.

—¿Y dónde lo aprendió usted, “capi”?

—Navegando. Lo aprendí en el mar y no en las universidades. Más adelante, cuando tengamos un poco de tiempo, te lo enseñaré.

A las siete de la tarde todo estaba pronto. Barrientos había bajado a la bodega a revisar la estiba y se había declarado satisfecho. El tiempo era espléndido y los informes meteorológicos de los cuales se había obtenido una copia en el cuartel de la marina hablaban de vientos suaves, de benévolas brisas capaces de coger y empujar con sus invisibles manos al “Albatros” en su ruta hacia el Sur. El calor había disminuído sensiblemente y en altamar sería todavía menor. Los trámites oficiales para la salida estaban también cumplidos. Barrientos se había despedido del Capitán de Puerto después de un cambio de frases con aparente sentido secreto.

—¿Ya no hay perturbaciones a bordo?, le había preguntado Homero Ruiz guiñándole un ojo.

—No, ni creo que haya habido nada serio.

—Lo mismo pienso yo, dijo el viejo marino mexicano. —Me parece que todo se debió a exceso de celo de parte del capitán Larsen... Lo que yo digo es que los criollos se entienden mejor con los criollos... Le deseo un feliz viaje, capitán.

—Muchas gracias, señor. Yo le agradezco todo lo que usted y su gente han hecho por nosotros. Entre marinos, estas cosas no se olvidan.

A las siete, la mitad de la gente bajó a tierra. El último que abandonó el barco fue Mañungo. Llevaba consigo un paquete, no muy grande, con un par de camisas y otras prendas. Había querido evitar preguntas de sus compañeros. Con su ligero equipaje, se perdió por las calles laterales en dirección de la casa de Trinidad, evitando pasar por el centro.

—Al fin llegaste, mi amor.

Entraron en la habitación de la joven. Se miraban como los novios en la noche de bodas, después que el último invitado se ha marchado. Pero había entre ellos una sombra tenue y fina, que no pasaba inadvertida a Trinidad.

—Ahora no nos separaremos más, Trini. No es bueno lo que he hecho, pero tenía que hacerlo. No podía dejarte así, mi hijita... Me encerraré aquí, dejaremos que pase un par de días y luego, cuando el barco esté lejos, saldré a buscar trabajo... Tengo que trabajar pronto, Trini, es indispensable. Los sueldos que me iban

a pagar en Chile, pediré que se los entreguen a mi mamá. Pero hay que hacer algo aquí, ¿comprendes?, para ganar para los dos, y luego para los tres...

Trinidad lo dejaba hablar. Su intuición le decía que toda esa charla inútil no era otra cosa que una forma de aturdimiento. Mañungo quería olvidarse de que acababa de abandonar dolosa y subrepticamente su barco, de que era un desertor, y para conseguirlo se repetía a sí mismo, porque hablaba más para él que para Trinidad, las mismas razones que ambos sabían de memoria. Pero era mejor esto que un arrepentimiento de última hora, que pudiera dejarla sola, sola con el fruto de su amor.

—Claro, Mañungo, dijo, —estoy segura de que encontrarás trabajo, aquí o en otra parte. Nos iremos donde tú digas y también algún día podremos irnos a Chile, con el niño...

—Eso es lo que yo quiero, irnos todos a Chile. Allí sí que estaremos bien, mi hijita... Tú no sabes lo que es Valparaíso, su gran bahía con doscientos o más barcos; los cerros que abrazan la ciudad, el cerro Cordillera, el Placeres, el Barón, el Toro, Playa Ancha... Trini, daría no sé qué, porque algún día fuéramos juntos a pasear por Playa Ancha y bajáramos hasta las Torpederas. Ese sí que es balneario, el agua verde con sus olas blancas, y cientos, miles de gentes bañándose... Y Viña del Mar, para qué te digo nada, mejor... Una ciudad que es co-

mo un parque, al lado de Valparaíso, olorosa a flores, mi hijita... Pero Valparaíso, Valparaíso de noche es cosa seria, mirado desde la bahía, con todas sus luces encendidas como puntitos de oro, y los cerros llenos de casas iluminadas también. Algún día verás que no es mentira lo que te digo de Valparaíso. Trini...

A la catarata de palabras siguió un silencio que ella juzgó peligroso, pues era la consecuencia de su evocación de Valparaíso. Había que evitar esos recuerdos que lo transportaban a su país, a pocas horas de la salida del barco.

—Tenemos que cenar, dijo Trinidad. —Voy a la esquina a comprar alguna cosa, mi amor.

—Vamos juntos.

—No, es mejor que tú no salgas, no te vayan a ver tus compañeros.

—Tienes razón, Trini, mejor es que no me vean.. y que yo no los vea—. Le tendió un billete. —Compra también algo para beber.

—¿Cerveza?

—No, algo más fuerte... Compra una botella de tequila.

La joven salió después de mirarlo con aprensión. Para sostener su resolución, Mañungo acudía al alcohol, es decir al remedio de los débiles.

Esa noche Alberto Morán y el capitán Barrientos fueron invitados a cenar en el club

por los marinos mexicanos. Se bebió cerveza y tequila, se brindó por una buena navegación, por vientos favorables para el "Albatros", y se evocó la tradición marítima de Chile. Requerido para pronunciar un discurso, Barrientos habló con sencillez sobre la hermandad de los hombres de mar sin distinción de países y sobre las atenciones inolvidables que el velero debía a Salina Cruz; citó viejas relaciones, viejos conocimientos en puertos lejanos y terminó contando anécdotas de camaradas mexicanos que había conocido en sus viajes.

A las diez de la noche, Alberto se separó de Barrientos.

—Me voy a la cama, dijo, —para estar en pie a las cinco. Quiero verlos partir.

—Lo que usted quiere, bromeó el marino, —es asegurarse de que por fin nos vamos, de que el "Albatros" no volverá a darle más dolores de cabeza... No hay necesidad de que se sacrifique, cónsul.

—Ningún sacrificio. Total, una levantada temprano... Es hasta agradable en esta región. Hasta mañana, "capi".

Alberto se durmió pensando en la mañana siguiente, haciendo un recuento de toda esa larga y complicada etapa, desde los días en que los telegramas del capitán Larsen bombardeaban el consulado en México. Le pareció que acababa de quedarse dormido cuando unos golpes en la puerta lo despertaron. Abrió los ojos



soñolientos, apretó el botón de la luz y miró el reloj pulsera, que descansaba sobre la mesa de noche: eran las cuatro de la mañana. El cretino del sereno, pensó, me despertó una hora antes de lo que le pedí. Los golpes se renovaron en la puerta de la habitación. Se puso las pantuflas y abrió.

—¿Qué hay?

—Perdone, señor... Preguntan por usted abajo.

—¿A esta hora?... ¿Quién diablos?...

—Es un oficial del barco chileno, señor.

—Dígale que pase.

Comenzó a vestirse rápidamente. Nuevos golpes se oyeron en la puerta.

—Adelante.

Era Andrade. Dio toda clase de excusas, pero había un asunto que obligaba a molestarlo a esa hora de la madrugada. El capitán Barrientos le rogaba intervenir para que las autoridades de Salina Cruz hicieran buscar a uno de los tripulantes del "Albatros" que había desaparecido, según se presumía con el ánimo de desertar.

—¡Un desertor!... Es lo único que faltaba. Este barco ha tenido de todo, dificultades, averías, conflictos, sumario... Sólo faltaba un desertor.. es decir un nuevo desertor, porque usted debe sospechar, señor Andrade, que ya hubo uno.

Se puso la camisa y se sentó en la cama para atarse los cordones de los zapatos.

—¿Larsen?

—Sí, Larsen. Técnicamente no es desertor, porque el consulado le dio un documento certificando que lo había llamado a México. Pero en realidad, Larsen abandonó la nave sin autorización de nadie. Y moralmente...

Se mojó los cabellos castaños y se pasó por ellos la peineta, sin darle mucha importancia al acto.

—Este caso es distinto.

—Claro, dijo Alberto con sarcasmo.— A este lo obligaremos por la fuerza a volver a bordo. Además, ¿qué hago yo con un desertor? Será un problema más para el consulado. En primer lugar las autoridades mexicanas no lo aceptarán en el país... Aquí hay que entrar con pasaporte, con visa, y no a la guerra. Luego tenemos la cuestión de su mantenimiento: sin papeles, no puede trabajar; sin trabajo, se morirá de hambre. Para qué le digo que en el consulado no tenemos un centavo para ayudar a los chilenos indigentes... ¿Quién es el desertor?

—El marinero Manuel Robles, un muchacho de veintidós años. Parece que se ha enamorado de una mexicana...

Alberto había terminado de vestirse.

—Vamos a ver qué podemos hacer.

—¿Tiene algún medio, cónsul, para hacer buscar a este hombre?

—Sí, creo que lo tengo, dijo, mientras abría la puerta de la habitación e invitaba al oficial a que pasara.

A las doce de aquella noche, el capitán Barrientos se hallaba sentado en un sillón de tela sobre cubierta, disfrutando del fresco de comienzos de otoño. De noche era mucho más agradable sentarse afuera, echar un sueño allí, bajo las brillantes estrellas del trópico, que estar metido en el horno del camarote. Pero don Pancho dormitaba como los perros guardianes, con un solo ojo cerrado; con el otro vigilaba, sin aparentarlo, todos los movimientos de a bordo. Vio por ejemplo llegar uno a uno, a nueve de los diez marineros que habían bajado a tierra, a despedirse con unos cuantos tragos, de la calles, de los amigos, de las tabernas y del prostíbulo de Salina Cruz. Algunos traían paquetes con los inevitables recuerdos que llevarían a Chile, cinturones laboriosamente confeccionados, algún huipil con flores bordadas, para la mujer o para la amante, o una jaspeada y escamosa piel de iguana. Barrientos esperó prudentemente que el retrasado apareciera en el trozo de muelle que su mirada abarcaba. De pronto miró su reloj pulsera, de

esfera luminosa, y vio que eran las doce y media.

—Falta uno, dijo al contraamaestre, que se hallaba a su lado. —Usted ya lo habrá notado, Mendoza...

—Sí, capitán.

—¿Quién es?

—Yo diría que es Mañungo Robles. Me parece que no lo he visto subir.

Barrientos gruñó algo que el contraamaestre no alcanzó a captar y volvió a adormecerse, embutido en la lona de color azul oscuro de su silla, que contrastaba con su camisa blanca. Tenía la visera de la gorra caída sobre la frente, como para protegerse de un sol imaginario. El ritmo de los minutos golpeaba la paz de la última noche en el puerto. Sobre el pesado y aceitoso océano, el casco del "Albatros" se movía ligeramente, lleno su vientre de mercaderías, como esperando el momento de lanzarse a vagar por los mares sin término.

—Mendoza.

—A sus órdenes, capitán.

—Vaya al entrepuerto y averigüe con los muchachos si saben algo de Robles.

El hombrón de la cicatriz en la frente se perdió hacia proa. Remeció a dos o tres marineros dormidos en sus coyotes, les hizo algunas preguntas sin resultado y luego se dirigió a la litera donde dormía el Chilote.

—¡Oye, Chilote!

Plantó su manaza como una zarpa en el hombro del otro y lo sacudió reciamente. Habría jurado que el Chilote se despertaba muy rápido y lúcido, sin ese entorpecimiento que suele suceder al despertar brusco.

—¿Qué hay?

—No ha llegado Mañungo Robles...

—Ya llegará, hombre... ¿Qué hora es?

—La una y media.

—Se habrá atrasado...

—El capitán está recontra enojado. ¿No te parece que es demasiada tardanza? Se podía atrasar media hora, pero esto ya se pasa de castaño a oscuro...

—¿Y qué tengo yo que ver con esto? No soy guardián de Mañungo. Es grandecito ya para que lo anden cuidando...

—Bueno, señaló el contramaestre, —se lo diré al capitán... ¿Así es que tú no sabes nada?

—¿Por qué voy a saber yo?

—Porque como es tan amigo tuyo... ¡A lo mejor la morenita no lo quiere soltar!

—Bueno, Mendoza, déjame dormir, hombre.

—¿Estabas durmiendo?

—¡Claro! ¿Qué iba a estar haciendo?... ¿Jugando a las bolitas?...

El contramaestre abandonó el entrepuen-te dejando al Chilote sumido en difíciles reflexiones. Su inquietud lo había mantenido to-

da la noche despierto, esperando quizás en el fondo de sí mismo que a última hora la verdad de la vida, el peso de la realidad tocara la mente de Mañungo y que éste entonces desechara sus deseos de quedarse en Salina Cruz y volviera al barco. Había visto llegar a los nueve marineros francos, pero la litera de Mañungo seguía vacía. Cuando Eufemio Mendoza penetró en el entrepuente y comenzó a despertar a la gente para pedirle noticias de Mañungo, ya el Chilote, que estaba tan despierto como antes de acostarse, comprendió que el conflicto había estallado y que necesariamente él habría de pasar a ser un engranaje de aquel mecanismo de confusión. ¿Qué hacer, qué diablos hacer en tan difícil momento? Al marchar hacia lo que él creía su destino y que quizás no fuera sino el camino de su propio exterminio, Mañungo, con su inexperiencia de muchacho había pensado que bastaba con quedarse en tierra y san se acabó. Cuando se dieran cuenta de que faltaba a bordo, el "Albatros" iría navegando hacia Valparaíso y nadie tendría la peregrina idea de volver a Salina Cruz a buscarlo. ¡Sí, naranjas!... Eso quizás podía ocurrir con otro capitán, pero con don Pancho Barrientos ¡cuándo! Era la una y media de la mañana, quedaban cuatro horas para buscar al perdido, pero encontrarlo en un puerto como Salina Cruz no demandaría más de cuarenta minutos. Y don Pancho, según

se deducía de la elocuente visita del contra-  
maestre, no soltaría su presa tan fácilmente.  
¡Ay, Mañungo, ya puedes ir diciendo adiós a  
tus sueños!

Después de estas reflexiones y cuando el  
Chilote se hubo convencido de que las cosas  
no iban a terminar en el breve diálogo soste-  
nido con Eufemio Mendoza, sintió surgir el  
problema de conciencia. ¿Qué debía hacer fren-  
te al capitán? ¿Ocultar la verdad, sostener que  
nada sabía de los propósitos de Mañungo?...  
¿Confesar de plano cuanto ocurría, traicionan-  
do así la confianza de su amigo? El pobre mu-  
chacho había venido hacia él aquella misma  
mañana y le había dicho: —Tengo que hablar  
contigo, Chilote. Se había dirigido a él direc-  
tamente y no a otro para contarle que pensaba  
abandonar el barco... ¿Cómo traicionarlo en-  
tonces? ¿Había derecho para echar por la bor-  
da esa amistad anudada en los largos días de  
viaje y estrechada después en los aún más lar-  
gos días en ese puerto del infierno? ¡No, él no  
podía hacer semejante cosa!

Cuando la puerta del entrepuente se abrió  
para dar paso de nuevo al contra-  
maestre, el Chilote miró vivamente, todavía con la secre-  
ta esperanza de que fuera Mañungo. Al ver a  
Mendoza, cerró los ojos y fingió dormir. De  
pie, como una sombra más densa que la de la  
estancia, el contra-  
maestre estaba junto a su li-  
tera.

—¡Eh, Chilote!

—¿Qué hay?... ¡Otra vez tú!, dijo fingiendo sorpresa con la ineficacia de un mal actor. —¿Te has propuesto no dejarme dormir?

—¿Dormir?... Te aseguro que el viejo no duerme arriba... Parece que estuviera traspuesto en su silla, pero ve y oye todo lo que pasa. ¡Levántate, Chilote! El capitán quiere verte.

—¿A mí?... ¿Qué mosca le ha picado conmigo? Se incorporó y comenzó a buscar sus pantalones. —No me gusta nada esta payasada... No lo dejan dormir a uno. Se puso la camiseta y se calzó los zapatos: —¿Dónde está el capitán?

—Arriba, en cubierta.

El Chilote sintió un escalofrío cuando surgió al fresco de la noche. El capitán Barrientos se hallaba sentado en la silla de lona azul, la misma en que solía instalarse por horas enteras Larsen, cuando se proponía vigilar al que llevaba el timón. A su lado fumaba en silencio el primer oficial.

—A sus órdenes, capitán.

Barrientos lo miró con el ceño fruncido, el rostro serio, el de los malos momentos.

—Bien, Chilote, ya te habrán dicho lo que pasa, ¿ah? No podemos dejar a un hombre en un país que no conoce, donde sólo lo esperan sinsabores, desgracias y hasta el hambre... El mundo ha cambiado, Chilote, ya no es el



mismo que cuando tú y yo comenzamos a navegar. Entonces un hombre se quedaba en un puerto y si tenía los dos brazos buenos, nadie le impedía ganarse el puchero... Pero ahora las cosas no son así, Chilote. Ahora se pone trabas a los extranjeros, tienen que cumplir mil y un requisitos, reglamentos, pasaportes, visas y qué sé yo qué más... Tú comprendes que el "Albatros" no va a dejar de navegar porque Robles no esté a bordo, ¿no es cierto? De todas maneras el viento nos empujará... No es por mí, sino por él mismo que me preocupa su deserción, Chilote, ¿comprendes?

—Sí, capitán, respondió tartamudeando.

—El contramaestre y el piloto Andrade me han contado que le tienes mucho cariño a ese muchacho...

—Sí, capitán.

—Bueno, entonces demuestra que eres un buen amigo suyo... La amistad consiste en evitar primero que sea un vulgar desertor, y luego en impedir que se quede solo, jodido, sin plata, en un lugar donde quizás no va a encontrar sino miseria y hostilidad...

—Es lo mismo que yo le dije, capitán, pero Mañungo estaba empecinado y no me hizo ningún caso...

Se detuvo de golpe, comprendiendo que las palabras y la emoción lo habían traicionado. Pero el capitán Barrientos no dio a entender que su subordinado había caído en una

trampa sutil. Sagaz como un viejo zorro, el marino decidió remachar su obra empleando un nuevo argumento.

—Claro, si tú cultivabas verdadera amistad con el muchacho, era justo que trataras de disuadirlo de su peregrina idea de desertar, más que nada haciéndole ver que se iba a meter en un lío. Además, Chilote, aunque después Robles esté molesto contigo si ayudas a traerlo a bordo, andando los días se convencerá de que le hiciste un verdadero favor... Al principio te dirá que eres un maricón, un traidor y un mal amigo, pero más tarde ya verás cuando el barco llegue a aguas chilenas, cuando nos preparemos para entrar en Valparaíso, con empavesadura completa, Robles te dará las gracias, Chilote.

—Sí... capitán.

Hubo una larga pausa después de la obra de ablandamiento, para que las ideas que Barrientos había introducido en la mente del Chilote se asentaran. Ahora venía el paso decisivo.

—Tú sabes dónde está escondido...

—No...

—Vamos, hombre...

—¡No puedo, capitán!... ¡No puedo!, gimió desesperadamente el Chilote.

—Es por su propio bien.

Las lágrimas estaban a punto de aflorar a los ojos del marinero. Delatar a un amigo era demasiado exigir de él. Pero, como decía el ca-

pitán, sólo sería para bien del pobre Mañungo.

—¿Dónde está?

—Está en la casa de su muchacha, una mexicana que se llama Trinidad.

—¿No sabes dónde vive?

—No. sólo sé que trabaja en un taller de costura.

Había hablado bajito, como para que nadie fuera testigo de su acto indecoroso. Después, sin pedir permiso, se retiró y fue a sentarse en un rincón de la cubierta, a proa, maldiciéndose a sí mismo, pensando que hasta las estrellas que brillaban en el cielo le echaban en cara su felonía.

En el vestíbulo del hotel, dos marineros del "Albatros" esperaban al oficial y al cónsul. Andrade les hizo una seña y ellos comprendieron que debían seguir a la pareja. Los cuatro hombres formaban un grupo fantasmal en las calles solitarias, sin una alma, con la mitad de los focos del alumbrado en tinieblas, caminando hacia la delegación de policía. Sus pasos arrancaban al pavimento ecos extraños que sólo surgían con ese ímpetu por la noche; en el día se escondían tras el rumor de las cosas cotidianas, los automóviles, los caballos, las voces, la música de la radio.

—Parece que es aquí, dijo Alberto.

Despertaron a un guardia que dormía apoyado sobre una mesa.

—¿El señor Camacho?

—¿Qué?... Ah, está adentro... Está durmiendo.

—Hágame el favor de despertarlo. Es muy urgente... Dígale que el cónsul de Chile desea verlo.

El centinela abandonó la sala de guardia, donde no había sino un escritorio, una silla, y una larga banca de madera atracada a la muralla. El reloj de pared marcaba las cuatro cuarenta de la madrugada. Junto al reloj, en un marco vulgar y cubierta por un cristal no muy limpio, la faz severa, el mentón prominente del presidente de la República. El tic tac llenaba la silenciosa sala donde Alberto y Andrade aguardaban. Los marineros se habían quedado en la puerta.

—Señor cónsul, tengo mucho gusto de verlo. Parece que mi profecía se cumplió, ¿verdad?

Camacho, muy correcto, recién peinado, como preparado para asistir a una ceremonia, había aparecido en la sala, con su pantalón caqui y una hermosa chamarra de cuero sobre la camisa azul.

Alberto sonrió.

—Sí, tenía usted razón. Tarde o temprano uno tiene necesidad de hombres como usted.

Esta frase pareció agradarle.

—Supongo que la cosa será muy urgente... De otro modo no habría tenido que molestarse a esta hora, señor cónsul.

—Es muy urgente. Se nos ha perdido un marinero del "Albatros", y el barco tiene que zarpar a las cinco y media —miró el reloj—, dentro de cuarenta y cinco minutos.

—Ya veo... ¿Buscaron en las cantinas?

—No, señor Camacho. Sabemos que el hombre tenía el propósito de desertar... Está enamorado de una muchacha de Salina Cruz y contó a uno de sus compañeros del barco que pensaba quedarse.

—Ya, ya... He visto este último tiempo a varios marineros del "Albatros" con muchachas del pueblo... ¿Saben el nombre de ella?

—Sí, intervino Andrade—. Sabemos que se llama Trinidad y que trabaja en un taller de costura.

Tiene que ser en el de doña Rosa Aguilar... Es el único taller propiamente tal de Salina Cruz. Vamos allá.

El grupo se encaminó hacia el zócalo.

—¿Es muy lejos?

—No... Aquí no hay nada lejos.

—¿Cree usted que lo encontraremos, señor Camacho?

—Si no ha salido del pueblo, lo encontraremos con toda seguridad.

En una de las ocho calles que salen del zócalo —Alberto ignoraba el nombre— y a no

más de dos cuadras de la plaza, Camacho se detuvo ante una puerta. Golpeó y hubieron de esperar unos minutos. Primero se encendió una luz, luego se oyeron pasos precipitados y finalmente la puerta se entreabrió unos centímetros, mientras una asustada voz preguntaba:

—¿Quién es?

—Soy yo, doña Rosa... Jesús Camacho.

Vieron aparecer la cabeza despeinada de una mujer madura.

—Ah, ¿es usted, Chucho?... ¿Y qué desea a esta hora?

—Usted tiene una muchacha que trabaja en su taller, de nombre Trinidad...

—Claro, Trini...

—Está en relaciones con un marinero chileno, ¿verdad?

—Pues, sí... así he oído. Sus compañeras le hacen bromas.

—Bien, necesito saber la dirección de Trinidad, doña Rosa. Es muy urgente...

La mujer pareció asustada.

—¿Ha hecho algo malo?

—Nada en absoluto. Mañana le explicaré todo... Ella nada tiene que ver en el asunto que nos trae.

—Bueno, si es así... Trini vive en la calle Morelos, casi al final. Es la penúltima casa por la derecha, antes de llegar al establo.

—Ya... ya sé... Muchas gracias, doña Ro-

sa. Mañana pasaré a saludarla... ¿Vamos, señor cónsul?

Era curioso ver trabajar a ese hombre, ese humilde policía provinciano. Parecía dotado de un sentido especial que lo llevaba derecho al corazón de los asuntos. No se agitaba, no levantaba la voz, no apuraba el paso, no decía una palabra más de las estrictamente necesarias.

La extraña procesión caminaba ahora hacia los suburbios del pueblo. Alberto había ofrecido cigarrillos y los tres fumaban, encabezando la marcha. Lejos cantó un gallo y sus notas fueron como un toque de alarma. El alba venía avanzando detrás de los cerros, como un pájaro de grandes alas grises. Era el instante de transición entre la noche y el día, una zona neutra, una especie de tierra de nadie en el cielo. En unos pocos minutos todo habría cambiado: las estrellas habrían dejado de parpadear, el abanico claro de la mañana estaría aventando sombras y oscuridades, como algodones olvidados en la atmósfera. Hacía un poco de frío.

—Es aquí, dijo el policía.— Voy a golpear recio para amedrentarlos un poco.

Mañungo y Trinidad dormían estrechamente abrazados y en su abrazo había no sólo pasión, sino también defensa. El marinero defendía su amor, su derecho a vivir apegado a esos pechos duros que se hundían en su tórax velludo y a ese cuello como una firme columna

morena. Trinidad lo abrazaba para defenderlo de los pensamientos que Mañungo había tenido que ahogar en tequila, para rescatarlo de esa tormenta mental que se expresaba en una catarata de palabras, de extraña palabrería en un ser habitualmente sobrio. Habían cenado fingiendo que estaban tranquilos. El bebió todo el tiempo, mientras aseguraba que se sentía seguro, que nadie lo apartaría de ese cuarto tierno, de esa habitación donde había conocido el verdadero amor. Afuera rondaba la vieja. Se la oía ir y venir, hablar al gato, mover una silla, abrir la llave del agua. Mañungo bebía copa tras copa de tequila. A medianoche se acostaron y se besaron furiosamente. Después Mañungo se quedó dormido abrazándola y con los cálidos, los redondos brazos de ella alrededor de sus hombros. Trinidad se durmió después, mucho más tarde. Sentía en su cuello el aliento picante de tequila y la dureza de la áspera barba, la barba del hombre, que crece de noche, como las plantas. De vez en cuando la muchacha movía la cabeza y lo besaba en la frente o en los cabellos negros, que tenían un aroma salado y profundo.

Cuando los atroces golpes de Camacho estremecieron la puerta, ambos se incorporaron, despiertos súbitamente. Con los ojos asustados, Trinidad se dejó caer de la cama y se calzó las sandalias. Se puso la falda y el huipil, mientras afuera el policía seguía aporreando la puerta.



—¡No abras, Trini!

—No, mi amor.

Pero he ahí que la puerta de la calle fue abierta. No habían escuchado los pasos de la loca, que quizás iría descalza.

—¡Abra la puerta, señora! Soy de la policía, habló con tono alto Camacho. —Quiero ver a Trinidad... ¿Es su hija?

No se alcanzó a oír la respuesta de la anciana. Mañungo saltó de la cama y se vistió rápidamente. Sería vergonzoso que lo sorprendieran entre las sábanas. Se puso la camiseta y se acomodó el pelo usando los dedos como peine.

—Ya no hay nada que hacer, Trini, dijo desesperadamente. —Enciende la luz.

La puerta de la habitación había sido abierta por la madre de la muchacha. —¡condenada vieja!— y un regimiento penetró encabezado por un tipo de chamarra que el marinero no conocía. Vio la funda de la pistola a su costado izquierdo colgando de un grueso cinturón de cuero. Los demás eran gente del "Albatros" y el cónsul.

—Bien, señor cónsul, dijo Camacho con el gesto del prestidigitador que pone ante los ojos del público el conejo desaparecido, —aquí esta su hombre.

—Ya... ya lo veo, respondió desganadamente Alberto.

Le causaba repugnancia separar a los que

se amaban. Las huellas de sus cuerpos se advertían claramente en las sábanas de la cama, como dos hondonadas paralelas en un campo de nieve. Sobre la mesa había unos platos y una botella vacía.

Trinidad se había aproximado a Mañungo y lo abrazaba. Sus rasgados ojos parecían retener las lágrimas.

—Permítame, señor, dijo Andrade adelantándose al grupo. Luego se dirigió a Mañungo: —Robles, el barco sale dentro de veinte minutos. Tenemos el tiempo justo para llegar a bordo.

El marinero lo miró con asombro. No había injurias, maldiciones ni amenazas de castigo, las palabras del primer oficial más parecían un ruego que otra cosa. Por cierto que esas buenas maneras estaban respaldadas por la pistola de aquel tipo de chamarra de cuero. Miró a Trinidad, que lloraba, y a la vieja, que se había quedado con su mano aferrada a la perilla de la puerta y sonreía, sonreía; por primera vez pasaba por su rostro demente una expresión de vida, aunque no fuera aquella sonrisa otra cosa que el gusto de la venganza, que le salía a los labios. ¿Qué hacer? Era inútil toda resistencia.

Tomó de la mano a Trinidad, dispuesto a seguir a la gente del barco.

—Espérate, Mañungo, dijo ella. —Tienes que llevarte tu ropa.

Cogió el paquete y se lo dio. El volvió a tomarla de la mano y salieron. La aurora avanzaba desde los cerros con un tono rosa tirando a fuego. Hacia el lado del mar el cielo seguía pálido, esperando los pinceles de la mañana. Mañungo le rodeó la cintura con su brazo izquierdo y comenzó a hablarle bajito, al oído, para que los otros, que venían detrás, no oyeran.

—Mi amor, mi hijita, volveré, te lo juro. Total, esto sólo es una separación corta... Te escribiré todo el tiempo y antes que nazca el niño estaré aquí, contigo. Te lo juro, Trini—. . . Se interrumpía, rozaba con sus gruesos labios los cabellos negros de la joven o su abultado pómulo y proseguía: —Nadie en el mundo podrá impedirme que vuelva, Trini. Y no firmaré para viaje de ida y vuelta, no, de ninguna manera. Firmaré para venir y aquí me quedaré—. . . Las lágrimas de Trinidad corrían ahora libremente y reprimidos sollozos estremecían su pecho bajo el huipil. —Sólo una cosa podría impedirme volver: que me muriera. . . o que tu dejaras de quererme—. Ella negó enérgicamente con la cabeza. —Claro, como eso no ocurrirá, volveré. . . Dame tres meses de plazo, mi linda, y me tendrás otra vez contigo. . .

Trinidad solo contestaba con la cabeza. Su garganta estaba ahogada de lágrimas. Al volver la esquina, el muelle les salió al encuentro con su peso de realidades y adioses.

—No hay que llorar, mi hijita, dijo Mañungo con la voz quebrada. —Tengo que portarme como un hombre, Trini... No llores, por favor.

Vieron que todo estaba en orden en el "Albatros", todo listo para partir: las velas, atadas a las escotas, una pesada espía iba desde la proa hacia el remolcador, de cuya chimenea surgía oscuro humo de petróleo. El capitán Barrientos, de pie junto al palo mayor, los veía venir. Algunos tripulantes se aproximaron a la borda.

—Ni siquiera te voy a besar, mi hijita, seguía diciendo Mañungo al oído de Trinidad. —Los compañeros quizás no lo entenderían. Voy a darte la mano, como si fuéramos simples amigos... Pórtate bien, Trini, mi amor... No llores...

Habían llegado frente a la pasarela. Mañungo tendió la mano a la muchacha, a su amor, como si hubiera sido una simple amiga. No la miró a la cara para no verla llena de lágrimas salobres. Subió rápidamente al barco y desapareció en la proa, con su paquete de ropas. Los marinos subieron también y sólo quedaron en el muelle desierto la muchacha y los dos hombres. Humildemente ella retrocedió y fue a situarse al pie de una de las enmohecidas grúas mecánicas, en actitud dolorosa, como con inmensos deseos de morir.

—Las cosas que uno tiene que hacer, comentó Alberto en voz baja.

Escuchó de labios de Camacho algunas palabras, algo como que eran cosas tristes pero necesarias, sin alcanzar a captar el sentido exacto de la frase.

—Voy a subir a despedirme del capitán, dijo. —Señor Camacho, no puedo decirle lo agradecido que le estoy.

—No tiene por qué, señor cónsul. Sigo siempre a sus órdenes. Ya sabe donde puede encontrarme...

El policía se alejó hacia el centro, mientras Alberto trepaba al "Albatros". A la luz pálida de la mañana, el barco le pareció hermoso. Era la última vez que lo vería, la última vez que pisaba su cubierta que olía a brea.

—Todo anduvo bien y rápido. Muchas gracias, cónsul, dijo lacónicamente el capitán.

Los tres oficiales y el contramaestre se habían agrupado en torno de él. Alberto miró su reloj: eran las cinco y media.

—Bien, es la hora, voy a bajar para que no retrasen la salida... Capitán Barrientos, quiero pedirle algo: no sea demasiado severo con Robles... Yo estoy un poco avergonzado de mi papel: hemos tenido que arrancarlo casi a tirones de los brazos de la muchacha. Mírela allí...

Parecía una estatua, con su blusa blanca

y su falda oscura, junto al herrumbroso artefacto mecánico.

—No tenga cuidado, cónsul... Lo trataremos bien, ¿verdad, Andrade?

—Sí, por supuesto.

Alberto volvió a mirar su reloj.

—Bueno, ahora sí que me voy. Señor Andrade, señor Guzmán, señor Muñoz, creo que no olvidaré nunca las circunstancias en que nos hemos conocido... Adiós a todos... Capitán...

Barrientos lo abrazó.

—¡Buen viaje!

—Gracias por todo. Algún día nos veremos en Valparaíso...

Descendió hacia el muelle, retrocedió unos metros y pudo así mirar al "Albatros" con más perspectiva. Los marineros se preparaban para el zarpe. Vio a Mañungo Robles que había reaparecido en cubierta, junto al trinquete, con los mudos ojos clavados en Trinidad. Pensó que el zarpe iba a tener algo de solemne, de grandioso, pero no hubo nada de eso. Barrientos dio una orden breve y seca:

—Subir el puente y recoger las espías.

Cuando los gruesos cabos que ataban el velero al muelle fueron izados desde la cubierta, el "Albatros" pareció estremecerse, como un perro que se sacude al despertar. Se le vio entonces flotar y separarse unas cuantas pulgadas de la pared del muelle, su compañero de

largos meses. Después el capitán tocó un silbato y levantó un brazo, que fue como una señal para que el remolcador se pusiera en movimiento arrastrando al velero, que dio un cuarto de vuelta hasta quedar con la proa dirigida hacia la vastedad del mar. Lentamente fue separándose de la tierra. Los oficiales lo saludaron y Alberto contestó agitando la mano.

En la cubierta los marineros se habían agrupado y miraban el puerto que pronto habría de desvanecerse con la distancia. Entonces sería olvidado, suplantada su imagen por la de Valparaíso, el viejo "Pancho", la casa, la casa propia y lejana donde todos ansiaban llegar. Todos, menos uno.

Alberto vio que la joven había avanzado silenciosamente hacia el borde del mar y tendía un brazo en el aire, como queriendo asirse a lo que se iba. Robles había corrido hacia popa tal vez para estar más cerca de ella unos segundos.

—¡Adiós, Mañungo!, gritó la joven con la voz quebrada por el llanto.

—¡Adiós, Trini!, contestó el marinero desde la borda. —¡Adiós!... Volveré... ¡Ya verás que volveré!...

Y si alguien hubiera podido mirar al fondo de su corazón, habría comprendido que su más ardiente propósito era el de volver.

*Santiago, junio-octubre de 1954.*

## INDICE

	Pág.
Capítulo I	
LA TRIPULACION DEL "ALBATROS"	9
Capítulo II	
SALINA CRUZ . . . . .	47
Capítulo III	
TEHUANTEPEC . . . . .	79
Capítulo IV	
LA ROSA BLANCA . . . . .	109
Capítulo V	
CICLON . . . . .	127
Capítulo VI	
EL CAPITAN BARRIENTOS . . . . .	161
Capítulo VII	
EL SEGUNDO DESERTOR . . . . .	195



**Este libro fue impreso  
en los Talleres Gráficos  
Lautaro, San Isidro 1903,  
para la Editora Austral  
Santiago - Chile  
1956**

